

Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente

Reconocimiento de validez oficial de estudios de nivel superior según acuerdo secretarial 15018, publicado en el Diario Oficial de la Federación del 29 de noviembre de 1976.



Danzar lo inefable

Ensayo que para obtener el grado de
Maestro en Filosofía y Ciencias Sociales

Presenta: **GENARO ANTONIO AVILA VALENCIA**

Directora **DRA. BRENDA MARIANA MÉNDEZ GALLARDO**

Tlaquepaque, Jalisco. septiembre de 2022.

ÍNDICE

DANZAR LO INEFABLE	1
INTRODUCCIÓN.....	3
A MODO DE OBERTURA.....	4
¿QUÉ ES ESA COSA QUE LLAMAMOS CUERPO?.....	8
CAPÍTULO I: SOBRE EL CUERPO	9
CUERPOS DESARRAIGADOS	11
CUERPOS DESENCARNADOS	15
CUERPOS FRAGMENTADOS	18
CUERPOS ENRAIZADOS.....	21
CUERPOS ENCARNADOS	25
LA CORPOREIDAD, UNA SINFONÍA DE UNIDAD.....	29
UNA COMUNIDAD DE CUERPOS, UNA REALIDAD DESNUDA.....	31
CAPÍTULO 2: SOBRE LA DANZA	36
¿QUÉ ES ESO QUE LLAMAMOS DANZA?.....	38
LA DANZA COMO ESTÉTICA LIBERADORA	39
ISADORA DUNCAN.....	41
MARTHA GRAHAM.....	44
PINA BAUSCH.....	46
LA DANZA ES UNIÓN	49
LA DANZA COMO RESISTENCIA	54
LA DANZA COMO EXPERIENCIA ERÓTICA.....	60
3. SOBRE LA MÍSTICA.....	65
LA MÍSTICA COMO EXPERIENCIA RACIONAL	69
UNA MÍSTICA ENAMORADA	78
UNA MÍSTICA ENCARNADA	84
SIMONE WEIL	86
ETTY HILLESUM	90
CONCLUSIONES	100
FUENTES DOCUMENTALES.....	107

*El pensamiento es función necesaria de la vida [...]
Pensar es, ante todo -como raíz, como acto- descifrar lo que se siente [...]
Ganar el 'nous' sin perder el alma, adentrarse en la libertad cuanto nos sea posible
sin aniquilar ni humillar la vida de las entrañas.*

María Zambrano¹

¹ Cita tomada de dos libros; véase: María Zambrano, *Los intelectuales en el drama de España*, Alianza, Madrid, 2021, p. 149. | Miguel Morey, *Monólogos de la bella durmiente (sobre María Zambrano)*, Alianza, Madrid, 2021, p. 17.

Introducción

El cuerpo humano es principio, medio, fin y condición de posibilidad para habitar este mundo nuestro. En la historia de la filosofía, muchas veces al cuerpo se le ha visto con absoluta sospecha; en ocasiones acentuando más unas cosas y, en otras, intentando eliminar otras. Tal es el caso, por ejemplo, de la fuerza de nuestras pasiones que tanto nos atemorizan porque suelen ser vehementes, impetuosas y desbordantes, entonces nos obsesionamos con la idea de controlar, sujetar y someter al cuerpo en aras de una virtud que no nace de una fuente de vida sino del miedo y la represión. Está claro que la fuerza pulsional del cuerpo es fuente de encuentro, pero también, paradójicamente, puede ser fuente de extravío. En Platón podemos encontrar el ejemplo más claro con la alegoría del carro alado que nos presenta en el Fedro.

En el presente ensayo intento tejer tres hilos dialogantes que son de suma importancia para mi propia vida: el cuerpo, la danza y la mística. He dedicado un capítulo por tema, no para diseccionarlos ni agotarlos en sí; sino para suscitar mayores reflexiones y nuevos diálogos. Son tres secciones que forman parte inseparable de una misma realidad circular: la mística, no como fin sino como medio de encuentro relacional: en conformación y compenetración, que parte de nuestro cuerpo en relación con otros cuerpos que a su vez son comunidad. La danza es la metáfora para hablar del movimiento, de la gracia de tener un cuerpo que tiene una poética propia y que, con su dinamismo, genera una estética que une, resiste y persiste.

Se encontrará que en este trabajo las mujeres y lo femenino (no lo feminista) tienen una importancia muy relevante porque su sensibilidad y su ternura han sido brújula que me ha guiado a lo largo de mi vida. En primer lugar, mi mamá, quien con su vida y fe me enseñó que, si bien Dios es Padre, más aún, es Madre. Es así, al cobijo de tantas mujeres que el aroma de lo femenino que hay en mí, combinado con todo lo masculino, impregna cada parte de mi existencia y, consecuentemente, de este ensayo. Agradezco a Mariana Méndez, mi amiga y profesora por sus toneladas de paciencia para acompañar cada letra, cada palabra, cada párrafo y cada sección de este texto. Agradezco también a Pedro Reyes, mi amigo y hermano jesuita, porque su presencia entera es consolación y buena noticia para mí.

Deseo que, en estos tiempos de escasos lectores, el valiente que se atreva logre encontrar estos trazos de “ma-má” que acarician estas letras y disfrute de su lectura tanto como yo disfruté de su escritura.

A modo de obertura

Presenta tú uno que ame, y entenderá lo que digo. Presenta un deseoso, presenta un hambriento; presenta uno, desterrado y sediento en esta soledad, y que suspira por la fuente de la patria eterna; presenta uno así, y sabrá qué digo. Si, en cambio, hablo a alguien frío, desconoce de qué hablo.

Agustín de Hipona²

Me encuentro a tan sólo un semestre de concluir, por así decirlo, mi formación filosófica. Me he dedicado a desempolvar y a empezar a empacar, a hacer síntesis y poder recuperar lo que es imprescindible y que por nada del mundo querría olvidar. Muchas otras cosas que a mí parecer son accesorias las tendré que dejar y otras, aunque quisiera en algún lugar enterrar, no las puedo rechazar. He dejado en el camino muchos minutos y horas de aburrimiento y de aparente sin sentido. También he dejado transcurrir miles de segundos en la soledad de mi habitación, sentado frente a un frío computador, sin nadie de testigo, sin nadie como amigo, más que mi propio corazón.

Creo que en esa silenciosa soledad de mi habitación es donde se ha sembrado una semilla que, sin que yo me dé cuenta cuándo, ni cómo, empezará a germinar y a dar algún fruto a su tiempo oportuno. En esa soledad, acompañada hasta el hastío del sonido del teclado de mi computador, ha ocurrido un milagro cotidiano que, como todo milagro, necesita un tanto de gracia y mucho de un trabajo casi eterno, de paciencia dolorosa, amarga y frustrante. Lágrimas, bostezos, enojos, desavenencias, olvidos, frustraciones, lecturas, nombres raros, conceptos incomprensibles, conocimientos “inútiles”, disciplina, disposición, constancia, determinación, sacrificio, pero, sobre todo, una escandalosa dosis de pasión. Escandalosa porque se necesita que esa pasión sea sostenida por un deseo incesante a largo plazo, con

² Agustín, de Hipona, *De los Tratados de san Agustín, obispo, sobre el evangelio de san Juan, Tratado 26, 4-6*. Disponible: https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm Consultado:16-XII-2021.

altibajos y llanuras, pero se necesita como cada latido del corazón y como cada aliento de nuestra respiración.

Quizá esa pasión sea el don más grande que la filosofía me ha dejado; una pasión entendida como asombro y admiración, también como perplejidad e incomprensión. Ahí dónde aparentemente termina todo es igualmente donde todo comienza -si es que podemos hablar de un comienzo y de un final-; en ese silencio, suscitado por la pasión, es donde podemos caer en cuenta de que la vida no es fácil, sino bella. Que esto que llamamos mundo es siempre mayor y que la realidad nos abraza y se nos impone como un horizonte constantemente abierto y lleno de posibilidades, una realidad que siempre da de sí, conmigo, sin mí y, a veces, a pesar de mí. ¿Por qué le doy esa capital importancia a la admiración? Porque creo que la filosofía comienza con la admiración, como diría Antonio González, “la admiración es pasión y tiene el sentido de sufrir, padecer, estar afectado, experimentar (...). La pasión no nos aísla del contexto, sino que nos vincula a aquello que nos ha afectado. La pasión puede describir el odio o el amor a una persona. O también simplemente una afición por determinadas cosas.”³

Propongo en estas sencillas páginas que volvamos a la admiración inicial de la cual surgió la filosofía. Volvamos al asombro y al pasmo que generaba en los antiguos la belleza de un cielo estrellado, la profundidad del mar, lo inconmensurabilidad del cosmos y lo enigmático del corazón humano. Volvamos, no para quedarnos ahí, sino para dejar fluir la vida, a hacer silencio y poder escuchar la voz de las cosas mismas que mucho tienen que contarnos. Volvamos a la admiración, a la inocencia de nuestra primera infancia que solía abrirse constantemente a la sorpresa de lo novedoso y preguntar; Evitemos caer en la trampa de objetualizar, de conceptualizar, de diseccionar. No dejemos de ver las cosas con la nobleza de un niño, como nos lo recuerda María Zambrano:

Si el pensamiento nació de la admiración solamente, según nos dicen textos venerables (como la *Metafísica* de Aristóteles) no se explica con facilidad que fuera tan prontamente a plasmarse en forma de filosofía sistemática; ni tampoco haya sido una de sus mejores virtudes la de la abstracción, esa idealidad

³ Antonio, González, *Surgimiento, hacia una ontología de la praxis*, Ediciones USTA, Bogotá, 2013, p. 13.

conseguida en la mirada, sí, más un género de mirada que ha dejado de ver las cosas. Porque la admiración que nos produce la generosa existencia de la vida en torno nuestro no permite un tan rápido desprendimiento de las múltiples maravillas que la suscitan, Y al igual que la vida, esta admiración es infinita, insaciable y no quiere decretar su propia muerte.⁴

Si el lector de estas páginas espera encontrar en ellas una tesis perfecta y lógicamente estructurada, permítame decirle, con todo el respeto que se merece, que pierde su tiempo. Y no es que yo esté en contra de la filosofía sistemática, en absoluto; simplemente, es que creo que se puede hacer filosofía de otra manera, con otra tinta y desde otro lugar de enunciación. Creo que podemos seguir el camino del poeta quien, “enamorado de las cosas se apega a ellas, a cada una de ellas y las sigue a través del laberinto del tiempo, del cambio, sin poder renunciar a nada: ni a una criatura, ni a una partícula de la atmósfera que la envuelve, ni a un matiz de la sombra que arroja, ni del perfume que expande, ni del fantasma que ya en ausencia suscita”.⁵

Permitamos que la filosofía nos siga diciendo algo, que nos siga demandando y que nos siga arrojando, por medio del asombro, a la apertura vertiginosa del saber. Dejemos que la filosofía recupere la sencillez y la belleza de su lenguaje original, del mito, de la poesía y de la narrativa. Devolvámosle a la gente el derecho que de su humana dignidad se desprende, el derecho a saborear de las cosas, a saber, a comprender, a cuestionarse y a interpelarse. No encerremos a la filosofía en una fría biblioteca, revestida del aterciopelado polvo del olvido y perfumada de un insoportable olor a la humedad de la ausencia. Abramos puertas y ventanas y dejemos que “la luz del sol, que siempre sale sobre buenos y malos”⁶ ilumine nuestros santuarios del saber. No caigamos en la trampa de la soberbia ni de la pedantería, caminemos a pie descalzo junto a la humildad que nos regala la verdadera filosofía. Guardemos silencio e inclinémonos reverentes a contemplar la realidad que nos abraza y nos sostiene, nos soporta y nos contiene, nos arropa y nos mantiene.

⁴ María, Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2006, p.15.

⁵ *Ibidem*, P.19.

⁶ Mt 5,45.

Evitemos ir tan de prisa detrás de la inmediatez de las cosas. Lo efímero pasa y se desvanece rápidamente y sólo lo fundamental permanece casi eternamente. Seamos unos pobres peregrinos que habitamos este nuestro amado mundo, caigamos en cuenta de que nada nos pertenece, no somos ni amos, ni señores, ni reyes, ni dominadores; somos simplemente unos pequeños servidores. Con qué razón habrá exclamado Jesús de Nazaret las siguientes palabras: “Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los pequeños”.⁷ Y si al lector le causa alergia que cite cualquiera de los que se suelen llamar “textos sagrados” y pretende encontrar cierta “claridad y distinción” en mi redacción, puede desde ya abandonar la lectura de estas líneas. De nuevo lo exhorto a no perder su tiempo, pues la vida es apenas un suspiro. Aun siendo, quizá, hijo y heredero de la Modernidad, no creo en la separación de saberes que nos ha regalado. Pues “la cosa del poeta no es jamás la cosa conceptual (...) no se afana para que las cosas que hay, unas sean, y otras no lleguen a este privilegio, sino que trabaja para que todo lo que hay y lo que no hay, llegue a ser. El poeta no teme a la nada”.⁸ Y no es que me sienta poeta, sino un servidor de la filosofía que cree que se puede decir con otro tipo de lenguaje simbólico y no meramente conceptual. Puede la filosofía escribirse con un logos poético, nacido de la belleza y de lo sublime.

Como ya me alargué en esta obertura, vuelvo y termino diciendo que la admiración nace de la contemplación y es el origen del saber. Tomaré como consigna, brújula y bandera aquellas palabras del Padre Maestro Ignacio de Loyola: “No el mucho saber harta y satisface el alma, sino el sentir y gustar de las cosas internamente” [EE, 2]. Lo que nos causa admiración nos deja enmudecidos, nos paraliza, nos sumerge en lo más íntimo de nuestra propia intimidad para hacernos salir de nuevo a buscar, a preguntar, a investigar, a averiguar, a sondear, a sentir, a experimentar y nos regala el inagotable deseo del saber. No es un saber cómo mera erudición, sino un saber sabroso, valga la redundancia, que es probación de lo dulce, lo amargo, lo salado o lo insípido que nos queda de las cosas que surgen en nuestra realidad. Un saber que es el resultado de haber recuperado el valor de la pasividad y que afina nuestra sensibilidad, de tal manera y a tal grado, que somos capaces de ir captando -y no

⁷ Mt 11,25

⁸ María, Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2006, p. 23.

aprisionando- con mayor hondura, altura, anchura, delicadeza y ternura; como ya diría el poeta Octavio Paz: “el ojo piensa, el pensamiento ve, la mirada toca, las palabras arden”.⁹

¿Qué es esa cosa que llamamos cuerpo?

*No tengo un cuerpo, sino que soy un cuerpo.
Sería un gran agravio
-un agravio duradero-
que, por causa de mis piernas
o mis orejas
o cualquier parte de mi cuerpo,
no fuera capaz de aceptarme a mí mismo.
‘¡Soy bello!’.
Es una frase tan evidente
Como excitante.
Mi cuerpo es la memoria de todas mis experiencias.
La palabra sigue todavía haciéndose carne.
Una pregunta es si amo a Dios.
Otra, si me amo a mí mismo.
¿Cómo puede alguien
que contesta con un sí a la primera
contestar con un no a la segunda?
¡No! Sólo amo a Dios cuando me amo a mí mismo.
Toda vida como vida humana en el cuerpo.
La vida espiritual requiere un cuerpo
con el que ser vivida:
Una palabra, una carcajada,
un corazón lleno de corazón.
La fe es una disposición del cuerpo
y un modo de andar,
una forma de reír y de mirar,
Siempre:
Como toco así seré tocado.
Todo depende de la atención y del respeto.*

Meinrad Dufner¹⁰

⁹ Octavio, Paz, *Los privilegios de la vista, arte moderno universal, arte de México*. En: *Obras completas. Vol 4*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2014, p.803.

¹⁰ Wunibald Müller, *Besar es orar, La sexualidad como fuente de espiritualidad*, SalTerra, Maliaño, 2005, p.41.

¿Qué es esta cosa que llamamos cuerpo?, ¿por qué nos provoca tanto miedo, admiración sorpresa, repulsión, conmoción, placer y dolor?, ¿es el alma más perfecta que nuestro cuerpo?, ¿existe tal división o somos una unidad intrínseca? Empero, ¿unidad de qué?, ¿por qué nos hemos vividos tan distanciados de nuestra más desnuda realidad y nos encerramos en laberintos de naturaleza etérea? ¿Por qué vivimos oscilando en el vaivén entre lo sagrado y lo profano?, ¿entre la inmanencia y la trascendencia?, ¿entre lo puro y lo impuro? ¿Por qué tenemos miedo al placer? ¿Por qué nos aterra el dolor?, ¿de dónde surge esa fuerza de nuestros deseos?, ¿de dónde el ímpetu de nuestras pasiones?, ¿en dónde se ubica nuestro entendimiento, dónde nuestra inteligencia y dónde nuestra voluntad?, ¿en el alma?, ¿y dónde está esa alma?, ¿cuál es su naturaleza?, ¿de dónde nace el movimiento que nos impulsa a danzar?, ¿dónde habita nuestra más íntima intimidad?, ¿dónde nuestro castillo y morada más principal? ¿No será que nuestro cuerpo es más espiritual de lo que pensamos y nuestra alma más encarnada de lo que somos capaces de imaginar? A lo mejor, nos guste o no, ese eterno divorcio entre alma y cuerpo no sea más que una inevitable comunión. ¡Cuerpo espirituales y espíritus encarnados!

Capítulo I: Sobre el cuerpo

Yo no soy un intelectual, escribo con el cuerpo. Y lo que escribo es una niebla húmeda. Las palabras son sonidos transfundidos de sombras que se entrecruzan desiguales, estalactitas, encajes, música transfigurada de órgano. Apenas me atrevo a proferir palabras a esa red vibrante y rica, mórbida y oscura teniendo como contratono el bajo grueso del dolor. Alegro con brío. Trataré de extraer oro del carbón.

Clarice Lispector¹¹

Quizá esa primera “cosa” que nos causa admiración, miedo, perplejidad y confusión sea esto que llamamos cuerpo. Esto con lo que escribo, esto con lo que siento, esto con lo que pienso y esto con lo que camino, danzo, grito, lloro, canto, salto, amo, acaricio, rezo, como, descanso, trabajo, pinto, respiro, escucho, huelo, percibo, contemplo, corro, me estiro, me caigo, me levanto, me muevo, soy y existo. En este primer capítulo no pretendo hacer un análisis minucioso y mucho menos exhaustivo de todas las concepciones de cuerpo que se

¹¹ Clarice, Lispector, *La hora de la estrella*, Corregidor, Buenos Aires, 2011, p.15.

han planteado a lo largo del tiempo; no es mi interés ni en lo más mínimo, dado que me parece innecesario para mi foco de investigación. Lo que sí considero ineludible es poner de manifiesto que ha habido en la historia de Occidente, desde lo griegos hasta nuestros días, algunas posturas filosóficas que han atentado y herido la relación con nuestro cuerpo. Por ejemplo, que, si el alma es superior al cuerpo y está llamada a ser su ama y señora por ser de naturaleza “divina” y el cuerpo de naturaleza humana ha devenido en un eterno divorcio entre ambos “conceptos”. Una pugna sin final. Una lucha sin tregua se ha levantado entre posiciones puritanas que consideran al cuerpo como mero objeto accesorio, piedra de tropiezo y desvío de camino. Las consecuencias de pretender que una tal alma desencarnada sujete y gobierne la fuerza de un instintivo cuerpo, que más que cuerpo parece una indomable fiera, han traído consecuencias aberrantes de erosión, mortificación y degradación de nuestra sagrada carne.

Las antropologías dualistas “alma y cuerpo” siguen tan vigentes como en el tiempo de Platón¹² y sus reminiscencias se pueden palpar en cualquier conversación, sin importar el espacio, el nivel educativo, ni la clase social de las personas. Ingenuamente, en las civilizaciones occidentales, solemos culpar al cristianismo de haber perpetuado la herencia platónica de esta desunión entre alma y cuerpo, olvidando que el mismo Tomás de Aquino¹³ viene a rechazar la comprensión de “cuerpo como un estorbo o como una segunda sustancia

¹² Desde la Antigüedad clásica comienza el divorcio. Platón propone en el Fedón que “el cuerpo le confunde y no le deja al alma adquirir la verdad y el saber”. Una visión catastrófica sobre nuestro cuerpo se hace presente pues, según el mismo filósofo “el cuerpo nos procura mil preocupaciones por la alimentación necesaria; y, además, si nos afligen algunas enfermedades, nos impide la caza de la verdad”. Por tan graves motivos propone Platón separarnos del cuerpo, si es que queremos saber algo limpiamente y ser verdaderamente amantes de la sabiduría. Una separación tan tajante de alma y cuerpo dejará su marca indeleble en la historia de nuestra humanidad. Desprendernos y “separar al máximo el alma del cuerpo”. Cfr. Platón, *Fedón*, Gredos, Ciudad de México, 2018, pp. 233-252.

¹³ El cuerpo no puede ser un obstáculo para el alma. Tomás de Aquino defiende una unidad hilemórfica de cuerpo y alma. Así pues, ante los planteamientos de que para la beatitud del alma humana es menester desterrar todo cuerpo, Tomás apunta que esa posición, además de ser contraria a la fe, es contraria a la razón: “No puede haber perfecta beatitud donde falta la perfección de la naturaleza. Puesto que la unión el alma y cuerpo es natural, sustancial y no accidental. No puede ser perfecta la naturaleza del alma si no está unida al cuerpo. El alma separada del cuerpo no puede obtener la última perfección de la bienaventuranza”. Consecuentemente, el alma no puede estar unida al cuerpo por accidente, ni puede ser una mera unión instrumental a conveniencia. La expresión más bella del Aquinate respecto a este tema la podemos encontrar expresada en las siguientes palabras: “el alma se asemeja más a Dios unida al cuerpo que separada del cuerpo, porque tiene una naturaleza más perfecta”. Cfr. Tomás de Aquino, *De Potencia Dei, Q. 5, la conservación*, Universidad de Navarra, Pamplona, 2005, pp. 93-95.

meramente añadida al alma racional; por eso sostiene que el hombre sólo puede alcanzar su plena perfección en su completa realidad, es decir, como unidad inescindible de cuerpo y alma espiritual”.¹⁴

Como ya lo he dicho, no nos iremos a revisar a detalle las concepciones históricas del cuerpo, sino que nos plantaremos en el momento presente, pero con una cierta perspectiva del pasado para abrirnos a una nueva forma de comprender y sentir el cuerpo. Situarnos en el presente inevitablemente nos hará reconocer críticamente algunas de las posturas actuales con las que el ser humano se ha relacionado con su cuerpo. ¿Por qué le doy tanta relevancia al cuerpo? Porque este estudio pretende ser un acercamiento fenomenológico de danza y mística, y, como es evidente, un bailarín necesita de su cuerpo para producir su arte; así como el místico, precisa de su mismo cuerpo para abrirse a lo trascendente del encuentro.

Cuerpos desarraigados

El fenómeno del cuerpo es el problema más difícil

Martin Heidegger¹⁵

Es cierto que, dentro de todas las bellas artes, la danza suele ser una expresión artística escandalosa para muchos. Y lo es precisamente porque el lienzo en el que el bailarín pinta figuras y paisajes es su propio cuerpo; las partituras en las que escribe las notas más sublimes son su cuerpo, con él hace música y crea ritmos. La poesía que entona un bailarín es una poesía tridimensional, hecha y escrita entre cuerpos, con la tinta de las lágrimas y del sudor surgido del movimiento que nace de la pasión. Lo que hace de la danza un arte indecoroso es la complicada, perniciosa, torcida y vergonzosa relación de amor-odio que tenemos con nuestro cuerpo y entre cuerpos. Desde una limitada mirada, el cuerpo puede ser una inevitable causa de perdición. Un mero objeto de deseo erótico y pulsional. Una redituable herramienta que, si se vende bien, puede generar un atractivo retorno de inversión. Carne fresca que se ofrece al mejor postor para ser usada, ultrajada, pisoteada y manoseada. También puede ser

¹⁴ Silvana Filippi, *El alma unida al cuerpo es más semejante a Dios. Reflexiones sobre el rol de la corporeidad en la antropología tomista*, Universidad Adventista del Plata, 2012, Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=25926198006> Consultado: 16-IX-21.

¹⁵ Martin Heidegger y Eugen Fink, *Heráclito*, Ariel, Barcelona, 1986, p. 188.

un instrumento útil -o inútil- de trabajo, al que maltratamos, poco alimentamos y escasamente descansamos. Un peso que indefectiblemente hay que cargar, cuidar y alimentar; fastidioso cuando sentimos calor y muy frágil cuando padecemos el crudo frío del invierno. También, más común de lo que se piensa, lo solemos percibir como la oscura cárcel de un alma atormentada de personalidades misticoides. Todo esto es “el horror de la banalidad”¹⁶.

Cuando hablamos de cuerpo nos brotan distintas reacciones, ya por ello Heidegger decía que el fenómeno del cuerpo es el problema más difícil. Quizá de pronto nos vengan a la memoria las imágenes anatómicas de un cuerpo perfecto y antiséptico en los demás; pero imperfecto e inmundo en nosotros mismos. Es sorprendente la fuerza de imposición y dominación que tienen sobre nosotros las imágenes de publicidad promovidas por los medios de comunicación. Casi sin darnos cuenta, se nos impone un modelo de cuerpo “perfecto”, con medidas establecidas, una estatura mínima, una determinada talla y un cierto tipo de tono de piel. Longitud y color de cabello específico. Contorno de cejas. Enchinado de pestañas. Delineado de barba. Bronceados, etc. Lo que se salga de estos estrechos estándares estéticos está fuera de lugar, “fuera de onda” y se consideran “bellezas exóticas” o, peor aún, anomalías morfológicas por no decir aberraciones humanas. Tal vez en este momento venga a bien recordar las tajantes palabras de Jean-Luc Nancy:

Que no se pregunte, en todo caso, por qué el cuerpo suscita tanto odio. Que no se pregunte por qué es una palabra afectada, estrecha, mezquina, distante, delicada, -pero también repugnante, grasienta, turbia, obscena, pornoscópica. Se nos ocurre que, a esta palabra, sólo se la salva con bellos dibujos de geometría de tres o de n dimensiones, con elegantes axonometrías: pero entonces todo flota suspendido en el aire, y el cuerpo debe tocar tierra.¹⁷

¹⁶ Hay dos registros de la banalidad de los cuerpos: la del modelo (registro de las revistas, canon de los cuerpos ahusados, aterciopelados) – y la del todo-vale (no importa qué cuerpo, deforme, lisiado, gastado). En la separación o en la dialéctica de los dos -que la ecotecnia reproduce simultáneamente-, no hay mucha proximidad posible. Pero la banalidad completamente banal puede ser que aún esté en otra parte, en un espacio apenas abierto todavía, el espacio de una ausencia de multitud). Entonces, la experiencia de los cuerpos sería que lo que es de un cuerpo es común en tanto que tal: sustituible por cualquier otro en tanto que sustituible. Cfr. Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, p.71.

¹⁷ *Ibidem*, p.11.

La venus de Milo, el hombre de Vitruvio, el David de Miguel Ángel nos presentan imágenes del cuerpo con proporciones idealizadas, las cuales contrastan con las representaciones de volumetría exaltada de Fernando Botero, por ejemplo. Con esto no pretendo presentar una postura en desacuerdo con la estética de proporciones bellas como las del *David*, por el cual, valga decir, siento una especial predilección; solamente intento poner de manifiesto los contrastes y las diferencias para poder examinar a conciencia nuestras propias concepciones de cuerpo y darnos cuenta cómo las hemos normalizado, a tal grado, que miles de personas invierten muchas horas de su tiempo en los gimnasios que se han vuelto como santuarios de un culto al cuerpo idealizado, o también quizá, una sala de tortura para las personas que por más que sudan y se esfuerzan no logran alcanzar los altos parámetros establecidos por la publicidad. Así pues, otras muchas personas gastan altas fortunas pasando por el quirófano para hacer de sus cuerpos una verdadera carnicería, eliminando lo que no les gusta y aumentando lo que la naturaleza no les dio. Esto sin mencionar las millones de dietas y planes de alimentación que se pueden encontrar por internet para bajar de peso. Los trastornos alimenticios que se suscitan y las muchas más torturas a las que sometemos al propio cuerpo cuando, con nuestro rechazo, lo degradamos al ínfimo nivel de simple objeto. Así, Nancy afirma que uno de los indicios del cuerpo es que son todos algo deformes pues, “un cuerpo perfectamente formado es un cuerpo molesto, indiscreto en el mundo de los cuerpos, inaceptable. Es un diseño, no es un cuerpo”¹⁸.

Para que nuestro cuerpo sea un cuerpo y no meramente un diseño, necesita tocar tierra, necesita sentir la fuerza de su propio origen, vivimos como desenraizados, desterrados y exiliados. Eternos desconocidos y deportados de nuestro propio cuerpo, nuestra patria y morada. Me llama la atención la audacia profética con la que Simone Weil denuncia este fenómeno llamándolo “desarraigo”. Así, nos cuenta que “el desarraigo constituye con mucho la enfermedad más peligrosa de las sociedades humanas, pues se multiplica por sí misma. Los seres desarraigados tienen dos comportamientos posibles: o caen en una inercia del alma¹⁹ casi equivalente a la muerte (...), o se lanzan a una actividad tendente siempre a desarraigar, a menudo por los métodos más violentos”²⁰. Weil nos alerta que lo grave del

¹⁸ Jean-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007, p.6.

¹⁹ Entiéndase alma como una misma unidad psicorgánica con el cuerpo.

²⁰ Simone Weil, *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996, p.54.

desarraigo es que, quien está desarraigado desarraiga. Vivirse con un cuerpo desarraigado es peligroso porque la relación de cada uno con su cuerpo no suele ser una relación particularmente intimista, sino que afecta a los demás; pues, aunque gritemos hasta el cansancio “¡es mi cuerpo, yo decido!” creo que, en realidad, no sabemos lo que decimos. Detrás de esa afirmación se encuentra una ignorancia atroz que deja ver al cuerpo como un objeto, un instrumento, un medio, una herramienta que uso, someto, humillo, oculto, exhibo y utilizo cada que me viene en gana y como me dé la gana. Hay que decirlo claramente: quien está desarraigado, desarraiga. Quien está desarraigado, somete. Quien está desarraigado, humilla. Quien está desarraigado, violenta. Quien está desarraigado fácilmente abusa, mata y desaparece personas; viola la dignidad del cuerpo y profana la sacralidad de éste. Quien está desarraigado desgarrar también el frágil tejido del cuerpo social que llamamos comunidad. Desvincula y rompe violentamente cualquier lazo comunitario.

El desarraigo es un tipo de extrañamiento. Es vivir sin raíces, vivir desvinculado y fuera de la casa que es nuestro ser cuerpo. Es vivir sin un sentido claro de pertenencia y en la más absoluta indiferencia. El desarraigo nos impide vernos como sujetos únicos y absolutos en sí mismos; sino que, contrariamente, nos impone una mirada objetual de nosotros y de los otros. “Todos haciendo cuerpo y dislocados a la vez”.²¹ Un ser humano desarraigado de sí es como un músico que nunca comprendió que el instrumento musical que toca no es un mero utensilio que usa y guarda cuando quiere, sino una extensión misma de su cuerpo. Un ser humano desarraigado es como un bailarín sin ritmo, que ignora la belleza de su cuerpo, que se quita y se pone las zapatillas a su gusto y disgusto. Un músico que, aunque toca, desafina a toda la orquesta. Un bailarín que, aunque salta, no baila y destruye toda la coreografía. Asimismo, un “místico” desarraigado se desvirtúa convirtiéndose en un sujeto espiritualista, ensimismado y narcisista que se desentiende de su propio ser y quehacer y se arranca violentamente de su tierra. Dislocado, desintegrado, desgarrado. Alejado, disociado, divorciado. Apartado, enemistado, violentado, ignorado y anulado.

²¹ Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, p.27.

Vivir en el desarraigo es vivir en el exilio. Concebir el cuerpo como una fría máquina al mero estilo cartesiano²², ajeno a todo el calor de la pasión y de la belleza de la sensación. Una máquina racional “pienso, luego soy”²³, he aquí un nuevo divorcio, un absurdo dualismo entre la razón y la sensibilidad. La *res cogitans* como la designación de las mentes y el pensamiento, en contraste con la *res extensa*, que hace referencia al cuerpo²⁴.

Cuerpos desencarnados

La carnación es el gran desafío arrojado por esos millones de cuerpos de la pintura: no la encarnación, donde el cuerpo está henchido de Espíritu, sino la simple carnación como el latido, color, frecuencia, y matiz, de un lugar, de un acontecimiento de existencia.

Jean-Luc Nancy²⁵

Desde este punto de vista el cuerpo es problemático, por eso nos resulta más llevadero acallararlo, dominarlo, diseccionarlo y dejar que un alma desencarnada y racional vuele ligera sin el peso de realidad que nos da el cuerpo y nos vincula a la tierra y a los demás. Pensamos que un alma tal es capaz de subir a las alturas más encumbradas del conocimiento y tocar las grandes verdades de manera infusa sin la participación del cuerpo, ¿no sé cómo sería eso! ¿dónde se encuentra tal alma? Mi limitada inteligencia no alcanza a comprender qué otra condición de posibilidad tenemos de existir, habitar y vivir si no es por medio de este cuerpo que somos pues, como diría Nancy, “los cuerpos son lugares de existencia, y no hay existencia sin lugar, sin ahí y sin aquí (...) el cuerpo da lugar a la existencia y es el ser de la existencia”.²⁶ El mismo filósofo nos recuerda que el cuerpo es ese lugar que abre, que une, que separa, que da lugar para hacer acontecimiento: “gozar, sufrir, pensar, nacer, morir, hacer

²² “El cuerpo no es más que una estatua o una máquina de tierra que Dios, adrede, forma para hacerla lo más semejante posible a nosotros”. Cfr. René Descartes, *Tratado del hombre*, Gredos, Madrid, 2018, p. 243.

²³ René Descartes, *Discurso del método*, Gredos, Madrid, 2018, p. 123.

²⁴ En la meditación sexta, podemos encontrar la siguiente afirmación que ha trascendido hasta el día de hoy: “Y aunque tal vez (o mejor, con certeza, como lo diré muy pronto) tenga un cuerpo al cual estoy unido de manera muy estrecha; sin embargo, como tengo, por un lado, una idea clara y distinta de mí mismo en cuanto soy una cosa que piensa y no extensa, y como, por el otro, tengo una idea distinta del cuerpo en tanto que es sólo una cosa extensa y que no piensa, es cierto que ese yo, es decir, mi alma, por la cual soy lo que soy, es entera y verdaderamente distinta de mi cuerpo, y puede ser o existir sin él.” Cfr. René Descartes, *Meditaciones metafísicas*, Gredos, Madrid, 2018, p. 211.

²⁵ Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, p. 16.

²⁶ *Ibidem*, p. 15.

sexo, reír, estornudar, temblar, llorar, olvidar.”²⁷ En este sentido, el cuerpo nos permite acontecer, que es lo mismo que suceder, hacerse realidad, ocupar un lugar y transcurrir en el tiempo. Por ello es importante volver a la materialidad del cuerpo, no solo al concepto; sino volver y tocar la llaga de nuestra carne para sentir que estamos vivos, que la sangre fluye por nuestras venas, que el corazón no nos ha dejado de latir y que, casi siempre, sin darnos cuenta, nuestros pulmones siguen meciéndose constantemente al ritmo de nuestra respiración:

No hay experiencia más que al interior de un cuerpo; es decir, todas nuestras experiencias están encarnadas, por más que el espesor del cuerpo se nos borre continuamente, desaparezca del campo de la conciencia en nuestras vidas cotidianas. Hemos aprendido, en nuestra circunstancia, a vivir con un cuerpo silencioso, discreto, desvanecido, a menos que el dolor y la enfermedad, para señalar apenas un par de ejemplos, lo reubiquen en el centro de nuestra conciencia.²⁸

Como queda dicho, volver a hacer énfasis en la materialidad del cuerpo es recuperar el valor que la experiencia tiene en el mismo, puesto que es el receptáculo de toda vivencia. La morada misma de toda nuestra vida. La habitación eterna de toda nuestra existencia. Refugio, cuartel, castillo. Resguardo, recinto, fortaleza. No podemos resignarnos a vivir desdibujados, borrados, ni desvanecidos de nuestra encarnación. No podemos limitarnos a advertir que somos cuerpo únicamente cuando nos visita el dolor, la enfermedad o la cruel ausencia de la muerte. Por eso no hay que temer a nuestro cuerpo y a sentir el placer, el sufrimiento, la tristeza, la fragilidad, la pena, el amor, la alegría, la paz y hasta la incertidumbre del miedo mismo, la fuerza de nuestras pasiones, el impulso fugaz de nuestras emociones, la hondura de nuestros pensamientos y el imperativo de nuestras necesidades más fisiológicas. Es esto que somos y habitamos, mientras yo escribo y tu lees, nuestro cuerpo, nuestra única condición de posibilidad para vivir y existir: “estar-siendo”²⁹ y aconteciendo.

²⁷ *Ibidem*, p. 17.

²⁸ Rodrigo Parrini, *Los Archivos del cuerpo ¿cómo estudiar al cuerpo?*, UNAM, Ciudad de México, 2021, p. 52.

²⁹ Expresión acuñada por Rodolfo Kusch (1922 - 1979) antropólogo y filósofo argentino, Kusch descubrió el horizonte del estar en la sabiduría y religiosidad populares latinoamericanas, como ámbito distinto de los dos horizontes o dimensiones explicitadas por la filosofía occidental: el de la pregunta por el ser (herencia de la filosofía griega) y el del acontecer ético-histórico (más propio de la tradición judeo-cristiana). Sólo así el pensamiento filosófico podrá corresponder a la interrelación fundamental que se da en la sabiduría popular latinoamericana entre las dimensiones del estar, el ser y el acontecer ético-histórico, cuya mutua mediación concreta puede expresarse –usando una la expresión de Kusch–, “Estar-siendo” en cuanto estructura existencial y decisión cultural latinoamericanas, pues tanto la primera como la segunda se dan en el orden del

Muchas veces he pensado que el miedo que nos genera el cuerpo es porque en realidad le tememos a su vulnerabilidad, a su fragilidad, a su naturaleza corruptible y a su situación de herido, separado, añorante, melancólico, deseante y anhelante. Nos desborda el goce estético de un bello atardecer en la orilla del mar, no fascina el aroma de un bosque lleno de pinos y el primer sorbo de café por las mañanas. Asimismo, nos seduce la mirada de nuestras personas amadas y sus tiernas caricias, pero le tenemos miedo a toda la fuerza de nuestras pasiones, nos causa pavor el inevitable dolor y nos aturde el sufrimiento que nos causa nuestra débil condición humana; creo que por eso solemos vivir acartonados y robotizados. Escuchamos a nuestras sensaciones, pero las acallamos con la fuerza de imposición de los ruidos y la virtualidad de las redes sociales. Por eso nos atormenta tanto el silencio y la soledad, porque sentimos que nuestros fantasmas interiores, que son nuestros miedos más feroces, despiertan para devorarnos y carcomernos completamente. No obstante, con todo y nuestros miedos, nadie nos va a ahorrar el camino, en la oscuridad de la noche, para encontrarnos o enfrentarnos, abrazarnos o pelearnos con lo que habita en “lo más íntimo que nuestra propia intimidad”³⁰. De ahí que el gran poeta místico Juan de la Cruz pregona apasionado en las oscuras sombras de la noche: “¡Oh, noche que guiaste, / Oh noche amable más que la alborada; / Oh noche que juntaste / Amado con amada, / Amada en el Amado transformada!”³¹

A menudo olvidamos que somos un cuerpo lleno de belleza, de bondad, de verdad y de nobleza. Nuestro cuerpo encarnado es el lugar donde anidan nuestras paradojas más incomprensibles: somos corruptibles, pero eternos. Frágiles pero fuertes. Solos, pero siempre acompañados. También es el lugar donde residen nuestros secretos³² mejor guardados, las

acontecer, respectivamente, existenciario-ontológico (*existential*) y existencial-óntico (*existentiell*). Cfr. Juan Carlos Scannone, *El “estar-siendo” como acontecimiento originario: articulación del horizonte tridimensional de la filosofía latinoamericana*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 2010, pp. 153-162.

Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551845009>

³⁰ *Interior intimo meo et superior summo meo*. Cfr. Agustín de Hipona, *Confesiones*, San Pablo, Buenos Aires, 2010.

³¹ Juan de la Cruz, *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1940, p.32.

³² En el indicio 41, Nancy afirma que “el cuerpo guarda su secreto, esa nada, ese espíritu que no está alojado en él sino que está esparcido, expandido, extendido completamente a través suyo, de modo que el secreto no tiene ningún escondite, ningún repliegue íntimo donde un día sería posible ir a descubrirlo. El cuerpo no guarda nada: se guarda como secreto. Por eso el cuerpo muere, y se lleva su secreto a la tumba. Apenas si nos

huellas imborrables de tantas caricias, nuestro pujante anhelo de infinito, el hambre insaciable de piel, la sedienta necesidad de un beso, el ardiente deseo de la presencia y la figura, las heridas aún abiertas de las injusticias sufridas y todos los tatuajes, invisibles e indelebles, que adornan nuestro cuerpo, “este cuerpo que está curtido en sus llagas”³³.

Cuerpos fragmentados

No hay otra evidencia -clara y distinta como la quiere Descartes- que la del cuerpo. Los cuerpos son evidentes -de ahí que toda justeza y toda justicia comiencen y terminen con ellos. Lo injusto es confundir, quebrantar, triturar, asfixiar cuerpo, volverlos indistintos.

Jean-Luc Nancy³⁴

Un cuerpo fragmentado es aquél que ha sido descuartizado, por decirlo de alguna manera, por una persona que no logra concebir completamente toda su corporeidad en plenitud; pero no sólo es un acto individual, la fragmentación de un cuerpo es un fenómeno también social, así, un cuerpo fragmentado es aquel que padece y que ha sido víctima de un agresivo ambiente, de un contexto excluyente y de una sociedad exigente que imponen parámetros y estándares estéticos muy acotados, casi imposibles de alcanzar, y una moralina puritana que se olvida del fuego de la pasión que nos habita. Una corte de puritanos que se sientan en el trono que sólo le corresponde al juez y desde ahí vigilan celosamente el “buen orden racional” y dictan con severidad categórica lo que debe ser y no debe ser; ¡con qué razón Jesús exclama en el Evangelio!: “dicen y no hacen. Atan cargas pesadas y las echan a las espaldas de la gente, pero ellos ni con el dedo quieren moverlas”³⁵. Toda esta dictadura de la razón personal y del colectivo sociedad deviene en un ser humano escindido, amordazado, dividido, incompleto, acomplexado y humillado; Eternamente atormentado entre lo que siente y lo que piensa. Amenazado por una poderosa razón tiránica e instrumental³⁶, al mero estilo de la

quedan algunos indicios de su pasaje”. Cfr. Jean-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007.

³³ Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, P.60.

³⁴ *Ibidem*, P.39.

³⁵ Mt 23, 3-4.

³⁶ Una fe en una razón instrumental fue duramente criticada por Nietzsche y también por los pensadores de la Escuela de Frankfurt, como se puede leer: “Semejante fe en la *ratio* autónoma fue denunciada por Nietzsche como síntoma de atraso, pues “según instintos valorativos alemanes Locke y Hume eran de por sí... demasiado lúcidos, demasiado claros”. Kant fue para él, un “demorador”. “La razón no es más que un instrumento y

modernidad, que busca gobernar despóticamente por sobre los impulsos más humanos de nuestra existencia. Una razón soberbia que pretende saberlo todo, escrutarlo todo y conceptualizarlo todo, nos roba el misterio de nuestra vida; y así, nos deja sin el asombro y sin la pasión tan necesarias para contemplar y saborear de todas las cosas. La ilusa pretensión de tener todo bajo control, en aras de un ilimitado progreso, nos ha dejado huérfanos y desamparados, exiliados y desubicados: desenraizados y fragmentados; pero, “Ni razón garantiza libertad ni progreso felicidad. Con cada descubrimiento se añade un nuevo desencanto”.³⁷ La “diosa razón” de la modernidad nos ofrece quimeras de desarrollo tecnológico, certeza absoluta, seguridad científica y una realidad objetiva como progreso; el resultado de ello es el fracaso de una humanidad deshumanizada y una desilusión absoluta de lo que nunca fue y jamás será.

Esa “diosa razón” a la que tanto alabaron los filósofos de la modernidad y posteriormente los idealistas, es una quimera, una mera deformación de lo que realmente es la razón. Con la voz de un profeta que clama en el desierto, Nietzsche se levanta con todo su arsenal y descarga sus tintas en contra de una razón concebida así, porque visionariamente se dio cuenta de que una concepción de esta naturaleza podría resultar demoledora para la humanidad. Este filósofo cree que el origen de toda la tragedia humana es vivir es desgarramiento entre lo dionisiaco que es el arrebato, lo impulsivo, lo instintivo y lo orgásmico, atribuido al dios griego Dionisio; en contraposición con lo apolíneo, que vendría a ser lo perfecto, lo limpio, lo sereno y lo elegante, características que se suelen atribuir a Apolo³⁸. Pero ¿por qué vivir fragmentados cuando podemos vivir en la unidad? ¿acaso los contrastes, en armónica comunión, no son creadores de belleza? ¿no resulta absurdo ver dividido en dos a un mismo reino? Puesto que "si un reino está dividido contra sí mismo, ese reino no puede subsistir. Si una casa está dividida contra sí misma, esa casa no podrá subsistir"³⁹. Asimismo, "el ojo no puede decir a la mano: No te necesito. Ni tampoco la cabeza decir a los pies: No los necesito. Aún más, las partes del cuerpo que parecen ser más débiles son las más necesarias"⁴⁰.

Descartes fue superficial". Cfr. Max Horkheimer, *Crítica de la razón instrumental*, Sur, Buenos Aires, 1973, p. 5.

³⁷ Eduardo Subirats, *El alma y la muerte*, Anthropos, Barcelona, 1983, p. 10.

³⁸ Cfr. Friedrich Nietzsche, *El nacimiento de la tragedia*, Gredos, Madrid, 2018.

³⁹ Mc 3, 24-25.

⁴⁰ 1 Cor 12, 21-22.

Entonces, ¿de dónde viene esa desconfianza al cuerpo y a toda la potencia -a veces caótica- de la sensibilidad? Así podemos encontrar la denuncia de Nietzsche contra los filósofos de entonces:

Ahora bien, todos ellos (los filósofos) creen, incluso de una forma desesperada, en lo que es. Pero como no pueden apoderarse de lo que es, tratan de explicar por qué se les resiste. “Si no percibimos lo que es, debe tratarse de una ilusión, de un engaño...” ¿Quién es el que engaña? ¡Ya está!, exclaman alegres: ¡es la sensibilidad! Los sentidos, que son tan inmorales también en otros aspectos, nos engañan respecto al mundo verdadero. Moraleja: hay que librarse del engaño de los sentidos, del devenir, de la historia, de la mentira. Moraleja: hay que negar todo lo que da crédito a los sentidos, a todo el resto de la humanidad; todo ello es ‘vulgo’. ¡Hay que ser filósofo, ser momia, representar el monótono teísmo con mímica de sepulturero! Sobre todo, hay que rechazar la lamentable idea fija de los sentidos que es el cuerpo, sometido a todos los errores lógicos posibles, cuya existencia no sólo ha sido refutada, sino que resulta imposible, pese que el muy insolente actúa como si fuera real...⁴¹

Realmente, ¿los sentidos nos engañan? ¿por qué semejante rechazo y tan cruda fragmentación entre la razón y la sensibilidad? No me cansaré de subrayar, las veces que sea necesario, que todas las posturas racionalistas e idealistas de la historia de la filosofía occidental escinden al ser humano, descuartizándolo a conveniencia, quizá por temor, por ignorancia o por audacia, a lo que el cuerpo verdaderamente es. Una vez más Nancy viene a iluminarnos tratando de retejer y reconciliar cualquier resabio de ruptura entre el cuerpo y el alma, la sensibilidad y la razón, así, afirma que “en el pensamiento del cuerpo, el cuerpo fuerza al pensamiento a ir siempre más lejos, siempre demasiado lejos: demasiado lejos para que aún sea pensamiento, pero nunca lo bastante lejos para que sea cuerpo. (...) De ahí que no tenga sentido hablar de cuerpo y de pensamiento separadamente uno del otro, como si pudiesen ser subsistentes cada uno por sí mismo: no son otra cosa que su tocarse uno a otro, el tacto de la fractura de uno por otro, de uno en otro”.⁴² Es así, no pueden existir disyuntivamente con todas las condiciones propias de su ser y de su constitución natural. Cuerpo y pensamiento, también en este caso, son caricia fracturada por el tacto y abrazada en una unidad intrínseca que tiene lugar en una misma carne.

⁴¹ Friedrich Nietzsche, *El ocaso de los ídolos*, Edimat, Madrid, 1999, pp. 55-56.

⁴² Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, P.31.

Cuerpos enraizados

La persona no es nunca un ojo, una oreja, una mano, una boca o una nariz, sino una mirada, una escucha, un tacto, un gusto o un olfato; es decir, una actividad, una postura de desciframiento. A cada instante transforma el mundo sensorial en el que está inmerso en un mundo con sentido y valor.

David Le Breton⁴³

En contraste con los cuerpos desarraigados que a su vez desarraigan, nos podemos encontrar con la contraparte, una audaz propuesta en la que la filósofa Simone Weil nos invita a la imperante necesidad de echar raíces, múltiples raíces que nos vinculen perpetuamente a una existencia colectiva y bien plantada a la tierra, el nacimiento, nuestra profesión y todo nuestro entorno, según nos dice:

Echar raíces quizá sea la necesidad más importante e ignorada del alma humana. Es una de las más difíciles de definir. Un ser humano tiene una raíz en virtud de su participación real, activa y natural en la existencia de una colectividad que conserva vivos ciertos tesoros del pasado y ciertos pensamientos del futuro. Participación natural, esto es, inducida automáticamente por el lugar, el nacimiento, la profesión, el entorno. El ser humano tiene necesidad de echar múltiples raíces, de recibir la totalidad de su vida moral, intelectual y espiritual en los medios de que forma parte naturalmente.⁴⁴

La metafórica imagen que nos sugiere la expresión de “echar raíces” es muy potente, pues de inmediato nos remite a los árboles formados por sus raíces, un tronco y una copa⁴⁵. Por propia experiencia, la mayoría de nosotros conocemos la imponente verticalidad del árbol, su permanencia absoluta ante el día y la noche, su movimiento inmóvil, su pasiva cadencia, su “lento” crecimiento; su transformación dependiendo de la estación, es decir, florece en primavera y se deshoja en otoño, pero siempre se renueva mientras esté bien enraizado a la tierra, el árbol nos representa “la vida sin muerte”. El mítico árbol del conocimiento del bien

⁴³ David Le Breton, *Cuerpo sensible*, Metales Pesados, Santiago de Chile, 2010, p. 50.

⁴⁴ Simone Weil, *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996, p.51.

⁴⁵ “M. Eliade, uno de los grandes investigadores de este tema, ha comprobado que árboles sagrados se encuentran en todas las religiones, en las metafísicas y las místicas arcaicas y en las tradiciones populares del mundo entero, y observa que, bajo las variedades de sentidos que adquiere el árbol -según que el contexto sea cosmológico, mítico, teológico, ritual, iconográfico-, hay una íntima afinidad entre ellos y una serie de elementos comunes a todo”. Cfr. Isabel Uría Maqua, *El Árbol y su Significación en las Visiones Medievales del Otro Mundo*, Universidad de Alcalá de Henares, 1989, pp. 103-119.

y del mal se presenta a Adán y Eva como una latente tentación (Gn 3, 1-13). El Señor se le aparece a Abraham junto a un encinar de Mamré (Gen 18,1). Ante una zarza ardiendo Yahvé se revela a Moisés (Ex 3, 1-22). El reinado del nuevo David saldrá de una rama del troco de Jesé (Is 11,1). El rey Nabucodonosor contempla en sus sueños un árbol gigantesco en el centro de la tierra en el que había comida para todos (Dn 4, 7-11). El justo florecerá como la palmera, crecerá como los cedros del Líbano (Si 92,13). Jesús se compara con la vid: “Yo soy la verdadera vid y mi Padre es el viñador” (Jn 15,1). En el huerto de Getsemaní, entre árboles de olivo, Jesús llora desconsolado (Mc 14, 32-34). En el árbol de la cruz estuvo clavado el mismo Cristo como redentor del mundo⁴⁶. “¡Bendito el hombre que confía en el Señor y en él tiene puesta su confianza! Él es como un árbol plantado al borde de las aguas, que extiende sus raíces hacia la corriente; no teme cuando llega el calor y su follaje se mantiene frondoso; no se inquieta en un año de sequía y nunca deja de dar fruto” (Jr 17,7-8).

El árbol es a menudo el lugar privilegiado de la hierofanía, el *axis mundi* que se encuentra al centro de la Creación; de ahí toda su carga histórica, arquetípica, mítica y simbólica⁴⁷. Sabemos que las raíces de un árbol siempre se encuentran ocultas y cobijadas en las entrañas de la tierra, casi imperceptibles a nuestra vista, pero presentes; de difícil acceso, pero existentes. Las raíces tienen la función de dar soporte y equilibrio al árbol, al mismo tiempo que lo anclan a la tierra y captan todos los nutrientes que le dan fuerza al tronco, belleza a las hojas de la copa y vitalidad a todo el cuerpo del árbol. De igual manera sucede con el enraizamiento que nos plantea Simone Weil y que he querido tomar como consigna para volver a nuestra corporeidad. Si contemplamos atentos y silenciosos la naturaleza, como a menudo lo hacen muchos pueblos indígenas, caeremos en cuenta de nuestra profunda vinculación con las entrañas de tierra en donde hemos sido tejidos todos y cada uno, únicos

⁴⁶ Jn 19, 17-22. Mt 27, 32-33.37-38. Mc 15, 22.25-27. Lc 23, 33.38.

⁴⁷ “El lugar de la hierofanía es donde se ponen en conexión los tres niveles cósmicos: el cielo, la tierra y el infierno. Es posible ascender a los cielos a través del *axis mundi*, la columna universal que vertebrata el mundo. El *axis mundi*, se encuentra en el centro de toda la creación, y puede ser un pilar, una escalera, una montaña, un árbol... El chamán altaico realiza la ascensión a los Cielos en un estado de trance a través del Árbol Cósmico, un álamo que está situado en el centro del mundo. Entre los buriatos, la ceremonia iniciática para convertirse en chamán consiste en ascender hasta los cielos por un álamo situado en el interior de una morada subterránea. En el origen de los tiempos los dioses bajaban de los cielos y se mezclaban con la gente. Los hombres, por su parte podían ascender fácilmente hasta los cielos”. Cfr. Lucas Risoto de Mesa, *Lo sagrado en Mircea Eliade*, Universidad de Málaga, 2014, pp. 33-48.

y comunitarios; contemplaremos la silenciosa fuerza que emana de la imagen de un árbol erguido, bien enraizado y fecundado por la tierra: brota, erecto, abraza, sostiene, da fruto y da sombra. Si contemplamos detenidamente, como lo hacen los místicos, podemos caer en la cuenta de que los árboles no existen fragmentados, sino en una completa unidad; no son árboles aislados, sino que conforman una comunidad; no existen sólo para sí mismos, sino también para los demás. Si pudiéramos tocar sus raíces seríamos capaces de escuchar la historia que nos cuenta en cada una de sus formas: el pasado del que han sido testigos, el presente que habitan y el futuro al que están abiertos. También podríamos ver con asombrosa claridad la interconectividad que fluye entre ellos, cómo se comunican por medio de sus raíces y cómo trabajan, no sólo como simples objetos de ornato, sino como verdaderos sujetos, artesanos del oxígeno que respiramos; como soportes de vida, como madres que acogen los nidos de las aves, como padres que dan fresca sombra a los peregrinos del camino y reciben sedientos la brillante luz del sol.

Creceré en esta tierra
Donde me has plantado,

Con raíces fuertes
Para no ser un juguete
Del huracán
Que ya forma sus argollas
En los mares del tormento,

Con raíces que crezcan
Hacia el agua de la vida
En la oscuridad de los mapas
Con la lámpara en el pecho
Del deseo que ilumina,

Con raíces que envíen
Hacia las hojas los frutos
La vida que succionan
Regalada gota a gota
Del misterio de la noche.⁴⁸

Como las raíces de los árboles, así estamos llamados nosotros a vivir enraizados a nuestro ser cuerpo entre cuerpos, soportándonos mutuamente y formando una sólida comunidad con el gran cuerpo social que nos vincula y la naturaleza que nos envuelve, recordándonos a cada

⁴⁸ Benjamín, González Buelta, *La Pascua de los sentidos*, Sal Terrae, Santander, 2013, p.60.

instante que somos parte de ella, pues de ella venimos, a ella vamos y en ella somos ¿de dónde pues la superioridad antropocéntrica?, ¿de dónde nuestros salvajes impulsos de dominio y exterminio?, ¿de dónde el individualismo y el racionalismo? Cada que me encuentro con los textos nacidos de la experiencia de los místicos, me llena de silencioso asombro lo enraizados que se encuentran todos a un Todo que los rodea, los penetra, los acaricia, los aprieta, los acoge y al mismo tiempo los lanza; por eso, con toda verdad, Nancy remite al cuerpo como cósmico, enraizado e interconectado, que toca todo “palmo a palmo, mi cuerpo toca todo. Mis nalgas a mi silla, mis dedos al teclado, la silla y el teclado a la mesa, la mesa al piso, el piso a los cimientos, los cimientos al magma central de la tierra y a los desplazamientos de las placas tectónicas. Si parto en el otro sentido, por la atmósfera llego a las galaxias y finalmente a los límites sin fronteras del universo. Cuerpo místico, sustancia universal y marioneta tironeada por mil hilos”⁴⁹. En este sentido, podemos encontrar en Francisco de Asís, místico del siglo XII de nuestra era, un himno por demás conmovedor y absolutamente actual, alabando a su Señor nos canta:

Alabado seas, mi Señor, en todas tus criaturas,
especialmente en el Señor hermano sol,
por quien nos das el día y nos iluminas.
Y es bello y radiante con gran esplendor,
de ti, Altísimo, lleva significación.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana luna y las estrellas,
en el cielo las formaste claras y preciosas y bellas.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano viento
y por el aire y la nube y el cielo sereno y todo tiempo,
por todos ellos a tus criaturas das sustento.

Alabado seas, mi Señor por la hermana Agua,
la cual es muy humilde, preciosa y casta.

Alabado seas, mi Señor, por el hermano fuego, por el cual iluminas la noche,
y es bello y alegre y vigoroso y fuerte.

Alabado seas, mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra,
la cual nos sostiene y gobierna

⁴⁹ Jean-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007, p.9.

y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas.⁵⁰

Asimismo, en Juan de la Cruz, otro gran místico del siglo XVI, encontramos a un hombre habitado y prendado por la belleza de la naturaleza, unido a ella hasta en su más profunda intimidad, capaz de escuchar la voz de las “creaturas”, de intuir, de sentir la presencia y ausencia de su Amado, rastrear sus huellas, percibir el aroma de su perfume y sentir la caricia de su cuerpo y figura; es así como nos lo cuenta en la cuarta canción de su *Cántico Espiritual* en diálogo continuo con los montes, las flores, los bosques, las fieras y todas las espesuras: “¡Oh, bosques y espesuras, / Plantadas por la mano del Amado! / ¡Oh, prado de verduras, / De flores esmaltado, / Decid si por vosotros ha pasado!”⁵¹

Cuerpos encarnados

Y la Palabra se hizo carne, y puso su Morada entre nosotros...

Jn 1,14.

Sin duda que el acontecimiento de la encarnación merecería no solamente un capítulo, sino libros y libros de reflexión filosófica, análisis fisiológicos y disertaciones teológicas. No obstante, como lo he dicho desde el principio, la erudición no es mi mejor amiga, por eso trato de recurrir humildemente a lo que una aproximación fenomenológica me puede aportar para intentar saborear esto que llamamos encarnación; cuyo fenómeno claramente nos deja ver la transformación del *logos* abstracto que tanto pregonaron los griegos a la humana concreción de nuestra carne, que siente y comparte nuestros afanes y que ha venido a morar entre nosotros, con nosotros y por nosotros. El cuerpo encarnado no es solamente un conjunto de notas, ni una mera actualidad que se limita a la presencialidad objetual. Tampoco comparto del todo la concepción de la fenomenología clásica que sugiere que el cuerpo humano tiene una especie de “doble constitución”: cuerpo físico (*Körper*) y cuerpo vivo

⁵⁰ “El *Cántico de las Criaturas*, escrito por Francisco de Asís es también conocido como *el Cántico del Sol* (en italiano: *Cantico di frate Sole*, en ocasiones es traducido como *Cántico del Hermano Sol*), o *Laudes Creaturarum* (*Alabanza a las Creaturas*). Este himno fue escrito durante el período de transición en el desarrollo del lenguaje italiano del latín, y es la literatura vernácula más antigua escrita en dialecto umbro. Disponible en: <https://www.cathdal.org/home-es/canticle-of-the-creatures-the-hymn-of-st-francis-of-assisi-that-inspired-laudato-si> Consultado:25-X-2021.

⁵¹ Juan de la Cruz, *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1940, pp. 445-446.

(Leib)⁵²; dado que considero que ese tipo de distinciones que hablan de constituciones, muy velada y sutilmente, pueden estar escondiendo cualquier resabio de dualismos antropológicos.

El cuerpo al que intento referirme y describir cuidadosamente para poder seguir adelante es ante todo carne, no es algo ajeno al mundo sino en el mundo y en constante alteridad con las impresiones de los otros y de lo otro, todo; es más, es un cuerpo encarnado que tiene todo que ver con la antropología judeocristiana, como aquello que nos cuenta el apóstol Juan en una de sus cartas [es] “lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos de la Palabra de vida”⁵³. Esa Palabra de vida se ha manifestado en todo su esplendor corporal y no sólo podemos escucharla y mirarla, sino que la podemos tocar y encontrarnos a piel desnuda con ella porque está viva, hecha carne y cuerpo. El filósofo Antonio González en su radical obra *Surgimiento*, nos propone que la carne surge en el mundo, puesto que el cuerpo es visible y tangible; pero a su vez tiene un surgir que no surge. Esto es:

La carne es la corporeidad viva, pero una corporeidad viva que no es considerada, como en la fenomenología clásica, desde una subjetividad constituyente, sino desde el surgir mismo, el cual acontece en el momento más modesto de las impresiones y cualifica a todo acto en cuanto acto. Esta carne, como corporeidad viva, no se limita a las sensaciones táctiles de la piel, sino que engloba todo el surgir en cuanto situado en un aquí y en un ahora. El surgir es “carnal” porque está localizado en el aquí de todos los sentires y en el aquí de todos los surgires, acotado por las estructuras localizadas que delimitan sensorialmente el aquí de mi cuerpo.⁵⁴

En contraposición con la fenomenología clásica, se entiende que el cuerpo encarnado al que hago referencia es un cuerpo mundano (en el mundo) y a la vez que un cuerpo vivo”⁵⁵. La carne de este cuerpo entraña un puro surgir que, como dice González, “está inseparablemente unido a los contornos físicos de un cuerpo en el mundo”. No se trata pues de un materialismo

⁵² Cfr. Antonio, González, *Surgimiento, hacia una ontología de la praxis*, Ediciones USTA, Bogotá, 2013, p. 205ss.

⁵³ 1 Jn 1,1

⁵⁴ Antonio, González, *Surgimiento, hacia una ontología de la praxis*, Ediciones USTA, Bogotá, 2013, p. 216.

⁵⁵ *Ibidem*, p. 217.

ingenuo que concibe a una carne inerte o reducida meramente a sus componentes químicos como su tejido muscular, el agua, proteína, grasas y demás tejidos conjuntivos; sino de una propuesta intrépida, fenomenológica, que nos hace afirmar con mayor precisión “yo soy mi cuerpo”. Quisiera terminar de redondear este breve apartado citando nuevamente al mismo Antonio González, quien sostiene que:

“Yo soy mi cuerpo” no es otra cosa que “yo soy carne”. No soy un sujeto al margen del mundo, sino un yo en la carne de un aquí corporalmente acotado. No soy, sin embargo, cosa, sino algo radicalmente distinto de toda cosa. En la patencia del aparecer no surjo como una cosa o como un conjunto de cosas. La fibra de mi frágil carnalidad es el surgir mismo de todas las cosas. Cuando alguien o algo toca mi mano, no toca algo distinto de mí. Cuando alguien toca mi mano no toca algo que está muy cerca de mí. Soy carne. Cuando alguien toca mi mano, me toca a mí.⁵⁶

“Yo soy mi cuerpo. Yo soy carne” esta es la imperiosa revolución que ha venido a trastocar completamente a la concepción antropológica del ser humano en occidente, especialmente las concepciones helénicas. “Yo soy carne” es una novedad inaudita, heredada por la cosmovisión judeocristiana y radicalmente confirmada con el acontecimiento “Cristo”, quien en su encarnación nos revela, como absoluta gracia desbordante, a un *logos* que existía desde el principio de los tiempos y que se hace carne mortal y a la vez eterna; pone su morada entre nosotros, habita como nosotros y nos lanza a la trascendencia por medio de la inmanencia más humana, es eso que el mismo autor, González, llama como “la fibra de mi frágil carnalidad” doliente, suave, herida, cálida: ¡viva! No surgimos como cosas, ni somos objetos, sino algo totalmente distinto de cosa: somos cuerpos encarnados. Esta verdad viva significó un “escándalo para los judíos y necedad para los griegos”⁵⁷. De ahí se desprende un nuevo paradigma que, como lo he dicho ya, ha marcado un parteaguas en la manera de comprendernos en nuestra humanidad corpórea y en nuestra forma de relación comunitaria. De la sacralidad de la carne se deriva la dignidad de la vida y la inviolabilidad de los cuerpos. De ahí que la infamia de corromperlos, denigrarlos, humillarlos, utilizarlos, objetualizarlos, comercializarlos, prostituirlos, deshonorarlos, violarlos, descuartizarlos, martirizarlos, sacrificarlos y hasta el terrible fenómeno de la desaparición sean abominaciones totalmente

⁵⁶ *Ibidem*, p. 218.

⁵⁷ 1 Cor 1,23

inconcebibles que profanan la belleza, verdad y bondad del cuerpo. Contra toda corrupción del cuerpo, arremete Nancy, denunciando la sacralidad de la carne puesta en depósitos de cadáveres como viles llagas amontonadas y denigradas. Llagas que siguen en carne viva y, por lo tanto, siguen doliendo y sin cicatrizar; de esta manera anuncia esa “mundialidad de los cuerpos”:

Los cuerpo asesinados, desgarrados, quemados, arrastrados, deportados, masacrados, torturados, desollados: la carne puesta en depósitos de cadáveres, el ensañamiento con las llagas. En el depósito, los cadáveres no son muertos, no son nuestros muertos: son llagas amontonadas, pegadas, fluyendo una en la otra, y la tierra lanzada directamente encima, sin una sábana para definir el espaciamiento de un muerto, luego de otro muerto. No hay cicatriz, la llaga sigue en carne viva, los cuerpos no trazan de nuevo sus áreas. Como al revés que el espíritu, se subliman en humo, se evaporan en neblina. También aquí, el cuerpo pierde su forma y su sentido -y el sentido ha perdido todo cuerpo. Gracias a otra concentración, los cuerpos ya son sólo signos anulados: no, esta vez, en el sentido puro, sino en su puro agotamiento.⁵⁸

Cuando hablo de “sacralidad” de nuestra carne no estoy haciendo referencia a una piadosa idea de un culto divino acartonado; sino que me estoy refiriendo a una relación de religación trascendental con el Misterio⁵⁹ que nos ha dotado de vida y de existencia que, como el alfarero moldea el barro y lo marca con sus huellas⁶⁰, reconstruye lo destruido, sana lo herido, cura lo enfermo, renueva lo viejo y remienda lo roto de nuestras relaciones comunitarias. Una religación que nos une en comunidad para no formar más que un cuerpo que, aunque tiene muchos y muy plurales miembros, no forman más que uno solo⁶¹; pero no un cuerpo como ese heredado por Hegel que pretendía absolutizar la colectividad, anulando la unicidad de

⁵⁸ Jean-Luc, Nancy, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003, p.61.

⁵⁹ “El Misterio es la categoría interpretativa con la que designamos lo que tienen de común todas las formas de divinidad, es decir, todas las configuraciones que el sujeto ha dado de lo que es el término de su actitud religiosa. El Misterio es el nombre para la divinidad en el que todas las formas de esta coinciden y, por tanto, aquel en el que se reconocerán todos los sujetos religiosos; aquel que resume y explica la nueva forma de ser que reciben los objetos afectados por lo sagrado. Es, en una palabra, el eje, el centro, la raíz de este ámbito de lo sagrado en el que estamos intentando introducirnos (...) Misterio designa para nosotros la Presencia de la Absoluta transcendencia en la más íntima inmanencia de la realidad y la persona, a la que se refieren las variadísimas representaciones de lo anterior y superior al hombre a lo que remiten todas las religiones”. Cfr. Juan Martín Velasco, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid, 2006.

⁶⁰ “La vasija que estaba haciendo se estropeó como barro en manos del alfarero, y éste volvió a empezar, transformándolo en una vasija diferente, como mejor le pareció al alfarero”. *Jer* 18,4.

⁶¹ Cfr. 1Cor 12-13.

cada sujeto y buscando el triunfo del objeto, donde el individuo finalmente desaparece de la escena y se somete a una ideología que anulan su libertad. Sino un cuerpo vivo y en movimiento, unido en la dispersión, enraizado en la diferencia y sostenido por la tensión de la diversidad. Para formar este cuerpo hay que estar vivos y enteros, qué razón tenía Nietzsche cuando en el Zarathustra arremete contra los despreciadores del cuerpo afirmando que “hay más razón en tu cuerpo que en tu mejor sabiduría”.⁶² De ahí que me atreva a alzar la voz en contra de toda las atrocidades que nuestro ser cuerpo padece calladamente; si nos detuviéramos a escuchar lo que con nuestras sensaciones y emociones nos dice, lo que con nuestros pensamientos y sentimientos nos cuenta, quedaríamos absolutamente asombrados de la sabiduría que nos habita y habitamos tan íntimamente fecundada por la semilla de la sabiduría eterna.

La corporeidad, una sinfonía de unidad

Mi alma es una orquesta oculta; no sé qué instrumentos tañe o rechina, cuerdas y harpas, timbales y tambores, dentro de mí. Sólo me conozco como sinfonía.

Fernando Pessoa⁶³

El cuerpo es una sinfonía que es movimiento y unidad. Así como una orquesta sinfónica está integrada por una sección de viento, una sección de cuerdas y otra sección de percusiones; así el cuerpo está integrado en una absoluta unidad y en una completa comunión, sin división ni confusión en cuerpo, alma y espíritu; de tal forma que “(somos) el alma, el cuerpo, el espíritu: la primera es la forma del segundo y el tercero es la fuerza que produce a la primera. El segundo es, por lo tanto, la forma expresiva del tercero. El cuerpo expresa el espíritu, es decir, lo hace brotar hacia afuera, le saca el jugo, lo hace sudar, le saca chispas y arroja todo en el espacio. Un cuerpo es una deflagración”⁶⁴ y una deflagración es como una descarga que hace arder súbitamente nuestra fuerza sensible, erótica y afectiva en nosotros y en los otros.

La historia de la filosofía nos muestra que a través del tiempo los filósofos han hecho mil malabares y grandes esfuerzos por explicar esta enigmática realidad de lo que es o quien es

⁶² Friedrich Nietzsche, *Así habló Zarathustra*, Gredos, Madrid, 2010, p. 45.

⁶³ Fernando Pessoa, *Libro del desasosiego*, Seix Barral, Barcelona, 1997, p.32.

⁶⁴ Juan-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007, p. 12.

el ser humano. Mucha tinta se ha gastado y desgastado en tratar de resolver este problema de la unidad; desde los antiguos hasta hoy hemos pasado por los idealismos, empirismos, racionalismos, criticismos, realismos, escepticismos, subjetivismos, pragmatismos, existencialismos y nihilismos sin tener lógicamente una respuesta unánime. Todos los “ismos” son inflamaciones que ponen el acento en una cualidad o atributo de la realidad del ser humano, olvidando el resto de su riqueza y complejidad. No obstante, considero de suma importancia cada aporte y cada acento porque nos ayudan a problematizar, a cuestionar y a pensar otras posibilidades. Los costos que hemos pagado por vivir distanciados, escindidos o separados de nuestra completa realidad han sido altos; por eso, después de mucho cuestionarme, de muchas veces pelearme con algunos posicionamientos y también de esforzarme por reconciliarme, he llegado a comprender al cuerpo como una realidad de unidad.

El posicionamiento más radical y acorde a esa unidad de nuestro cuerpo, que hasta ahora he venido exponiendo, la he encontrado en el filósofo español Xavier Zubiri, quien con toda sencillez y profundidad afirma que, “el hombre es una realidad una y única: es unidad. No es una unión de dos realidades, lo que suele llamarse “alma” y “cuerpo”. Ambas expresiones son inadecuadas porque lo que con ellas pretende designarse depende esencialmente de la manera como se entiende la unidad de la realidad humana”.⁶⁵ Así pues, cuando hago referencia al cuerpo lo entiendo como ese “momento de presencialidad física de mi sustantividad psico-orgánica en la realidad”⁶⁶ y quisiera subrayar con mucha precisión que, efectivamente, cuerpo es presencia física en unidad., como menciona el autor, una presencia que habita desnudamente esta realidad en constante devenir y movimiento que nos abraza. Una presencialidad física envuelta y acogida, de manera absoluta e intrínsecamente unida, en nuestra corporeidad: cuerpo, alma y espíritu que es lo que solemos llamar como persona.⁶⁷ De ahí que:

⁶⁵ Xavier Zubiri, *Siete ensayos de antropología filosófica*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 1982, p. 87.

⁶⁶ *Ídem*.

⁶⁷ “Persona significa en el Antiguo Testamento ‘rostro’, ‘cara’. Así se encontraba Moisés ‘cara-a-cara’ con Dios (Éxodo 33, 11). En el Nuevo Testamento Pablo traduce al griego dicha categoría metafísica cuando explica que estarán “cara-a-cara”, es decir “persona-a-persona” (*prósopon pròs prósopon* de 1 Corintos 13, 12, traduce el hebreo *pním elpním*). Persona, entonces, no es máscara en el sentido del teatro griego, ni simplemente lo que resuena (*per-sonare*), es más simple y realmente: el rostro del Otro en cuanto otro”. Cfr. Enrique Dussel, *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Guadalupe, Buenos Aires, 1974, p.282.

Según Zubiri, la corporeidad es la vivencia del hacer, sentir, pensar y querer. Para el autor, el ser humano es y vive sólo a través de su corporeidad. Este concepto implica integralidad porque ese ser humano que siente, piensa y hace cosas, también se relaciona con otros y con el mundo que le rodea, y a partir de esas relaciones construye un mundo de significados que dan sentido a su vida. La corporeidad es la complejidad humana, es cuerpo físico, cuerpo emocional, cuerpo mental, cuerpo trascendente, cuerpo cultural, cuerpo mágico y cuerpo inconsciente; esos siete cuerpos que nos hacen humanos y que nos diferencian de las otras criaturas vivientes.⁶⁸

Como se puede notar, estos seres de realidades que somos, es algo más complejo de lo que parecía en un principio; por ello mi insistencia en no quedarnos reducidos a una ramplona concepción dualista que no hace justicia plena a nuestro estar-siendo; somos más, somos una realidad en movimiento y abierta a la trascendencia: personas. Siguiendo al mismo Zubiri, caemos en la cuenta de que el ser humano no tiene organismo y psique como si uno de los términos fuera añadido o superpuesto al otro “sino que el hombre es psico-orgánico, es una sustantividad psico-orgánica. Es una estructura y rigurosa unidad estructural de sustantividad (...) el hombre es un animal de realidad, una sustantividad abierta”.⁶⁹ Una sinfonía de unidad.

Una comunidad de cuerpos, una realidad desnuda

Sin duda, esto sólo sucede a condición de que yo quiera, y algunos otros conmigo. “Algunos otros” son mis parientes, pero también los médicos y por fin yo mismo, que me descubro aquí más doble o múltiple que nunca. Es preciso que toda esta gente a la vez, por motivos diferentes en cada caso, se ponga de acuerdo en pensar que vale la pena prolongar mi vida. No es difícil imaginar la complejidad del conjunto ajeno que interviene de este modo en lo más vivo de “mí”.

Jean-Luc Nancy⁷⁰

Para matizar aún más la concepción de cuerpo, misma que es el principio y fundamento transversal de este ensayo, me veo en la necesidad de recurrir al favorable auxilio del filósofo

⁶⁸ Aída María González Correa y Clara Helena González Correa, *Educación física desde la corporeidad y la motricidad*, Universidad de Caldas, Manizales, 2010. Consultado: 20-IX-21. Disponible en: <https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/hacialapromociondelasalud/article/view/1991>.

⁶⁹ Xavier Zubiri, *Sobre el hombre*, Alianza Editorial, Madrid, 2019, p. 59.

⁷⁰ Jean-Luc Nancy, *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, p. 20.

francés Merleau-Ponty quien viene a proponer de una manera por demás sorprendente y revolucionaria que el cuerpo es el “lugar de la carne con una estructura intersensorial, una especie de tejido unido. Un cuerpo que es consciente de su existir gracias a que puede sentir. Un cuerpo que se puede cerrar y abrir al mundo. Un cuerpo en relación con otros cuerpos como comunidad de cuerpos. El cuerpo es el vínculo del yo y de las cosas percibidas, es el lugar de la interioridad sensible del sujeto; el cuerpo mira y percibe el mundo en la encarnación de las cosas y las hace carne en su encarnación”.⁷¹ Volviendo a la importancia de la encarnación de los cuerpos en comunidad y contrario a la “pureza” del espíritu y la “impureza” de la materia, dicho filósofo afirma lo siguiente: “Está claro que dicho espíritu totalmente puro no lo encuentro y por así decirlo no lo toco sino en mí mismo. Lo otros hombres jamás son para mí puro espíritu: sólo los conozco a través de sus miradas, sus gestos, sus palabras, en resumen, a través de su cuerpo (...) no podríamos disociar a alguien de su silueta, de su tono, de su acento.”⁷²

El ser humano, insisto, es una realidad muy compleja y un enigma en sí mismo. Nunca agotaremos su misterio, jamás abarcaremos su grandeza y en ningún tiempo lograremos escrutar de manera absoluta las honduras de su intimidad. De ahí que la pregunta por el ser humano sea de suma importancia para el estudio del fenómeno místico. Así pues, esta concepción antropológica es la base para comprender la mística, la corporeidad de la persona humana es el fundamento para todo bailarín. No podemos escribir de danza y mucho menos de mística si no tocamos tierra y volvemos al principio de todos los principios; esta “cosa” que llamamos cuerpo y nos permite experimentar tanto y, al mismo tiempo, nos impone sus propios límites; nos soporta, nos permite ser, nos configura, nos da sentido de pertenencia, nos identifica, nos vincula, nos concierne y nos pide que nos hagamos cargo.

Cuando tratamos de experiencia estamos suponiendo un cuerpo, cuando hacemos referencia a la danza también lo presumimos; asimismo, cuando queremos dialogar sobre mística

⁷¹ Jorge Ferrada-Sullivan, *Sobre la noción de cuerpo en Maurice Merleau-Ponty*, Cinta de moebio, Santiago, 2019, pp. 159-166. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2019000200159> Consultado: 20-IX-21.

⁷² Maurice Merleau-Ponty, *El mundo de la percepción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002, pp.48 y 49.

presuponemos que somos seres humanos de carne pues, como lo dice Merleau-Ponty, el cuerpo es nuestro anclaje en el mundo, el cuerpo es un espacio expresivo, el cuerpo es nuestro medio general de poseer un mundo, “la experiencia del propio cuerpo nos enseña a arraigar el espacio en la existencia(...) Ser cuerpo es estar anudado a un cierto mundo, vivos nosotros, y nuestro cuerpo no está, ante todo, en el espacio: es del espacio”⁷³ y de la comunidad intersubjetiva de relaciones con otros cuerpos que nos hacen, nos moldean, nos marcan, nos colorean y nos determinan en un horizonte abierto de limitaciones y también de incontables posibilidades.

Cuando hablo del cuerpo, no me refiero únicamente a los límites de mi existencia abrazados, cobijados y contorneados por mi propia piel desnuda. Así pues, al hablar de la corporalidad también, indudable e inevitablemente, hago referencia a la intercorporeidad de mi cuerpo en relación con otros cuerpos, esa comunidad de cuerpos que antes mencionaba. Como afirmaría Nancy “un cuerpo no está vacío. Está lleno de otros cuerpos. Un cuerpo empieza y termina contra otro cuerpo. Incluso el vacío es una especie muy sutil de cuerpo”.⁷⁴ Un cuerpo es extenso. Afirmar, que mi cuerpo es condición de posibilidad para existir en el mundo, supone reconocer con toda verdad que no tengo un cuerpo porque no es un objeto que me pertenezca; sino que, soy un cuerpo unido a otros cuerpos a quienes ineludiblemente pertenezco, nunca como objeto, siempre como un sujeto absolutamente. Mi piel nunca es más tacto que cuando es tocada por otro. Mis ojos nunca son más mirada que cuando miran a otro. Mi oído nunca es más escucha que cuando escucha a otro. Mi gusto nunca es más sabor que cuando saborea la presencia del otro. Mi olfato nunca es más aroma que cuando queda impregnado por el aroma del otro. Nunca soy más bailarín que cuando bailo con otro. Y así en todo lo demás.

Cuando recibo al otro, experimento a una presencia “extraña” a un “extranjero” que me penetra con su presencia y me hace experimentar una intrusión “El intruso está en mí, y me convierto en un extranjero para mí mismo”;⁷⁵ Así nos lo cuenta Jean-Luc Nancy en su obra *El intruso* cuando nos comparte cómo vivió su trasplante de corazón de un otro extraño que puede ser cualquier otro: “una mujer, un joven, un vasco” etcétera. La ajenidad se convierte

⁷³ Maurice, Merleau-Ponty, *Fenomenología de la percepción*, Planeta, Barcelona, 1993, p. 165.

⁷⁴ Juan-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007, P. 5.

⁷⁵ Juan-Luc Nancy, *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006, P.32.

en la propia identidad. “El intruso me expone excesivamente. Me extrude, me exporta, me expropia”⁷⁶. Soy un cuerpo abierto a los otros, con una hendidura que no puede cerrarse y menos cicatrizar. Estoy abierto y cerrado, diría Nancy, y por esa abertura pasa infatigable “el flujo incesante de ajenidad”⁷⁷ que conforma mi propia realidad. “Lo siento con precisión, es mucho más fuerte que una sensación: la ajenidad de mi propia identidad, que, sin embargo, siempre me fue tan viva, nunca me tocó con esta acuidad.”⁷⁸.

La alteridad y el encuentro con el otro también me hace mío, de mí y para mí. Abierto y cerrado. Cercano y distante. Flexible y rígido. Activo y pasivo. Concurrido y solitario. En diálogo y en monólogo, en encuentro y desencuentro. La alteridad no sólo me determina, sino que me expone a la apertura de mi propia libertad; entonces soy yo quien decido, en intimidad y libertad, si abro algunas puertas y ventanas o me encierro entre muros y murallas. El encuentro con los otros me abre a un sistema de referencia en comunidad que me permite acceder al fundamento de la realidad. El extranjero llega y no sólo me pide ayuda y ocupa mis espacios, sino que me libera de mi propia danza egocéntrica y me invita a mirarle a los ojos para que yo pueda responderle sin eludir mi compromiso ante tal llamado; sabiendo que la no respuesta, es decir la indiferencia, también es una respuesta en sí misma. Me voy haciendo libre, en presente continuo, cuando voy respondiendo, cuando me voy entregando, cuando me voy donando y cuando voy acogiendo y recibiendo al otro en mí y yo en él, desde la propia autonomía de mi voluntad y desde en mi completa corporeidad. El mismo cuerpo de Nancy tuvo que reorganizarse con un nuevo corazón y hacerse a él, danzar con él, percibir su ritmo y sentir su vibración. En esta tensión nos jugamos todo entre la acogida, el rechazo o la simple y llana indiferencia que nos mata y nos deja solitariamente solos.

La intrusión del otro la siento, la gozo y la padezco en mi piel, como diría también Zubiri, el sentido del tacto es el sentido de la realidad desnuda. La verdad está en la piel. La memoria habita también ahí. Las huellas de los recuerdos se anidan en ella. La suavidad y la rigidez se presentan en la piel. La delicadeza de las caricias y la rudeza de las heridas también están contenidas en ellas. El frío, el calor y la pasión. Es la piel la que nos contiene para no

⁷⁶ *Ibidem*, P. 43.

⁷⁷ *Ibidem*, p. 36.

⁷⁸ *Ibidem*, p. 37.

desparramarnos y al mismo tiempo nos permite experimentar la realidad del otro. La piel nos abre y no cierra a la nuda realidad, la realidad fundamento, de nuevo según Zubiri, sin *Eidos*, sin filtros, sin resabios. Ante nuestra piel se presenta la realidad “de suyo” la realidad primordial, referente y fundamental; para terminar este apartado, tomo prestadas las palabras de Jean-Luc Nancy cuyo pensamiento tan fecundado he encontrado:

Mas la verdad, es la piel. Está en la piel, hace piel: auténtica extensión expuesta, completamente orientada al afuera al mismo tiempo que envoltorio del adentro, del saco lleno de borborismos y de olor a humedad. La piel toca y se hace tocar. La piel acaricia y halaga, se lastima, se despelleja, se rasca. Es irritable y excitable. Toma el sol, el frío y el calor, el viento, la lluvia, inscribe marcas del adentro -arrugas, granos, verrugas, excoiaciones- y marcas del afuera, a veces las mismas o aun grietas, cicatrices, quemaduras, cortes.⁷⁹

Mucho podría seguir pensando sobre el cuerpo, pero me resulta casi un enigma. Una realidad inconmensurable, inabarcable e inagotable que, lógicamente, y ¡qué bueno!, se me escapa de las manos; por eso termino al desnudo, con la piel expuesta y mi vulnerabilidad mostrada. Yo no soy un intelectual, yo pienso con el cuerpo, escribo con mi cuerpo y mi cuerpo habla sin mi permiso porque no lo necesita, porque yo soy mi cuerpo, un cuerpo tan conocido y como desconocido, tan nuevo y como antiguo, tan mío y como ajeno, tan yo como nosotros. Yo soy mi cuerpo y en mi habitan y danzan muchos otros cuerpos.

⁷⁹ Juan-Luc Nancy, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007, p.20.

Capítulo 2: Sobre la danza

Es cierto: no amamos la vida porque estemos acostumbrados a vivirla, sino porque estamos acostumbrados a amar. Siempre hay algo de demencia en el amor. Pero siempre hay algo de razón en la demencia. Y también a mí, que soy bueno con la vida, me parece que las mariposas y burbujas de jabón son las que más saben de la felicidad, y quienes son de su especie entre los hombres. Contemplar cómo aletean esas almitas ligeras, locas, gráciles y vacilantes -eso impulsa a Zaratustra a llorar y a cantar. Tan sólo creería en un dios que supiese bailar. Y cuando vi a mi demonio, lo encontré serio, concienzudo, profundo, solemne: era el espíritu de la pesadez -el hace caer todas las cosas. No se mata con la ira, sino con la risa. ¡Adelante, matemos al espíritu de la pesadez! He aprendido a caminar: desde entonces me permito correr. He aprendido a volar: desde entonces no quiero que se me empuje para moverme de un sitio. Ahora soy ligero, ahora vuelo, ahora me veo por debajo de mí, ahora baila un Dios a través de mí.

Friedrich Nietzsche⁸⁰

⁸⁰ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Gredos, Madrid, 2010, pp. 53-54.

Soy un bailarín pasional, más que un bailarín profesional. Escribo con el cuerpo y danzo escribiendo. Concibo la danza como una forma de vida, como una pregunta y una respuesta; como quietud y movimiento, sosiego y desasosiego, silencio y sonido, calma y agitación. Resistencia y persistencia ante la imposición occidental que con todo el peso de su razón da valor y preponderancia absoluta a las artes decorosas como las audiovisuales, llámese música y pintura. La danza en este caso y bajo este espectro se considera un arte indecorosa porque celebra al cuerpo en toda su plenitud; en la danza no se tiene un lienzo y mil pinceles para teñir de colores el blanco pañuelo; tampoco se tienen partituras e instrumentos musicales para producir y reproducir melodías y llenar con música el vacío. La danza es el bailarín, y la obra de su arte, su cuerpo en movimiento, exultante, reverente, ligero, erótico, sincero, seductor, apasionante y desbordante.

La danza como manifestación artística es considerada como “la madre de las artes porque vive en el tiempo y en el espacio”⁸¹, es una de las expresiones artísticas más antiguas del mundo porque el ser humano ha bailado desde sus mismos orígenes, porque es su corporalidad constitutiva lo que tiene más a la mano para poder expresar sus sentimientos, para celebrar la vida, llorar las partidas, superar las tensiones y reconciliar las divisiones. La danza guarda una relación total con el cuerpo y, aunque aquella pueda ser escrita, diseñada, contemplada, dirigida o coreografiada, al final de cuentas es bailada, bailada con el cuerpo, así sin más y nada más.

Mi intención con este apartado es problematizar esa concepción común que tenemos de danza. Hemos encorsetado a la danza en las estrechuras del *ballet* clásico, propio de profesionales. Por otro el otro extremo, la hemos considerado una expresión indecente y la hemos reservado para momento de desinhibición. Pero ¿por qué es un arte indecoroso? ¿Por qué nos resulta tan vergonzoso movernos? ¿Por qué hemos consagrado a la danza como una expresión exclusiva para expertos con cuerpos ideales? Quisiera que aprendiéramos a bailar nuestra vida y nuestras relaciones, que nos atreviéramos a romper concepciones y sentir la vitalidad del cuerpo en movimiento.

⁸¹ Alberto Dallal, *Los elementos de la danza*, UNAM, Ciudad de México, 2007, p.17.

Si te atrevieras a bailar, podrías experimentar en carne viva cómo la danza moldea nuevos modos de relación entre nosotros. Si te atrevieras a bailar, podrías sentir cómo el ritmo brota de la escucha, se teje en nuestras entrañas, palpita en nuestro corazón, se extiende hasta nuestros pies en un flujo sanguíneo constante y abraza todo nuestro cuerpo con todas sus resonancias. Si te atrevieras a bailar comprenderías que la danza es unidad, es resistencia, es liberación. Si tan sólo te atrevieras a bailar al desnudo, sin pena ni gloria, podrías percibir toda la fuerza erótica de tu cuerpo de donde germina vida abundante para todos, creadora de belleza y comunicadora de sensualidad. En los siguientes párrafos intentaré invitarte a bailar conmigo; si tu me lo permites, te llevaré a varias pistas para que sientas su textura, te invitaré a escuchar distintos ritmos y si tú lo quieres, sólo si tú lo quieres, aprenderás a moverte y conmoverte, liberarte y liberar, reconciliarte y reconciliar. Y no es que sea un experto, pues como ya lo he dicho ya, no soy un bailarín profesional sino pasional.

¿Qué es eso que llamamos danza?

En el afán de hacernos de una definición abierta, que revele la riqueza de la danza como arte de vida, afirmamos que ella es "cualquier forma de movimiento que no tenga otra intención para alguien que la de la expresión de sentimientos, de sensaciones o pensamientos".⁸² La danza necesariamente es movimiento y agitación; pero también es sosiego y, a veces, silencio; así, la danza nace del callado cuerpo en reposo, de la quietud y la escucha; la danza es dada a luz por un cuerpo que ha sabido percibir, un cuerpo dotado de una sensibilidad, muchas veces abrumadora, que no cabe en sus contorneados límites, por eso sale en búsqueda de la unión y se expresa con pasión y sutileza traspasando sus propias fronteras y tejiendo puentes de compenetración, conformación y comunicación con otros cuerpos.

No podemos encasillar a la danza en un solo tipo. La danza es tan variada como la diversidad de personas. Los movimientos que cada cuerpo expresa están intrínsecamente unidos con el arraigo a su tierra, con su propio contexto histórico, su sentido de pertenencia social, su propia sensibilidad, su relación consigo, con otros y con el Misterio mismo. La danza no es

⁸² Herminia M. García Ruso, *La danza, propuesta de elementos a considerar en el estudio de la danza*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España, 1998, pp. 345-347. Artículo disponible en: <https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/9824>. Consultado: 16-VI-2022.

un arte canónica, más mental que corporal; sino el arte de la libertad. La danza es el arte del ritmo y del compás, ese compás que nos ayuda a contar los tiempos de los distintos movimientos como los compases binarios, ternarios o cuaternarios; Como todas las bellas artes, la danza, nos guste o no, también tiene sus propias pautas dependiendo del género de ejecución: clásica, folclórica, contemporánea, *butoh*, etc.; mucho se ha pensado respecto de danzar sin medidas, sin ton ni son; sin embargo, considero que esto es una banal ilusión pues no es posible danzar sin reglas, pues la negación de la regla es la afirmación de esa misma negación, engendrando así otro modo de danza, nuevos estándares y novedosas técnicas.

En esta línea, conviene no olvidar que el movimiento y los ritmos ejecutados por un bailarín exigen escuchar los principios fisiológicos, anatómicos y motrices de su cuerpo, acoger sus ritmos, aceptar sus límites y reconciliarse con sus variadas formas estéticas. Asimismo, conviene conocer, aceptar y respetar los principios de la física que, nos guste o no, determinan el tiempo y el espacio de este mundo que habitamos. De acuerdo con la definición que nos comparte Marcelle Bourcat en su libro “Técnica de la danza”: "La danza es la más humana de las artes (...) es un arte vivo: el juego infinitamente variado de líneas, de formas y de fuerzas, de direcciones y de velocidades, concurre a la realización de perfectos equilibrios estructurales que obedecen, tanto a las leyes de la biología como a las ordenaciones de la estética".⁸³ La perfección de los equilibrios no responde a la pulcritud de los movimientos, típicos de una danza clásica geométrica y etérea, en este caso la perfección radica en la fidelidad al cuerpo, la adecuación de sus movimientos con la propia pasión y su expresión de belleza, liberación y reconciliación.

La danza como estética liberadora

La belleza salvará al mundo.
Fyodor Dostoyevsky⁸⁴

La danza es una estética liberadora y ¿qué cosa es la estética sino la denostada hija de la filosofía? Esa pequeña jovencita que conserva la pasión y sensibilidad, que vibra con la vida en toda su intensidad y es capaz de contemplar, con nítido asombro, la gama de las categorías

⁸³ *Ibidem*, P.346.

⁸⁴ Fyodor Dostoyevsky, *El idiota*, ePub, Edición digital, 1868, p.454.

estéticas en su totalidad; no sólo de lo bueno, lo bello y lo verdadero, sino también de lo feo, lo trágico, lo cómico, lo grotesco y hasta de lo sublime. Plantear a la danza como una estética liberadora es creer que el arte es revolucionario y social; es negar el arte por el arte, hueco y aburguesado. El arte es esa mediación, no es, ni puede ser un fin en sí mismo, pero tampoco es algo utilitario y menos aún pragmático, sino que, por el contrario, es un medio que nos permite gritar y denunciar, bellamente, con justeza, elegancia y sutileza, las injusticias y la opresión sin quedarnos en la mera denuncia estéril, sino dando pasos, quizá milimétricos pero audaces, en búsqueda de la perdida reconciliación.

La danza, particularmente la contemporánea, con su libre gramática y sus particulares esbozos coreográficos es abierta confidencia que nos regala una apertura hermenéutica para pensar y repensar, plantear y replantear la problemática personal, social y trascendental; es decir, nuestra relación con nosotros, entre nosotros y con el Misterio que nos une, y nos religa con lo eterno, lo noble y lo sublime. La danza como estética liberadora es capaz de retejer lo roto, de unir lo desunido, de reconciliar a los distanciados, reincorpora a los olvidados y de reintegrar a los humillados. Esta es la fuerza del arte y de la belleza.

Puedo confesar que desde que era un niño la belleza me ha buscado sin descanso, yo también la he buscado sin cansancio. Llega me abraza, me besa y se va, dejándome con el alma herida, anhelando un nuevo encuentro, padeciendo su despedida y esperando desesperadamente a su pronto regreso. Me parece que así sucede con todos los artistas prendados por la belleza.

He pensado seriamente que el mal no es un problema únicamente sociológico, político o económico; sino que es, sobre todo, estético. El arte y lo religioso tienen mucho que decirnos hoy, ya lo diría Dostoievski “la belleza salvará al mundo”⁸⁵. La belleza es cuidado, armonía, proporción, simetría; contrastes, formas, texturas y movimiento. La pobreza, la injusticia y la exclusión son fruto de la desfachatez, el descuido y la dejadez, son asimetría y desproporción; son resultado de haber perdido la capacidad de asombro, silencio y contemplación; son la infeliz consecuencia de conformarnos con muy poco, agotar y ahogar nuestros deseos de belleza en los límites estrechos de nuestro propio egocentrismo.

⁸⁵ Fyodor Dostoyevsky, *El idiota*, ePub, Edición digital, 1868, p.454.

La belleza es exigente y no puede agotarse individualmente; la belleza pide verdad, justicia y bondad para toda la comunidad⁸⁶. Ahí está lo revolucionario del artista, del bailarín, en ser capaces de reencontrar y recrear belleza, aún en medio de la aparente destrucción y desolación, el arte y la danza son consolación. Me conmueve y me sorprende la perspicacia intuitiva de las mujeres para discernir con agudeza los signos de los tiempos, esbozar y delinear nuevos surcos de realidad posibles. Tal es el caso de las tres bailarinas, valientes, proféticas y poéticas, a quienes quiero dedicar este apartado y pedirles, humildemente, prestada la voz de su autoridad y su experiencia vital: Isadora Duncan, Martha Graham y Pina Bausch.

Isadora Duncan

Isadora Duncan, (1877-1927) una de las pioneras de la Danza Contemporánea, se definía a sí misma como “bailarina y revolucionaria”⁸⁷ y solía afirmar que para ella “la danza no es sólo el arte de da expresión al alma humana por medio del movimiento, sino también el fundamento de una concepción completa de la vida más libre, más armoniosa y más natural”.⁸⁸ Se pronunciaba en contra de cualquier movimiento que no surgiera de la emoción y del sentimiento más profundos del ser humano; su danza iba en contra de toda expresión corporal surgida mecánicamente por medio de combinaciones arbitrarias que solían responder más a cánones predeterminados y a ejercicios técnicos antes que a la fuerza pasional de la naturaleza. El objetivo de la danza, de acuerdo con Duncan, es “la expresión de los sentimientos más nobles y más profundos del alma humana: esos que surgen de los dioses que hay en nosotros: Apolo, Pan, Baco, Afrodita. La danza debe implantar en nuestra vida una armonía que brilla y palpita. Ver en la danza una diversión frívola o amable es degradarla”.⁸⁹ No podemos ver en la danza una mera expresión artística que narra estrictamente cuentos de princesas, de príncipes y de hadas; la danza tiene que ser estética y

⁸⁶ Me parece importante aclarar que cuando hablo de comunidad, no me refiero a comunismo y mucho menos a socialismo, nada tiene que ver con eso; sino que intento referirme a una categoría conceptual más amplia y profunda y no a un simple sistema de organización económica y social.

⁸⁷ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.50.

⁸⁸ Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003, p. 123.

⁸⁹ *Ibidem*, p. 125.

social, una cosa no está en contra de la otra, sino íntimamente unidas; es decir, lo estético implica un compromiso social y una implicación política. Es así como Duncan arremete en contra del *ballet* argumentando lo siguiente: “no estoy interesada en bailar simplemente por bailar. Para mí la danza debe ser una expresión de la vida, no meramente una serie de trucos gimnásticos o movimientos bonitos. Por eso me disgusta la danza habitual del *ballet*, que constriñe a la gente a adoptar actitudes innaturales y pone tras a la libre expresión de sus emociones”.⁹⁰

Desde este escenario de realidad podemos comprender la importancia de los artistas, y en concreto de los bailarines, como estetas y profetas de la liberación pues “ser artista significa ante todo no tener vergüenza del propio cuerpo, sino amarlo en todos los cuerpos, comprendido el propio”.⁹¹ Isadora Duncan, influenciada por su contexto histórico y plantada en sus propias luchas afirma que el cuerpo es ese lugar de encuentro entre lo divino y lo pagano, entre lo apolíneo y lo dionisiaco, entre el dolor y el placer; no en vano se le conoce como la bailarina dionisiaca, pues pregonaba que “la danza es el éxtasis dionisiaco que arrastra todo”⁹² y ese mencionado éxtasis ocurre en el cuerpo:

El divino cuerpo pagano, los labios apasionados, los brazos abandonados, el suave sueño refrescante sobre los hombros del ser amado: todos estos placeres me parecían deliciosos e inocentes. Habrá quien se escandalice. Pero no sé por qué, si tenemos un cuerpo que nos proporciona cierta suma de dolores -la extracción de muelas, por ejemplo-, y si, por muy virtuosos que seamos, estamos sujetos a enfermedades -la gripe, etc.-, yo no sé por qué cuando la ocasión se presenta no vamos a extraer de este mismo cuerpo un máximo de placer.

El proyecto artístico de Isadora Duncan, como nos deja ver la anterior cita, es el de una danza liberada y liberadora de todos estos prejuicios en contra del cuerpo y de la sociedad. Podríamos afirmar que la mirada de Duncan sobre el cuerpo es una mirada nacida de la inocencia y la nobleza, pues nos presenta un cuerpo unido en sus contrastes y abrazado en sus matices. Nuestra bailarina de pie descalzo reacciona en contra del arte burgués y declara que el renacimiento de la religión puede darse por medio de la danza, así lo cuenta: “he

⁹⁰ *Ibidem*, p.99.

⁹¹ *Ibidem*, p.17.

⁹² Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.54.

venido a Europa a traer un renacimiento de la religión por medio de la danza, para revelar la belleza y la santidad del cuerpo humano mediante la expresión de sus movimientos y no para servir como distracción después de la cena a burgueses ahitos”.⁹³

Isadora Duncan “quería evitar a toda costa el estatismo”⁹⁴, juntamente con los cuerpos perfectos y etéreos que predominan en la danza clásica. Deseaba “contraponer un movimiento sinuoso y libre al movimiento rígido y geométrico del *ballet*”.⁹⁵ Creía firmemente que el artista “debía inspirarse en la Naturaleza”⁹⁶ y es que, penosamente, el *ballet* tiende a disciplinar al cuerpo de una manera atroz que casi lo deforma y lo somete a movimientos seriales y extenuantes, típicos de una fábrica en línea de producción, lo reduce a estándares europeos de color, forma y medidas ideales e idealizadas que se vuelven requisito obligatorio e indispensable, esto sin mencionar el tema de la edad y la guapura de los bailarines. La crítica al *ballet*, podemos decir, que radica en la denuncia de que el cuerpo no es ni puede ser un mero “objeto estético ni estetizante. Tampoco es un objeto de sometimiento, producción y control”.⁹⁷ Adriana Guzmán, acusando al *ballet* como el arte del disciplinamiento de la elegancia nos dice:

Como ninguna otra disciplina artística, el ballet depende del cuerpo y lo utiliza. Lo transforma, lo adiestra, lo remodela. Elige, claro, un modelo corporal, que habría que estudiar desde la óptica del racismo: un cuerpo blanco, delgado, estilizado, “europeo”, escribe la autora. Los bailarines y las bailarinas se modelan según ese estándar, ese cuerpo idealizado y obligatorio. Los espectadores organizan su mirada conforme a esa corporalidad típica, como si bailar fuera, en alguna medida, presentar los cuerpos en su estética, en su arte, y en su desacomodo, por descarte, respecto a estas corporalidades hegemónicas.⁹⁸

Como suele pasar, el tirano se encuentra en casa. El dictador que somete y manda también puede ser el que exalta y alaba, tal es el caso del *ballet* por el que, aunque que tengo una alta predilección por él, no quiero negar que puede ser un arte y disciplina que denigra, humilla

⁹³ *Ibidem*, p.52.

⁹⁴ Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003, p.11.

⁹⁵ *Ibidem*, p.13.

⁹⁶ *Ibidem*, p.12.

⁹⁷ Cfr. Rodrigo Parrini (Coord.), *Los archivos del cuerpo ¿cómo estudiar al cuerpo?*, UNAM, Ciudad de México, 2021, p.39.

⁹⁸ *Ibidem*, p.40.

y excluye lo diferente, tratando de articular toda la riqueza y diversidad de los cuerpos en un patrón muy determinado de raza, peso y color. La genialidad de Isadora Duncan radica en que se atrevió a quitarse las puntas y desechar las zapatillas, se ha quedado descalza y se ha bajado del aire a la tierra para demostrarnos que la danza puede ser radicalmente diferente.

Martha Graham

Martha Graham (1894-1991) fue una bailarina importante, creativa, prolífica y también revolucionaria que diseñó más de 200 coreografías con un lenguaje autónomo y un método propio basado en dos movimientos fundamentales⁹⁹: contracción, que consiste en concentrar toda la energía y la potencia en el centro del cuerpo, es decir, las entrañas; el otro movimiento es la descontracción, que es el movimiento opuesto que libera y distribuye la fuerza hacia todas las extremidades del cuerpo. En la técnica Graham “el centro del cuerpo se sitúa en el plexo solar. La respiración tiene un papel preponderante en todo el trabajo del bailarín; su técnica es la extensión muscular de la respiración. Las contracciones son convergencias de energías al centro del cuerpo. Este en las caídas se abandona, se puede en cualquier momento parar en un punto de desequilibrio”.¹⁰⁰ Para Graham la danza es vida y la vida es arte, así, invita a sus bailarines a conectarse a su aliento, a ese soplo de vida que nos mantiene en movimiento, ese principio vital y pulsional del ser humano que es la respiración, por ello “aprender a respirar al ritmo del mundo, o como decían los ‘nabis’ de Israel, a estar ‘bajo el soplo’, bajo el soplo de Dios”.¹⁰¹ Es importante aclarar que Martha Graham nunca quiso llamar “técnica” a su modo de bailar sino, más bien, decía que “es una forma completamente distinta de hacer las cosas. Es un empleo concreto del cuerpo. Es una libertad del cuerpo y un amor al cuerpo”¹⁰² que lo cuida, lo respeta y le da la dignidad debida, pues, como ella misma decía “todo artista es portador de luz”.¹⁰³

⁹⁹ Cfr. Martha Graham, *La memoria ancestral*, Circe, Barcelona, 1995.

¹⁰⁰ Ana Deutsch, *Martha Graham*, Bibliodanza. Disponible en: <https://www.ciudadladeladanza.com/bibliodanza/biografias/martha-graham-por-ana-deuts.html#:~:text=La%20t%C3%A9cnica%2022GRAHAM%22%20consiste%20en,sit%C3%BAa%20en%20el%20plexo%20solar%20. Consultado: 06-VI-2022.>

¹⁰¹ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.80.

¹⁰² Martha Graham, *La memoria ancestral*, Circe, Barcelona, 1995, pp.214-215.

¹⁰³ *Ídem*.

De acuerdo con Graham todas las danzas son universales puesto que tienen una especie de magia especial que representa la vida y que todos podemos comprender, consideraba que “el arte es eterno porque descubre y muestra el paisaje interior que es el alma humana”¹⁰⁴ y para ella el cuerpo humano es el medio mediante el cual se expresa y se manifiesta la vida en pleno. Invitaba a sus bailarines a conocer los prodigios del cuerpo humano, decía que no hay nada más prodigioso; así, los invitaba: “cuando vuelvas a mirarte al espejo, fíjate bien en el ángulo de las orejas en la cabeza, observa la forma del nacimiento del pelo; piensa en todos los huesecillos de tu muñeca. Es un milagro. Y la danza es la celebración de ese milagro. Creo que la esencia de la danza es la expresión humana, el paisaje de alma humana”.¹⁰⁵ En contraste con Isadora Duncan, Martha Graham no se identificaba tanto con los movimientos y ritmos de la naturaleza: “No quiero ser un árbol, una flor, una ola o una nube. Es en el cuerpo del bailarín donde debemos, como espectadores, tomar conciencia de nosotros mismos, sin tratar de imitar los actos cotidianos, ni los fenómenos de la naturaleza, ni las criaturas exóticas de algún otro planeta, sino buscar algo de ese milagro que es el ser humano motivado, disciplinado, concentrado”.¹⁰⁶

Nuestra bailarina reconoce que el cuerpo humano es el lugar donde reside la fuerza dinamizadora de los deseos que motivan e impulsan los movimientos dancísticos. Mujer absorta por la magia, la intensidad de la pasión y el brillo de la luz. Bailarina impulsada por una osada imaginación, convencida de que el movimiento nunca miente, ni puede mentir. El cuerpo es honesto y transparenta sus emociones y sentimientos a través del movimiento. Graham no está en contra de la naturaleza, sino que cree en la inspiración y en la improvisación; de tal modo, preguntándose de dónde surge esa inspiración, responde:

Sobre todo, de la emoción de vivir. En mi caso, de la diversidad de un árbol o del murmullo del mar, de la poesía, de la visión del delfín que rompe la quietud del agua y avanza hacia mí... de cualquier cosa que me haga sentir el instante. Y no sé muy bien si llamarlo inspiración o necesidad. A veces me inspira la gente. Me gusta mucho la gente y creo que el sentimiento es recíproco. Da la casualidad de

¹⁰⁴ *Ibidem*, p.11.

¹⁰⁵ *Ibidem*, P.13.

¹⁰⁶ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.73.

que amo a la gente (...) me gusta la idea de la vida que late en el ser humano: sangre y movimiento.¹⁰⁷

Martha Graham, al igual que Duncan, considera que el bailarín comunica con su cuerpo lo que no logra expresar con palabras. Sabe que habitar el instante presente, el ahora, que es lo único que tenemos, es imprescindible para dejarse afectar afectivamente y permitir que nazca y surja el movimiento. Su genialidad radica en superar los sueños infantiles y las historias de princesas, típicas del *ballet*, para bailar el drama humano de la época de guerra y revolución en la que le tocó vivir. Con su danza pregonaba que el arte debe estar a la altura de los tiempos y ser el altavoz y la resonancia de los sin voz y los nadie; por eso, para ella, “la danza celebra la vida en sus combates y en su plenitud, es creación y encarnación”.¹⁰⁸ Sabía que la vida del bailarín es un instante, momentos que pasan sin detenerse, el reloj del tiempo corre sin descanso y nos pisa los talones haciendo los estragos propios de los años en nuestro cuerpo, por eso decía que “el bailarín, más que ningún otro ser humano, muere dos veces; la primera físicamente cuando el cuerpo vigorosamente entrenado ya no le responde como quisiera y sin bailar desearía morir”¹⁰⁹ y la otra la muerte final y definitiva. Esta es Martha Graham, está es su grandeza y sus certezas.

Pina Bausch

Pina Bausch (1940-2009) es otra de nuestras bailarinas con parresia y audacia, capaz de dar forma, fondo y expresión a los recuerdos de su más tierna infancia. Arraigada en su tiempo supo unir, no sólo los acontecimientos históricos de su época, sino que también logró reconciliar el teatro y la danza, estas artes escénicas que complementándose logran generar un mayor impacto y conmoción en el público espectador, fundando así una especie de nuevo género expresionista llamado “danza-teatro”. La funesta experiencia de la guerra había dejado marcada su memoria de tragedia y de dolor, por eso “en sus coreografías se respira una angustia vital, existencial, esa desesperanza que ella vivió pero que cualquier ser humano conoce de una manera u otra. ‘Hay un motivo último que impele a todos los bailarines: decir que no saben qué hacer con su tragedia personal e intentan colocarla, desesperada e

¹⁰⁷ Martha Graham, *La memoria ancestral*, Circe, Barcelona, 1995, p.17.

¹⁰⁸ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.75.

¹⁰⁹ Martha Graham, *La memoria ancestral*, Circe, Barcelona, 1995, p.212.

inútilmente, en los demás”¹¹⁰. En 2007 Pina Bausch fue galardonada y para tan especial ocasión escribió un discurso llamado *What moves me* en donde comenzaría compartiendo la historia de su vida y el cómo desde su más temprana edad encuentra que su memoria está llena de recuerdos, de sonidos, de aromas y de personas:

*When I look back on my childhood, my youth, my period as a student and my time as a dancer and choreographer – then I see pictures. They are full of sounds, full of aroma. And, of course, full of people who have been and are part of my life. These picture memories from the past keep coming back and searching for a place. Much of what I experienced as a child takes place again much later on the stage.*¹¹¹

Una de las obras de Pina Bausch que más me han impresionado ha sido “La consagración de la primavera”, estrenada en 1978. No sólo por la extravagante música compuesta en 1913 por Ígor Stravinski, sino por la manera en que los bailarines y, particularmente Bausch, fueron capaces de llevar a la obra y a la acción el aliento de las partituras del genio compositor. Debo reconocer que cuando la vi por primera vez me pareció una obra chocante y extraña, contrastaba con mis posturas epistemológicas y rompía mis propias categorías estéticas, no lograba encontrar por ningún lado la belleza de la obra. Recuerdo que mi cuerpo se sentía conmocionado, con un vacío en mis entrañas, una sensación de asfixia o falta de aire y una impresión de desacuerdo y desagrado. Tuve que pausar el vídeo, hacer silencio, ir dentro de mí y preguntarme ¿qué es esto? extrañaba la pulcritud y exactitud de la danza clásica, pues esta obra me parecía grotesca. Sin embargo, llamaba mi atención, con el dolor de la supuesta ruptura, cómo parecía que Pina Bausch estaba trabajando artesanal y pacientemente en hacer de mi capacidad de contemplación una más crítica, mis categorías estéticas más flexibles y mi sentido de belleza más amplio, profundo y elástico.

La fuerza de Pina Bausch radica en una prodigiosa creatividad de transformar realidades. Nace de la necesidad de bailar porque no entendemos y no podemos comprenderlo todo. Nace de danzar las sombras desde nuestras propias luces. Danzar para reconciliarnos,

¹¹⁰ Raquel Pastor Prada, *Pina Bausch. Lo que el cuerpo sabe de la guerra y otros desastres*, Universidad Complutense, Madrid, 2017, p.209. Dossier disponible en: <http://dx.doi.org/10.5209/ARTE.57572>

¹¹¹ Pina Bausch, *What Moves me*, disponible en: <https://www.pinabausch.org/post/what-moves-me> Consultado: 07-VI-2022.

pacífica y dolorosamente, con los límites de nuestra impotencia. La danza de Bausch es la danza de a metamorfosis que nos invita a convertir camino y redireccionar destinos; es la danza de la pasión, que nos hace encender el fuego de las cenizas; es la danza de la metanoia y de la transformación en el que la pequeña oruga se convierte en mariposa y, sorprendentemente, le salen alas para volar. Es la danza que sana tocando la herida, aunque a veces duela. Es la danza del grito ensordecedor y de la mirada penetrante, la sonrisa recalcitrante y de los movimientos extravagantes. Es la danza de la desnudez erótica en la que no importa tanto *cómo* se mueven los bailarines; sino, *qué* es lo que los mueven y *qué* los mantiene en ese movimiento, con música, sin música y a pesar de la música.

Es la danza de la “estética visceral que, con su enorme carga emocional, insiste en mantener el movimiento auténtico”¹¹² y natural. Es la danza en la que, moviéndose mueve y conmueve. Es la danza de la “experimentación a través de la improvisación, el *performance* y los *happenings*, una forma de abandono a la visceralidad de la experiencia estética”¹¹³. En nuestra genial bailarina encontramos un estilo de danza que le “otorga prioridad al impulso emocional o narrativo de la danza, antes que a la forma o técnica dancística. La forma y la técnica resulta del impulso de la expresión y la experiencia interpretativa y no al contrario”.¹¹⁴ La intrépida Bausch nos lanza y nos acompaña a acariciar con reverencia nuestras propias penumbras y los umbrales de nuestros límites para salir reconciliados y restaurados. No he encontrado otra expresión artística donde el artista esté tan completamente involucrado, sumergido y comprometido: con toda su corporalidad, carne, alma, mente. No he encontrado otra expresión artística más audaz, profética y comprometedora que la danza.

Con la danza de Bausch no se puede vivir en la indiferencia, ni en la tibieza o la apatía, sino que se vive en la afectación afectiva como principio de intelección. Con la danza de Bausch se habita la perplejidad, el asombro, la maravilla; al mismo tiempo que se habita la duda, la confusión y la contrariedad que nos dejan descolocados. Con Bausch se aprende, con

¹¹² “Bailemos, bailemos, de lo contrario estamos perdidos”, Ángel F. Méndez Montoya, en: Ángel F. Méndez Montoya y Luis Gustavo Meléndez G. (Coords.), *El arte y las provocaciones teológicas*, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, 2020, p.239.

¹¹³ *Ibidem*, p.243.

¹¹⁴ *Ibidem*, p.242.

humildad, que no tenemos todas las certezas, ni siquiera todas las preguntas, muchos menos todas las respuestas; sino, más bien, tenemos todas las dudas en dónde nos ilumina, por gracia y con gracia, la tenue luz de una llama de fe y de amor que ilumina en el crepúsculo de nuestra historia. Con Bausch aprendemos cómo se da la relación con el Misterio y con los demás, “sus coreografías están cargadas de profundas metáforas, simbolismo y poesía”.¹¹⁵ Y, como decía María Zambrano, la poesía está apegada a la carne y el poeta vive según la carne puesto que “la poesía es pura contradicción; el amor en la poesía anhela la unidad y se revuelve contra ella, vive en la dispersión y se aflige. Lloro por lo que no quiere dejar y se revela contra lo que le salvaría. La poesía es la conciencia más fiel de las contradicciones humanas, porque es el martirio de la lucidez, del que acepta la realidad tal y como se da en el primer encuentro”.¹¹⁶ La danza poética de Pina Bausch es la danza de la contradicción ¡tan humana! de querer, pero no poder; de poder, pero no querer, es la danza que canta nuestros gozos y grita nuestros dolores, que desnuda nuestras flaquezas y abraza compasiva los límites de nuestra humana fragilidad, nada que ver con la claridad y distinción, sino todo lo contrario, es la danza de la confusión que, no obstante, aclara el horizonte a fuerza de pasión.

La danza es unión

Otras noches, el silencio se prolonga, entonces un hombre se levanta y baila, luego otro y un tercero; los otros observan mientras sus ojos afirman su unión profunda, su participación total. La danza continúa ya tarde en la noche, los danzantes se turnan de vez en vez, y cuando cada uno regresa finalmente a su casa, la unidad persiste, la alegría es verdadera, el descanso perfecto. La palabra divide. La danza es unión. Unión del hombre y de su prójimo. Unión del individuo y de la realidad cósmica.

Maurice Béjart¹¹⁷

Isadora Duncan solía decir que “si pudiera decirte con palabras lo que siento, no valdría la pena bailarlo”¹¹⁸ y creo que esa es la fuerza y misterio que subyace en la experiencia de la danza, es su principio fundamental, dejar que el cuerpo se exprese, que sus palabras sean

¹¹⁵ *Ibidem*, p.245.

¹¹⁶ María Zambrano, *Filosofía y Poesía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1993, p.62.

¹¹⁷ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.9.

¹¹⁸ “La danza se explica mejor bailando que publicando comentarios y tratados. Además, un arte tendría que ser capaz de arreglárselas sin todo eso: su verdad resplandecerá espontáneamente si es realmente hermosa”. Cfr. Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003, p.123.

movimiento y su silencio sea quietud. Que el impulso dialógico entre los bailarines y los espectadores nazca de la pasión primaria del cuerpo que se mueve y se conmueve, que canta, grita, llora, se ríe, guarda silencios, soporta dolencias, disfruta placeres, padece ausencias y goza presencias. Los cuerpos hablan, hay un lenguaje que es más claro, nítido y distinto que el mismo lenguaje lógico-verbal, este lenguaje nace en las entrañas del cuerpo, sale y se expresa ligero, se comparte generoso a hacia otros y vuelve y reside en el cuerpo, expectante, paciente y constante.

No vivimos en las palabras, sino que éstas son apenas imperceptibles balbuceos de nuestro cuerpo. De ahí aquello que el zorro le dijera al Principito que a menudo “la palabra es fuente de malentendidos”¹¹⁹ como en la Torre de Babel en donde, por su soberbia, quedaron todos nuestros antepasados con un lenguaje confundido y dispersos por los confines de la tierra sin poder entenderse mutuamente.¹²⁰ Es verdad que las palabras afectan, conmueven, acarician, crean, hieren y golpean; pero el lenguaje verbal es apenas nada separado de nuestra corporeidad. Nuestro cuerpo es comunicación que calladamente grita lo que siente, se dinamiza, se mueve y puede hacerse palabra sin jamás agotarse en ella. La palabra es carne y la carne es obra; los cuerpos hablan y su lenguaje, fecundado por el toque de otros cuerpos, es transformado en una inagotable riqueza de significados por un cuerpo mayor, es decir, por una comunidad con plenas posibilidades de comunión. Las palabras se crean en el entrecruce y roce de los cuerpos, surgen, se encarnan, de imprimen en la sensibilidad, se mueven y conmueven. En el entrecruce de cuerpos las palabras toman forma, delinean modos, determinan maneras. En la compenetración de los cuerpos se crea la unidad de acuerdos, diferencias y entendimientos profundos.

La palabra divide. La danza es unión. La danza es un tipo de lenguaje del cuerpo y como tal es un lenguaje poderoso y puede decirlo todo sin decir absolutamente nada; no se sabe cómo, ni cuándo, ni dónde, pero siempre se está comunicando. La danza logra poner por obra el aliento del alma intrínsecamente unida al cuerpo. Recuerdo que alguna de mis profesoras de danza me decía que mi cuerpo hablaba sin mi permiso y yo pensaba que mi cuerpo lo hacía

¹¹⁹ Antoine, De Saint-Exupéry, *El Principito*, Lelibros, Edición Digital, 1943, p.44.

¹²⁰ Cfr. Gen 11.

con toda razón, pues no necesita de ningún permiso; mi cuerpo es aquel cuerpo que siendo es y estando está: vivo y en movimiento. Dinámico y animado, agitado y enérgico, desenvuelto y arrojado. La palabra divide, confunde y engaña. La danza es unión, desnudez y comprensión. Las palabras constriñen, limitan y confunden. La danza es liberación, contemplación y posibilidad de comunión, es verdad que “lo que el hombre busca, más allá de la comprensión, es la comunicación. La danza nace de esta necesidad de decir lo indecible, de conocer lo desconocido, de estar en relación con el otro”.¹²¹ La danza brota de la incansable búsqueda de la comprensión y la comunicación, también de la superación de diferencias y en la búsqueda de la unión de ánimos y la misma comunión; lo que el ser humano busca infatigable, a fuerza de no comprenderlo todo, es decir lo indecible y danzar lo inefable.

Danzar nos es tan familiar como ajeno. Nos movemos inclusive antes de tener uso de razón, nos balanceamos antes de poder pronunciar palabras “sucedio que, en cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno”.¹²² Fuimos tejidos artesanalmente en el seno de nuestra madre donde nos mecíamos al compás de su vientre; pero también hemos nacido como hijos de una civilización desgarradora que ha roto nuestro cordón umbilical incluso desde que éramos “formados en lo secreto, tejidos en las honduras de la tierra”.¹²³ Así, encadenando la fuerza de nuestro cuerpo, estrechando el caudal desbordante de nuestras pasiones más humanas, nos han anulado y nos hemos anulado. Hemos olvidado nuestro sentido de la kinestesia y hemos perdido la orientación; nos han acallado el sentido de la cenestesia, enmudeciendo la tenue voz de nuestros órganos interiores y todas sus sensaciones. Nuestra motricidad ha sido inhabilitada, o quizá más bien, estrictamente codificada para moverse sólo en las direcciones, grados y extensiones definidas por una sociedad consumista o comunista, capitalista o socialista y todas, porque así lo ha mostrado la evidencia histórica, totalitarias y explotadoras de los inocentes cuerpos.

Divididos y desorientados nos vivimos desvinculados y desenraizados, como ya lo denuncié hasta la saciedad en el anterior capítulo sobre el cuerpo. Por eso nos avergüenza nuestro

¹²¹ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.10.

¹²² *Lc* 1,41.

¹²³ *Sal* 139, 15.

cuerpo, por eso nos sentimos tan ajenos de nosotros mismo y, por eso mismo, nos apena tanto bailar, lo cual es una pena porque al mismo tiempo nos puede liberar. “Hemos disociado la educación del cuerpo, la del espíritu y la de ese centro (aquí de nuevo topamos con las palabras) que nombramos, según nuestras costumbres, alma, corazón, intuición, conocimiento trascendente. (...) Nuestro intelecto niega al cuerpo mientras que la medicina no quiere saber nada del alma ni del espíritu”.¹²⁴ Vuelvo y lo repito, la danza es un arte indecente porque la danza es cuerpo, necesita al cuerpo, nace del cuerpo y es acogida entre cuerpos; el problema del indecencia o la falta de recato y pureza es que nos avergüenza nuestro cuerpo, no nos sentimos cómodos como nuestro cuerpo es, nos cuesta aceptarlo, nos escandaliza la voz de sus movimientos, nos aterroriza la intensa fuerza de sus pulsiones, nos incomoda la materialidad con toda su sensualidad; Es entonces cuando encuentro total resonancia con las palabras del gran bailarín y coreógrafo francés Maurice Béjart:

[Somos] un universo de lisiados, paralizados, cuyo día transcurre en la oficina, en el automóvil, en la casa, frente a la televisión, a la mesa y que, durante la semana, no hace funcionar sino una pequeña parte de la corteza cerebral, se precipita los fines de semana y los días festivos en una actividad seudodeportiva incoherente y sin relación alguna con la existencia profunda de cada quien: aquí el espíritu, allá el cuerpo; aquí el sexo, allá el corazón: vivisección perpetua, de la cual todo ser resiente en la actualidad un malestar profundo.¹²⁵

Evitamos a toda costa cualquier esfuerzo que nos traiga la acción del movimiento: preferimos los elevadores a las escaleras, las caminadoras de un gimnasio antes que correr al aire libre, las bicicletas estáticas en lugar de enfrentarnos a la frescura del movimiento, optamos por los neumáticos de los automóviles en lugar de las piernas de nuestro cuerpo, pasamos horas y horas sentados viendo series como simples espectadores antes que ser protagonistas de nuestra propia vida, vivimos sumergidos en el mundo virtual, sentados constantemente mendigando *likes*, mientras la vida se mueve y pasa festiva delante de nosotros. De la silla, al sofá y del sofá a la cama y a sí todos los días hasta que nos sorprenda la muerte. Optamos por la cómoda y aterradora inmovilidad y el refugio seguro de una razón desencarnada que nos vuelve verdaderos críticos, verdugos y tiranos con aquellos seres libres que se atreven a

¹²⁴ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.10.

¹²⁵ *Ídem*.

bailar y disfrutar del movimiento; es aquí donde la danza se vuelve patente profecía de unidad:

Los precursores de la danza (contemporánea) se volvieron instintivamente hacia el cuerpo. Ya que habíamos dejado de percibir el mundo con los sentidos; hemos cesado de explorarlo con nuestros gestos. Inmersos en los vapores de la gasolina en el exterior, en los humos del tabaco en el interior, ya no percibimos los perfumes de la hierba o del aire. Nuestro cuerpo ya no se alerta para la cacería vital: basta abrir la lata de conserva para disponer de la caza. Nuestras piernas ya no se tensan al subir la pendiente: el botón del ascensor o el acelerador del coche nos dispensan del esfuerzo. Para devolver al hombre la capacidad de sentir su cuerpo como lugar de nuestras dependencias y como lugar de nuestro poder, como receptáculo del mundo real a través de los sentidos, como una proyección del mundo posible por la acción, es que la danza moderna ha contribuido a volver a dar al cuerpo su identidad. Así ha comenzado, o debería comenzar, la reconquista de las dimensiones perdidas: erotizar nuestra relación total con el mundo y dar un estilo a los movimientos de nuestro cuerpo y nuestra vida, despertando en nosotros el deseo de que todo nuestro ser se exprese, expresando al mundo.¹²⁶

Cómodamente instalados en la virtualidad y la pasividad, hemos dejado de erotizar nuestro mundo, hemos roto nuestra relación con la realidad, existimos en la “vivisección perpetua”, como ya nos alertaba Béjart, nuestro cuerpo está aquí y nuestro espíritu allá, por eso nuestra relación con el Misterio es a menudo una relación desarraigada y desencarnada, que a su vez desarraiga y desencarna a otros. En ese desarraigo se gesta la vulgaridad, la frigidez o la exaltación pornográfica de los cuerpos. De esa vivisección surgen muchas de las relaciones sexuales rotas que se viven objetualizadas porque entregamos nuestro cuerpo, pero mutilado, es decir, sin alma: hueco y vacío como un mero almacén de huesos, carne, nervios y tendones recubiertos de una enmudecida piel. Esa disección nos hace encontrarnos ante una realidad dividida y maniquea entre lo sacro y lo profano, lo santo y lo mundano, lo material y lo espiritual, lo bueno y lo malo, lo blanco y lo negro. Nos es imposible escuchar la voz del Misterio que en todas las cosas nos canta diciendo que todo lo ha creado bueno y bello: “Vio Dios cuanto había hecho, y todo estaba muy bien”.¹²⁷ Acaso, “¿teniendo ojos no véis y teniendo oídos no oís?”¹²⁸ Aquí es donde la danza se vuelve iluminadora porque la danza es unidad, nos rescata de la ceguera, la sordera y la insensibilidad y nos regala una manera de habitar el mundo y novedosas formas de relación fraterna:

¹²⁶ *Ibidem*, p.44.

¹²⁷ *Gen* 1,31.

¹²⁸ *Mc* 8 18.

La danza es pues una manera total de vivir el mundo; es a la vez conocimiento, arte y religión. Sabiduría plena de la cual Dios es la fuerza creativa siempre en nacimiento y siempre presente en el corazón de toda existencia. Nos revela que lo sagrado es también carnal y que el cuerpo puede morar lo que un espíritu desencarnado no conoce: la belleza y la grandeza de la acción realizada cuando el hombre no está dividido de sí mismo, sino presente en todo lo que hace.¹²⁹

Nos hace falta luz para atrevernos a bailar la encarnación, tejer la unidad, contemplar de manera diáfana la realidad y darnos cuenta de que en nuestra carne hay mucho de provechoso y de santidad, en el placer hay bondad y en la bondad hay placer. La danza es unidad por eso mismo es también “una de las raras actividades humanas en las que el hombre se encuentra comprometido totalmente: cuerpo, corazón y espíritu”.¹³⁰ Hemos nacido danzantes y ojalá no “desaprendamos este lenguaje por la influencia de una educación represiva y frustrante”.¹³¹

La danza como resistencia

¿Qué hace en realidad aquel que danza ante Dios? La respuesta puede ser formulada brevemente: denuncia toda interpretación de la corporeidad que la reduzca a los límites de la inherencia, al orden del ser y de la manifestación.

Jean-Yves Lacoste¹³²

La danza es una forma de resistencia y resistir es oponerse a la acción violenta del gobierno de una razón desencarnada que todo lo intenta homogeneizar y suele anular la diversidad. La danza es rebelde poesía ya que, como decía María Zambrano, “la poesía es lo único rebelde ante la esperanza de la razón. La poesía es embriaguez y sólo se embriaga el que está desesperado y no quiere dejar de estarlo. El que hace de la desesperación su forma de ser, su existencia”.¹³³ En esta línea, según Edward Gordon Craig, “la danza es la poesía de la acción”,¹³⁴ la danza como poesía se hace palabra viviente y ésta a su vez se hace carne y forma cuerpo, es entonces donde nuestra corporeidad se resiste, tan firme como flexible, a la

¹²⁹ Roger Garaudy, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003, p.17.

¹³⁰ *Ibidem*, p.10.

¹³¹ *Ibidem*, p.11.

¹³² Jean-Yves Lacoste, *Experiencia y Absoluto*, Sígueme, Salamanca, 2010, p.58.

¹³³ María Zambrano, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 1993, p.33.

¹³⁴ Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003, p.31.

dictadura de la razón cartesiana que todo lo quiere reducir y acotar en los pobres límites de los conceptos. El cuerpo danza en contra de la inherencia y sus movimientos son una audaz y revolucionaria denuncia en contra del imperio del racionalismo exasperante que todo quiera encajonar como mero accidente quitándole toda su dignidad y su vestigio de eternidad.

En los inicios de mi formación religiosa en la Compañía de Jesús fui destinado a nuestra misión de la Sierra Tarahumara, en el estado de Chihuahua, México; si bien, estuve allí apenas un corto tiempo, pude percibir y quizá comprender eso de que la danza es resistencia, unidad y comunidad. Los indígenas *rarámuris* danzan toda la noche de *Yúmarí*¹³⁵ para ayudar a *Onorúame*¹³⁶, con su danza y con el zapateado de sus pies, a sostener el mundo. Se danza en comunidad, se danza toda la noche. Se danza como un modo de resistencia, como una manera de dialogar en común, como una forma de tejer comunidad, limar asperezas, superar disensiones, lidiar con la contrariedad, elevar sus plegarias y confiar en que la danza de sus cuerpos será escuchada, acogida y nunca rechazada. Algunas de las comunidades indígenas saben que en el cuerpo hay mucha sabiduría y que la única manera de resistir y persistir es estar anclados y abrazados a un cuerpo mayor que se llama comunidad.

Rarámuri significa literalmente “pie ligero” y sin haber leído a Nietzsche, quien definía al que danza como aquel que “lleva sus oídos ¡en los dedos de sus pies!”¹³⁷ y sin conocer quizá toda su acusación en contra del espíritu de la pesadez, saben bien que la danza es propia de los *rarámuri pagotúame*,¹³⁸ de esos que desean vivir libres y con pies ligeros para danzar, caminar y correr por las veredas y caminos encrespados de los barrancos; los *rarámuris* danzan sin prisa, sin pausa, sin cansancio y sin descanso; danzan toda la noche, cada segundo, cada minuto y cada hora de la noche hasta ver brillar la luz del alba. Hasta sentir en su piel el frío de la madrugada que les anuncia que la luz siempre vence a las tinieblas, que siempre

¹³⁵ Celebración ritual y solemne del *rarámuri*; suele tener lugar en toda la noche de la víspera de las grandes festividades y santos de su devoción, en dicha celebración se sacrifica una res o una chiva, se ofrece a los cuatro puntos cardinales, se cocina un *tónari* (carne cocida sin sal), se reza, se “come la hostia” (celebración eucarística católica inculturada) y se danza en comunidad toda la noche. La danza que suelen bailar se llama *Matachín*. Danzan toda la noche y toman *teswino* (bebida tradicional de maíz fermentado).

¹³⁶ Palabra *rarámuri* para referirse a Dios, literalmente significa “el que vive arriba”.

¹³⁷ Friedrich Nietzsche, *Así habló Zaratustra*, Gredos, Madrid, 2010, p.270.

¹³⁸ *Rarámuri pagotúame*, es la forma de referirse a los tarahumaras que han recibido un mismo bautismo, los que viven, luchan, trabajan y celebran juntos la vida, la cosecha, la comunidad la *kórima* (compartir) y la fiesta.

nace un nuevo día con sus renovadas esperanzas y que, danzando juntos, es como se resiste en las cumbres serranas de la montaña ante las inclemencias del tiempo, la invasión de los *chabochi*,¹³⁹ la banalidad de los turistas, la curiosidad de los antropólogos, la explotación de las compañías mineras y la barbarie del narcotráfico tan metido en las profundidades de la sierra.

La danza es resistencia. No es menester leer libros y estudios antropológicos para darse cuenta, basta vivir un poco con los sentidos bien despiertos y el corazón bien plantado en la realidad para constatar lo evidente. Esto lo digo porque he tenido la dicha de pasar cuatro años trabajando pastoralmente junto a los indígenas de la meseta purépecha de Michoacán que han migrado a Zona Metropolitana de Guadalajara, México, para buscar mejores condiciones de vida y mayores oportunidades sociales. Con los *purépechas* he compartido más años que con los *rarámuris* y nos une el amor y la raíz a la misma territa michoacana, a ellos les he entregado mucho de mi tirmпой lo mejor de mi sensibilidad: escuchándolos, conviviendo, caminando, trabajando, rezando, riendo, llorando y muchas veces danzando. He bailado con ellos la “Danza de los viejitos” o *tata keris*, como les gusta decirlo en su lengua y también el son del “Toro Pinto” cuando celebran algún compadrazgo. Me ha sorprendido mucho el cómo, aún aquí en la ciudad, donde parecen sobrevivir con la sola fuerza de sus frágiles cuerpos, en esta selva de metal, prisas y asfaltos. Aquí, en la capital los *purépechas* son capaces de resistir al impacto cultural y la dominación neoliberal y consumista de una sociedad organizada para que ellos ocupen los estratos de la clase trabajadora. Conservan la circularidad de su tiempo en medio de la linealidad pragmática occidental. Son capaces, con todo y sus propias limitaciones humanas, de cuidar unos de otros y sostener la comunitariedad solidaria; no son los “hijos de nadie”, sino los hijos de una tierra que les da tono, color, forma y figura; una tierra que los reclama, los anhela y espera paciente a su pronto regreso, vivos o difuntos.

Los *purépechas* danzan para resistir la imposición de la cultura urbana. Danzan para fortalecer su cohesión comunitaria. Danzan para defender su sentido de pertenencia y para

¹³⁹ Expresión en lengua *rarámuri* que suele ser usada despectivamente para referirse a algunos mestizos que intentan explotarlos, dominarlos y humillarlos.

seguir delineando una identidad que parece esfumarse y desvanecerse frenéticamente. Los he acompañado a danzar en su fiesta patronal a la Virgen de Santa Cecilia, como ellos la llaman fervorosamente; hemos danzado para los “levantamientos del Niño Dios”; también he participado danzando con ellos en la Romería a la Virgen de Zapopan, desde la Catedral de Guadalajara hasta su Basílica en Zapopan. Cabe resaltar que en cada una de estas experiencias me ha llamado la atención el sentido de reverencia profunda y acatamiento festivo que le dan a la danza. No se trata de una actitud acartonada, sino verdaderamente celebrativa. No los he observado con una actitud forzada, sino natural. Una expresión corpórea, y tal vez inmanente, de una realidad trascendente que son capaces de intuir y percibir. Una expresión auténticamente religiosa que los religa con una fe que históricamente les ha sido muchas veces impuesta por externos, en cánones romanos, construcciones lingüísticas y formas corporales ajenas a ellos.

Más allá de lo religioso, la danza en las comunidades indígenas me parece que también se ha convertido en un medio de resistencia social que lucha por superar los estigmas sociales¹⁴⁰ que históricamente cargan los indígenas en las mismas espaldas de su existencia. Esos estigmas son como heridas físicas e interiores causadas por la discriminación y el prejuicio simplemente por ser quien son. Absurdo pero cierto. Cuando hablamos de estigmas sociales, nos estamos moviendo en una especial relación entre atributo y estereotipo. Pues ese estigma de indígena se convierte en atributo cuando nos servimos utilitariamente de su legado cultural, tradicional e histórico para folclorizar y adornar nuestra identidad mexicana. Asimismo, ese estigma se convierte en estereotipo cuando vemos a los indígenas, no cómo sujetos y personas, sino como objetos, y quizá, cosas; es decir, sirvientes y seres de una segunda categoría que no son sujetos plenos de derechos, pero sí de obligaciones.

Las danzas autóctonas han resistido el paso del tiempo y los cambios del espacio porque en su interior late vida y tradición, hay afecto que subyace y sostiene a los danzantes. Sus movimientos, pasos, ritmos, ejecuciones, posiciones, musicalizaciones y vestuario no se aprenden en una escuela de Bellas Artes o en una Compañía de Danza de gran prestigio, ni

¹⁴⁰ Erving Goffman, *Estigma e identidad social*, en *Estigma, La identidad deteriorada*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, Argentina, 2012, pp.13-59.

renombre, no. Sus puntos focales de movimiento con sus formas, fondos, ritmos, zapateados, sones y compases se aprenden de generación en generación. Es legado, herencia, sucesión que se entrega y se comparte como una *transmisión tradente*¹⁴¹, diría Xavier Zubiri. Es afecto que trasciende de padres a hijos en el devenir del tiempo. Si la lengua madre llega a morir o a caer en la desesperación de ser olvidada, la danza logra misteriosamente sobrevivir a cualquier circunstancia o adversidad, tiempo y espacio; pues, donde hay comunidad hay fiesta y donde hay fiesta necesariamente hay danza y al igual que la fiesta, la danza es “realmente una respuesta a la violencia. Son una alternativa entre negar o ignorar los conflictos, y responder a la violencia con más violencia”¹⁴². La danza es fundamental y esencialmente un elemento de resistencia indígena a la imposición estética, económica y social occidentalizante; una resistencia frontal al despojo de su cultura ancestral; una manera estética de responder, de llamar, de resistir, de seducir y de hacer notar su existencia para, a partir del estigma, superar el estigma de manera bella y creativa:

La danza es a los pueblos como el movimiento al cuerpo del individuo: el hombre necesita moverse para empoderarse de la espacialidad que le corresponde como cuerpo físico en el mundo, el hombre se constituye como presencia física; los pueblos bailan como una declaración territorial, marcan el espacio con sus pasos y sus figuras, y se constituyen como colectivo que configura un espacio simbólico que los reúne en uno: comunidad. La evidencia más clara de esta sabiduría que reside en los cuerpos colectivos está en las danzas tradicionales de la mayoría de los pueblos amerindios y de influencias africanas, en las danzas de nuestros pueblos mestizos, en su mayoría grupales: colectivas.¹⁴³

¹⁴¹ “(Al ser humano) no solamente se le transmiten caracteres psico-orgánicos, sino que se le da, se le entrega, un modo de estar en la realidad. Instalación en la vida humana no es, pues, sólo transmisión, sino también entrega. Entrega se llama *parádosis*, *tradio*, *tradición*. El proceso histórico es concretamente tradición. No en el sentido de ser tradicional, sino en el mero sentido de ser entrega. La vida se transmite genéticamente, pero las formas de estar en la realidad se entregan. Y precisamente por eso, porque es tradición, es por lo que la vida humana no comienza en cero. Comienza siempre montada sobre un modo de estar en la realidad que le ha sido entregada. El carácter prospectivo de la especie es historia precisamente porque afecta a una esencia abierta, la cual produce como descendencia un animal de realidades no simplemente por transmisión genética, sino a una con ella, por una inexorable *tradio* de formas de estar en la realidad. Ciertamente, sin génesis no habría historia. Pero esta génesis no es la historia: es el vector intrínseco de la historia. Recíprocamente, las formas de estar en la realidad no podrían ser entregadas si esta entrega no estuviera inscrita en una transmisión. Por esto, la historia no es ni pura transmisión, ni pura tradición: es *transmisión tradente*”. Cfr. Xavier Zubiri, *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*. Alianza, Madrid, 2006, p.76.

¹⁴² Velasco Rivero, Pedro de, *Danzar o morir: religión y resistencia a la dominación en la cultura tarahumara*, ITESO, Guadalajara, 2006.

¹⁴³ Carlos Eduardo Sanabria Bohórquez (Ed.), *Pensar el arte hoy: el cuerpo*, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano, Bogotá, 2014, p. 158.

Danzar es otro modo de llorar. Acompañando a los indígenas he podido palpar sus heridas y vivir su impotencia con dolor. He enjugado sus lágrimas y secado su sudor, y ellos también a mí; en resumen, los he aprendido a querer y me he dejado querer. Pocas cosas me han conmovido tanto como sus lágrimas. Indudablemente, creo que llorar es una gracia absoluta. Es descanso abrazado de suspiros, recuerdos, memorias, instantes, palabras, conversaciones, rostros e historias. Una potente impotencia, una impotencia potente que sabe bien que ante el límite humano de lo que un día fue y ya no es, de lo que nunca fue y no será, de lo que es e irremediabilmente así será, ante eso, lo único que nos queda es llorar. Ante tal límite humano la única salida disponible es llorar, llorar, llorar y confiar en que a gotas de llanto se abrirán nuevos horizontes posibles.

A fuerza de realidad, he aprendido que danzar es otro modo de llorar. Cuando no se puede llorar es mejor danzar y dejar fluir el movimiento, dejar que el calor nos abrace, que el aliento nos falte y que el sudor nos empape, para así sentir gota a gota, cómo toda nuestra alma es capaz de llorar con toda nuestra carne; aunque de nuestros ojos no salgan lágrimas de llanto, cada una de las células de nuestra piel se estiran, se contraen y liberan su llanto sudando. La danza es resistencia, hemos entendido que la resistencia es revolución y beligerancia, esa incómoda voz que enloquecida clama en el desierto en búsqueda de la justicia perdida; pero la resistencia no se agota allí. Resistencia también es reconciliación, reconciliación es belleza, belleza es danza, danza es arte, arte es lo humano, lo humano es vida, vida es movimiento y movimiento lo es todo, pues “el movimiento es la presencia continua de silencio sin quietud. El silencio es dinámico. La dinámica de la respiración lo atraviesa. La dinámica de todo un cuerpo vivo pulsa a través de él. La dinámica está viva con significado, una resonancia sentida corporalmente, una resonancia vista corporalmente”.¹⁴⁴ Danzar es un modo de llorar, llorar es también movimiento y es un modo de danzar de aquél que implora y espera confiado en que la noche oscura no es eterna, pues sabe que pronto nacerá un nuevo día y volverá a brillar la cálida luz de un joven sol, sin importar cuánto tenga que esperar.

¹⁴⁴ Maxine Sheets-Johnstone, *The Silence of Movement: A Beginning Empirical Phenomenological Exposition of the Powers of a Corporeal Semiotics*, University of Oregon, Oregon, 2019.

La danza como experiencia erótica

*En la experiencia íntima del eros,
los cuerpos enamorados descubren su inmanencia más radical y propia.*

Ximo Brotons¹⁴⁵

La danza es una actividad sobre todo sensual,¹⁴⁶ sensorial; corporal y, por lo mismo, erótica. El cuerpo no es erótico en sí, la danza no es sensual en sí, pues ambas realidades no se agotan en ellas mismas; sino que siempre están en relación con el Amor. Así, podemos afirmar que todo cuerpo es erótico sólo en un cierto modo de ser y estar, sobre todo si está en relación entre amado y amante; en relación con lo otro, llámense otros cuerpos, los pensamientos, las emociones, los sentimientos, los recuerdos, los objetos, los espacios, los momentos y hasta con el más íntimo Misterio que le habita; somos eróticos cuando ponemos el cuerpo bailar con los otros, junto a los otros, para los otros y por los otros, y no sólo por ser cuerpo ni por ser danza, pues no hay danzas solitarias ni cuerpos desmembrados de un cuerpo social, sino por ser cuerpos en relación, es decir, sensuales, es decir eróticos, erotizados y erotizantes.

La danza no sólo es apolínea en sus formas sino dionisiaca en sus expresiones. Pulcra y pasional. Sutil y contundente. Romántica y trágica. Vital y mortal. La danza no se mueve solamente en el principio de la mera necesidad, sino en total relacionalidad, ya que la danza es relación; su principio vital es la encarnación y la encarnación no es un concepto, es, ante todo y, sobre todo, carne. La danza es una actividad principalmente orquestada por Eros, dios griego de la fertilidad. Eros que arraiga, fecundo y vital, los cuerpos de los bailarines:

El eros que arraiga en el suelo de todo ser, crece por ello en una tierra igualmente feraz y sólida, levantándose hacia unas alturas hasta convertirse en un poderoso árbol que lo cubre todo, incluso ahí donde se le veda el terreno, y es justamente la fuerza de su raíz hendida en la tierra lo que le lleva a pervivir. Y su punzante fuerza y valor vital le hacen capaz, además, de lograr manifestaciones pluriformes, de incorporar elevados ideales, pero sin por ello quedarse reducido a este aspecto, sino que se aclimata por su capacidad de chupar de cualquier suelo, de ajustarse a cualquier circunstancia vital.¹⁴⁷

¹⁴⁵ Michel Onfray, *Teoría del cuerpo enamorado, por una erótica solar*, Pre-Textos, Valencia, 2002, p.11.

¹⁴⁶ Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003, p.16.

¹⁴⁷ Lou Andreas-Salomé, *El erotismo*, El Barquero, Barcelona, 2003, p.87.

Por tanto, podemos decir con toda verdad que la danza nace de la fuerza erótica que habita silenciosamente en cada parte del cuerpo, del impulso dionisiaco que se transforma en movimiento libre y la agitación de deseos, pues en los deseos habita el néctar de la vida. En la danza se mueven las necesidades, despiertan los deseos y palpitan los anhelos. Vibra la carne y late su textura y contextura en todo su esplendor. Al afirmar que la danza es una experiencia erótica, no hago otra cosa, sino que seguir recuperando la unidad perdida, nuestras fuerzas negadas, la fertilidad inhibida y la sensualidad prohibida. “Y así el cuerpo muestra la instintiva sabiduría de lo erótico, que con razón radica en el inconfundible uno y todo, para lo que no hay otra línea definida”.¹⁴⁸

La danza es una experiencia erótica dado que, “en principio, la experiencia erótica nos compromete al silencio”.¹⁴⁹ Necesitamos del silencio para permitir que nuestro cuerpo se estremezca y estremezca a otros. En la experiencia erótica quedamos obligados al silencio porque nos enfrentamos a la vida y a la muerte en un mismo momento. En la experiencia erótica parece que acariciamos las estrellas, que la tenue luz de luna nos abraza y su fuerza nos agita, que el ardor de un viril sol penetra todo nuestro ser. La danza es la expresión artística que hace las veces de sagrario donde se reserva, resguarda y conserva la vitalidad erótica del ser humano en todas sus formas posibles. Es el archivo que protege con astucia los códigos de movimientos sensuales que nuestra rancia moral ha dejado permitidos solo para vivirse de noche, en una oculta habitación y debajo de las sábanas.

La danza no solo es liberación, unión y resistencia, como ya lo hemos visto; sino también es reconciliación. Otro de sus grandes trabajos es ayudarnos a reconciliar nuestra sexualidad con nuestra espiritualidad por medio del erotismo. La danza es la paciente tejedora y también la remendadora de relaciones rotas. La danza es la humilde constructora de puentes que parecen imposibles entre territorios divididos. La danza es la migrante, la refugiada, la exiliada que ha sido echada, desechada y olvidada; pero también es la sobreviviente, que dura, perdura y pervive a pesar de los inquisidores que la quieren a toda costa desaparecer.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p.77.

¹⁴⁹ Georges Bataille, *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, 1988, p.347.

La danza es la poetisa pues escribe con el cuerpo sus mejores versos. La danza es la tenaz escultora¹⁵⁰ que a cada paso va modelando y dando tono, forma y figura al cuerpo de los bailarines y al cuerpo social. La danza es la pintora que tiñe de colores hasta la realidad más sosa y gris. La danza es la música que crea sus propias melodías con sus propias partituras, sabe aplaudir con su piel y marcar compases con el latir de sus pies. La danza es la enamorada, la que no se rinde, la que no se cansa ni descansa; así como lo diría Juan de la Cruz “quien anda en amor, ni cansa ni se cansa”.¹⁵¹

La danza es la integradora, no se olvida ni del más pequeño miembro del cuerpo “no puede el ojo decir a la mano: ‘¡No te necesito!’ Ni la cabeza a los pies: ‘¡No os necesito!’ Más bien los miembros del cuerpo que tenemos por más débiles, son indispensables”.¹⁵² Cuando baila un bailarín, baila todo con él; se agitan todos sus cabellos produciendo fuerza y personalidad, con el bailarín bailan también sus ojos que saben dar luz y orientación al cuerpo entero “¡Qué bella eres, amada mía! ¡qué bella eres! ¡Palomas son tus ojos!”;¹⁵³ baila su rostro, ¡no lo olvidemos!, el rostro hace parte fundamental de la danza porque expresa la tonalidad emotiva y la intensidad del sentimiento que se expresa: drama, comedia, alegría, fiesta, confusión, angustia, desesperación, diversión, etc. Se sonríe o se llora, se goza o se implora. Se siente el palpar el corazón como si fuera una fuerte percusión.

El bailarín sabe que debe aprender a respirar puesto que “no sólo de pan vive el hombre”¹⁵⁴ sino, sobre todo, del aliento del tiempo y del momento. Un buen bailarín sabe que sus manos expresan más de lo que se puede entender o imaginar, son ternura y determinación, son suavidad y aspereza. Son sutileza y rudeza, soporte y sostente. Apertura y cerrazón, son ofrenda y recepción. Asimismo, el bailarín sabe que tiene que conservar su centro, es un imperativo que nace de la fuerza gravedad que impone su realidad, del centro del bailarín surge el movimiento, el equilibrio, la tensión y la adecuada perfección. El bailarín es amante

¹⁵⁰ “La danza y la escultura son dos artes íntimamente unidas, y la base de ambas es la naturaleza. Tanto el escultor como el bailarín tienen que buscar en la naturaleza las formas más bellas y los movimientos con los que inevitablemente expresar el espíritu de estas formas”. Cfr. Isadora Duncan, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003.

¹⁵¹ Juan de la Cruz, *Avisos y sentencias*, en: *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1940, p.751.

¹⁵² 1 Co, 12, 21-22.

¹⁵³ Cant 1,15.

¹⁵⁴ Mt 4,4.

de la diligente ligereza y enemigo de toda la pesada pereza; sabe mantenerse erguido, erecto y flexible, elástico para no romperse un ligamento y firme para mantenerse de pie ante el firmamento. Gallardo y humilde, el bailarín desafía a la gravedad confiando en el sostén de la gracia y con eso le basta.

De todos sus segmentos corporales, las piernas del bailarín son la parte más erótica. De hecho, un bailarín se reconoce por la enigmática belleza de sus piernas que son suaves, delicadas y tersas; brillantes y transparentes; fuertes y potentes. Ágiles y audaces. Diestras y maestras. Fibrosas y delgadas. Finas y guerreras. Flexibles y extensibles. Abductoras y aductoras. Todo el tren inferior del cuerpo de bailarín es como el tronco de un árbol que le da soporte y firmeza. De sus glúteos surge una fuerza indecible que le permite saltar y bajar, recostarse y girar. Sus caderas son cadencia y delicada silueta, son líneas curvas y belleza. De sus indispensables rodillas emana una flexibilidad sorprendente. Justo ahí quisiera detenerme, en las rodillas. Las calladas, olvidadas y sufrientes rodillas que padecen las lesiones más frecuentes y a las que nunca se les agradece lo suficiente. Los pies del bailarín tienen oídos propios y marcan ritmos completos, pienso que los pies saben más de la danza que cualquier crítico o coreógrafo: “¡Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncian la paz, que trae buenas nuevas!”.¹⁵⁵ El bailarín sabe que su cuerpo no es una máquina, sabe que necesita tiempo para contraer sus músculos, calentar sus tendones, despertar sus ligamentos, preparar sus pliegues y avisar a sus articulaciones. El bailarín también sabe que sus genitales son virilidad, fertilidad y placer, pero también debilidad, fragilidad y susceptibilidad; por eso sabe que esa parte tan fundamental de su cuerpo tiene que quedar siempre muy cuidada, decorosa y bellamente arropada.

La danza empieza y termina en la soledad de la corporeidad, ahí cuando el bailarín se viste y se desviste. Donde se calza y se descalza, donde se maquilla y desmaquilla, donde se hidrata y rehidrata, donde suspira y recuerda, donde repasa y concuerda, donde sintoniza y armoniza, donde espera y desespera, donde agradece y se restablece. Antes de salir al escenario, llámese duela o calle, es un momento especialísimo donde se experimentan todas las emociones que en la danzar se convierten en sentimientos; es el tiempo de la incorporación y de la memoria.

¹⁵⁵ *Is* 52,7.

Es el instante único cuando se prepara y se concentra. Es ese justo momento donde la adrenalina invade su vientre; es el preciso momento donde se destensa y se suelta relajado. Es el intervalo de la necesidad de inhalar para concentrarse y del impulso de exhalar para relajarse. Aspirar todo el aire posible y expirar toda la emoción sensible. Es el momento de la sombra y de la luz. Es el espacio del silencio y del eco; del aplauso y del reflector, de la gratitud y la expectación.

En el siguiente apartado intentaré conectar el cuerpo, con la danza y con la experiencia mística. Un punto clave para comprender qué une a estas tres realidades es la relacionalidad que es vínculo y unión, bisagra, gozne, enlace, puente y comunión. Así como el cuerpo no se entiende sin estar invariablemente unido al alma; tampoco se entiende la danza sin un cuerpo en movimiento; así como una relación no se entiende sin dos o más cuerpos que se ponen en encuentro, tampoco se puede comprender lo que es la mística sin una relación de conformación y compenetración entre dos realidades encarnadas en un tiempo histórico específico y un espacio geográfico concreto.

3. Sobre la mística

Una vez iba por su devoción a una iglesia que estaba poco más de una milla de Manresa, que creo yo que se llama San Pablo, y el camino ya junto al río; y yendo así en sus devociones, se sentó un poco con la cara hacia el río, el cual iba hondo. Y estando allí sentado, se le empezaron a abrir los ojos del entendimiento; y no que viese alguna visión, sino entendiendo y conociendo muchas cosas, tanto de cosas espirituales como de cosas de la fe y de letras; y esto con una ilustración tan grande, que le parecían todas las cosas nuevas. Y no se puede declarar los particulares que entendió entonces, aunque fueron muchos, sino que recibió una grande claridad en el entendimiento; de manera que, en todo el discurso de su vida, hasta pasados los sesenta y dos años, coligiendo todas cuantas ayudas haya tenido de Dios, y todas cuantas cosas ha sabido, aunque las ayunte todas en uno, no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola.

Ignacio de Loyola¹⁵⁶

¹⁵⁶ Ignacio de Loyola, *Autobiografía* en: *Obras*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2014, pp.46-47.

He querido abrir este apartado con una cita de la “Ilustración del Cardonder” que es la experiencia mística de Ignacio de Loyola, elegí este episodio no porque se trate del fundador de la Compañía de Jesús, orden a la que indignamente pertenezco; sino porque me parece una experiencia tan auténtica, como poco conocida. En el número 30 de su Autobiografía, el lacónico Ignacio nos narra con una asombrosa sencillez lo que para él supuso ese sólo momento de encuentro que tan hondamente le tocó y le transformó; tanto, que es capaz de decir, ya en la plenitud de sus años, que aunque pudiera juntar en una sola todas las ayudas de Dios que había tenido, todas las experiencias que había vivido y todos los conocimientos que había adquirido (incluidos sus años en la famosa Universidad de París), “no le parece haber alcanzado tanto como de aquella vez sola”.¹⁵⁷

¿Qué es lo que le sucedió a Ignacio de Loyola? ¿En qué radican ese tipo de ilustraciones? ¿Cómo es que se abren los ojos del entendimiento? ¿En qué consiste una experiencia mística? ¿Están al alcance de todos o son propiedad exclusiva de unos pocos agraciados? ¿Cómo se dan? ¿Cómo se narran? Me parece importante decir que cuando ponemos sobre la mesa la palabra “mística” nos vienen muchas cosas a la mente. Algunas ideas acertadas y otras desafortunadas. Considero que “mística”¹⁵⁸ es una palabra que hemos prostituido mucho, a veces llenándola de sobreabundantes explicaciones, otras veces matando la experiencia con frías elucubraciones; no falta quien la llene de esoterismo, magia y oscurantismo creyendo que las experiencias místicas son el resultado de un ingenioso conjuro de medianoche; ni tan poco falta el ingenuo científico que intente plantear una fórmula clara que nos dé cómo resultado aquello que esperamos, como dos más dos, igual a cuatro. Pero no, la experiencia mística está más allá de todo eso:

¹⁵⁷ *Ídem.*

¹⁵⁸ “El término «mística» en su origen era un adjetivo calificativo de la teología, de la experiencia y de la vida cristiana. A lo largo de la historia posterior aparecerá en tres contextos distintos. *Vida mística* (determinación de toda existencia cristiana en la medida en que ella lleva consigo un saber personal de las realidades creídas); *experiencia mística* (la conciencia explícita perceptiva y frutiva de la acción transformadora de Dios en el alma del creyente); *fenómenos místicos* (manifestaciones extraordinarias de la acción de Dios en el alma repercutiendo sobre el cuerpo, que no son esenciales aun cuando sean muy llamativos, tales como visiones, locuciones, raptos, suspensiones, apariciones...). En el cristianismo la mística tiene que ser situada y comprendida en relación con el Misterio. Esta palabra hay que escribirla siempre con mayúscula para diferenciarla de su sentido vulgar o filosófico, que la comprende como lo oculto, ignorado, inaccesible e incomprensible.” Cfr. Olegario González de Cardedal, *Cristianismo y mística*, Trotta, Madrid, 2015, p.9.

La mística, cuyo gran nombre se da con harta frecuencia a estas actividades suprasensoriales, no tiene nada en común con esto. No es individualista. Implica, en rigor, la abolición de la individualidad, de esa rígida separación, ese ‘Yo, Mí, Mío’, que hace del hombre una cosa finita y asilada. Es en lo esencial, un movimiento del corazón, que trata de trascender las limitaciones del punto de vista individual y rendirse a la Realidad última, sin buscar ninguna ganancia personal, satisfacer curiosidad trascendental alguna, ni obtener gozos ultramundanos, sino a partir únicamente, de un instinto de amor.¹⁵⁹

En este último apartado, humildemente, intentaré abordar un poco sobre lo que es la experiencia mística y su relación con el cuerpo y con el movimiento. Pero antes, es importante delinear ¿qué entendemos por Mística? “En su forma pura, la Mística, es la ciencia de las cosas últimas, la ciencia de la unión con lo Absoluto, y nada más, y el místico es la persona que alcanza esta unión, no la que habla de ella. No es saber *acerca de*, sino *Ser* es la marca que distingue al verdadero iniciado”.¹⁶⁰ Es verdad que en la historia de las experiencias místicas ha habido diversos tipos de manifestaciones y fenómenos extraordinarios como levitaciones, estigmas, inedias o ayunos místicos, etc.¹⁶¹ No es mi intención negarlos, ni tengo ninguna autoridad para hacerlo; no obstante, tampoco quiero detenerme en ese tipo de fenómenos pintorescos, sensacionalistas y sobrenaturales. Más bien, quisiera detenerme en la mística como una relación de amor, encarnada en una realidad concreta, determinada por un tiempo y delineada en un espacio. Una mística que no es etérea, quietista, pietista, puritana, gnóstica o pelagiana. Ni espiritualista, ni materialista. Ni exteriorista, ni intimista. Ni esteticista, ni pragmatista.

¹⁵⁹ Evelyn Underhill, *La mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, p.88.

¹⁶⁰ *Ibidem*, p.89.

¹⁶¹ Cfr. “La mística como fenómeno humano” en: Juan Martín Velasco, *El fenómeno místico, estudio comparado*, Trotta, Madrid, 2009.

Entiendo por experiencia mística a una relación de unión, conformación¹⁶² y compenetración¹⁶³ entre el Amado y el amante y la realidad circundante: encuentro, ritmo y movimiento. Un momento de gracia que toca y trastoca todo el ser: que purifica lo desorientado, ilumina la penumbra y unifica lo desperdigado. Un fenómeno que sucede en la más íntima intimidad del alma con resonancia absolutamente corporal; un suceso personal con consecuencias comunitarias; un acontecimiento espiritual y con implicaciones políticas en favor de los demás. Una experiencia que, ante todo y sobre todo es afectiva, enamorada y encarnada, pues precisa irrenunciablemente de toda nuestra corporeidad para darse, presentarse, manifestarse e implicarse.

Después de mucho estudiarlo, rumearlo y sopesarlo, he caído en cuenta de que la mística es una experiencia también racional, porque es afectiva, sensitiva, erótica, corporal, precisa de un cuerpo que siente, un alma que piensa y un espíritu que inspira. Todo en perfecta unidad. Todo en una misma realidad: el ser humano. Todo con una misma incidencia: la comunidad. En el siguiente apartado trataré de demostrar, con la ayuda de Juan de la Cruz, el por qué considero que la experiencia mística no radica más allá de los límites de la razón; no es necesariamente irracional, ¿por qué habría de serlo? sino todo lo contrario; pues nada de lo humano le es ajeno al Misterio; la cuestión está en comprender bien qué se entiende por razón y darle un tratamiento cariñoso a este concepto víctima del lastre del pasado, principalmente de la Modernidad y de tantas otras interpretaciones del mismo estilo.

¹⁶² “La conformación ha sido descrita por Zubiri como una vía posible de razón en que la persona comprende en su marcha por la realidad, su propia realidad: la realidad como suya. Esto no implica una posesión de la realidad como si fuera ésta una cosa, sino que es posesión de la realidad en sus diferencias propias y según los límites y determinaciones de la situación en que la persona comprende. Esta comprensión posibilita la realización de la persona al ser experiencia de su propia proyección de realidad en la realidad. Para ello es necesaria, desde la aprehensión de realidad, la construcción de un proyecto posible de la misma persona afectada por la realidad en el ‘todo’ de la realidad. Esa construcción queda determinada por las capacidades personales para comprender este todo.” Cfr. Pedro Antonio Reyes Linares, *Xavier Zubiri y Santo Tomás de Aquino: Replantear la metafísica desde la Historia*, ITESO, Tlaquepaque, 2003, p.254.

¹⁶³ “La compenetración es la experiencia de la realidad ‘desde dentro’ de la misma realidad. La compenetración no excluye otras formas de comprensión (como la experimentación o la comprobación), sino que se convierte en la base necesaria en que éstas pueden comprender su propia instalación en la realidad.” Cfr. *Ídem*.

La mística como experiencia racional

Cuando por las noches yacía ahí, tumbada en mi catre de campaña, entre mujeres y muchachas que roncaban suavemente, que soñaban en voz alta y que lloraban en silencio y daban vueltas, mujeres que de día afirmaban a menudo: «No queremos pensar», «No queremos sentir nada, si no nos volvemos locas». Entonces yo sentía una ternura infinita. Estaba despierta y dejaba pasar por mi mente los acontecimientos, aquellas impresiones que eran excesivas en un día demasiado largo, y pensaba: «Permíteme ser el corazón pensante de este barracón. Quiero serlo de nuevo. Me gustaría ser el corazón pensante de un campo de trabajo entero».

Etty Hillesum¹⁶⁴

Quiero abrir este apartado con esta contundente cita de la mística Etty Hillesum porque siempre me ha intrigado semejante afirmación, al grado de que me parece difícil de comprender ¿el corazón piensa o sólo siente? Mis esquemas heredados de la modernidad y del idealismo me han hecho alimentar una férrea enemistad con la razón y con su propio ejercicio del pensar. Pero ¿por qué, Hillesum, insiste en ser el corazón pensante de tan miserable campo de concentración? Quizá porque un “corazón pensante no se exime del esfuerzo de pensar lo impensable, lo inadmisible, lo indignante (...) Un corazón que sale en ayuda de la razón severamente atacada por el cinismo del mal, escarnecida e impotente frente al escándalo del sufrimiento; se niega a retirarse ante el absurdo, el horror y la crueldad rampantes”.¹⁶⁵ Se necesita un corazón pensante que sepa escapar de la tentación de la resignación, de la cobardía, de la angustia, de la desesperación que condenan a la infértil desesperanza. Un corazón renovado, un corazón de carne, un corazón humano: “os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo, quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”.¹⁶⁶ Un corazón sintiente, un corazón pensante que haga frente a la realidad pues, como diría Zubiri, “el pensar es un modo de actualización de lo real, ya que no se piensa sobre la realidad, sino que se piensa ya en-la realidad”.¹⁶⁷

¹⁶⁴ Etty Hillesum, *Una vida conmovida, Diario: 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007, p.193.

¹⁶⁵ Germain Sylvie, *Etty Hillesum, una vida*, Sal Terrae, Santander, 2004, p.68.

¹⁶⁶ Ez 36,26.

¹⁶⁷ Xavier Zubiri, *Inteligencia y razón*, Alianza, Madrid, 1983, p.37.

La experiencia mística también es racional. Algunos autores afirman que la mística es una experiencia que se encuentra más allá de los límites de la razón o, inclusive, que es una experiencia irracional. Dichas afirmaciones no me parecen descabelladas si partimos de un concepto de razón tan estrecho y limitado como el cartesiano y hasta el kantiano; ya no digamos el hegeliano. No obstante, el afirmar que la experiencia mística es racional nos exige definir qué entendemos por razón, puesto que, como es evidente y fieles a la tónica y tesitura de este ensayo, al referirnos a la razón no podemos, ni debemos, ni queremos referirnos a un concepto de razón desencarnada, absolutista y avasalladora; sino que, más bien, partimos de una Razón mayúscula, una razón cordial, una razón poética, como diría María Zambrano, una razón que es corpórea, que parte de la sensibilidad como principio de intelección, como nos la propone Xavier Zubiri en su trilogía: de inteligencia sentiente y que, al mismo tiempo, no prescinde del logos como puente de unión con el mismo ejercicio de la razón.

No deja de sorprenderme la minuciosa y perspicaz capacidad de Zubiri en su análisis fenomenológico para ir hilando fino, hebra por hebra, sin dejar nada de lado, sin romper, sin desechar; sino uniendo, contrastando y reconciliando lo que parecía irreconciliable. Tratar de comprender a la mística como experiencia racional nos exige definir con delicadeza qué estamos entendiendo por razón, la cual, según nuestro autor “es la intelección pensante de lo real (...) una intelección mía, puesto que la razón es ante todo mí razón, lo cual no significa que sea subjetiva. Por otro lado, es innegablemente también una razón de las cosas reales mismas”.¹⁶⁸ Dicha razón, como modelo de intelección, tiene tres momentos esenciales: es intelección en profundidad, es intelección mensurante, es intelección en búsqueda”.¹⁶⁹

El corazón pensante del que nos habla Etty Hillesum en la cita con que abría este apartado implica una razón en búsqueda, esa de la que nos suelen dar cuenta la mayoría de los místicos, de ahí que podamos afirmar que se trata de una experiencia también racional. Afirmando esto porque dichas experiencias suelen moverse en un campo de realidad estético que, partiendo del aquende, es decir, el aquí y ahora, son atraídos y llevados hacia lo allende¹⁷⁰. Lo que los

¹⁶⁸ *Ibidem*, pp.40-41.

¹⁶⁹ *Ídem*.

¹⁷⁰ Según Zubiri, ‘allende’ es ante todo el ‘hacia’; es decir, un momento de realidad sentida en cuanto realidad. Así, afirma que “se piensa en la realidad allende precisa y formalmente porque las cosas ‘dan de qué pensar’.

místicos inteligen inevitablemente pasa por la razón porque ésta también es humana, por lo tanto, podemos afirmar con todo cuidado que se trata de un asunto racional, es decir, de la razón peregrina, humilde, cordial, poética y sensible que, partiendo de lo sensual, sale, contempla, se asombra, se mueve, busca, intuye, percibe, concibe, aprehende, pregunta, calla, se aquieta, escucha, formula y, ayudada en su flaqueza por la gracia del Misterio, responde balbuceante con “gemidos inenarrables”¹⁷¹; se vale de todo cuanto está a su alcance para compartirse, de la representación simbólica, metafórica, paradigmática y lógica, y así, evitar quedarse en la mera constatación hasta llegar a inteligir “lo real como principio fundamental de intelección pensante”.¹⁷²

Las experiencias místicas son un ejercicio complejo pero fascinante, es más gracia que esfuerzo, más escucha que habla, más silencio que palabra; es sosiego desaseado, es quietud en movimiento, es un amar desesperado y es un deseo siempre insatisfecho: herida, llaga y duelo. Es siempre desconcierto. Es presencia que ata sin atar y es ausencia que pesa sin pesar. Nadie lo puede decir con claridad, no existe la absoluta distinción, solo una delicada intuición que apenas puede dar cuenta de sin explicación; por eso mismo, Juan de la Cruz, uno de los místicos de mi predilección, se pregunta asombrado “¿quién podrá escribir lo que, a las almas amorosas, donde Él mora, hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién finalmente lo que las hace desear? Ciertamente, nadie lo puede; cierto, ni ellas mismas por quien pasa lo pueden; porque ésta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran”.¹⁷³ Así, como un amante, sale buscando anhelante; es la razón, unida al corazón, la que pregunta y busca: “¿A dónde te escondiste, Amado, y me dejaste con gemido?”.¹⁷⁴

Buscando mis amores,
iré por esos montes y riberas,
ni cogeré las flores,

Y este dar de qué pensar es, por un lado, estar llevados a lo allende por la fuerza inexorable de la intelección de lo que está aquende”. Cfr. *Ibidem*, p.42.

¹⁷¹ Rom 8,26.

¹⁷² Xavier Zubiri, *Inteligencia y razón*, Alianza, Madrid, 1983, p.48.

¹⁷³ Juan de la Cruz, *Cántico espiritual*, en *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.443.

¹⁷⁴ *Ibidem*, p.445.

ni temeré las fieras,
y pasaré los fuertes y fronteras.¹⁷⁵

La búsqueda es el punto de partida. La búsqueda de los amores del Amado nos impulsa a la actividad que nos mueve; pero no podemos quedarnos solamente en la aprehensión sensible, en aquello que nuestros limitados sentidos pueden vagamente captar; por eso el místico nos dice “ni cogeré las flores”; pero tampoco podemos quedarnos en la simple constatación del *logos*, por eso afirma “ni temeré las fieras”. El místico anhela y sigue su búsqueda; por eso se atreve a pasar las fronteras y asomarse a su deseo abisal atraído por la Razón de su Amado, que lo seduce y lo llama con una silenciosa voz. La persona enamorada, prendada por la belleza de su Amado, sigue su búsqueda, sin prisa y sin pausa, y pregunta a cuanta creatura encuentra en su camino, pregunta porque reconoce los vestigios de su Esposo, percibe el aroma de su perfume y reconoce la huella de sus pasos:

¡Oh bosques y espesuras,
plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
de flores esmaltado,
decid, si por vosotros ha pasado!¹⁷⁶

Juan de la Cruz, podríamos decir que sabe que el pensar, como afirma Zubiri, no es actividad que brote espontáneamente de sí misma, son las cosas las que nos dan qué pensar. Sin cosas no hay pensar. Por eso va, se detiene, contempla y pregunta, guarda silencio y escucha lo que las mismas cosas le dicen como dato-de realidad y se deja guiar y acompañar en su itinerario de búsqueda. El místico sabe que el centro de su búsqueda no es él mismo, ni es su propio ego y ni se agota en su propia subjetividad racionalista, sino que se mueve en un campo mayor, en donde las cosas nos dan noticia de la Realidad que habita su Amado; y a esa Realidad sólo se accede por la Razón, reconciliada con todos los modos de intelección propios del ser humano, partiendo, siempre del sentir como modo necesariamente primordial y ayudándose del *logos* como un modo fundamentalmente auxiliar. Así, De la Cruz escucha y atiende asombrado la respuesta que le dan las cosas con su callada voz:

¹⁷⁵ *Ibidem*, p.465.

¹⁷⁶ *Ibidem*, p.471.

Mil gracias derramando,
pasó por estos sotos con presura,
y yéndolos, mirando,
con sola su figura
vestidos los dejó de su hermosura.¹⁷⁷

Las cosas no son solo cosas, sino creaturas que responden mediante la contemplación y la aprehensión sensible; también tienen una voz propia que habla en la “música callada y la soledad sonora” de la Realidad. Guardar silencio y escuchar atentamente esa voz de las cosas mismas es el primer imperativo de un místico; pero no basta con escuchar, hay que hacer el esfuerzo por nombrar lo inefable mediante la fuerza del logos que, según Antonio González, significa “pensamiento, lenguaje, palabra y también proporción y medida. Etimológicamente, la expresión alude al recolectar”.¹⁷⁸ Se recolectan los contenidos fundamentales que la realidad campal nos regala por medio de la voz de las cosas que resuenan y notifican la realidad; como lo afirma el Cántico: las aves ligeras, leones, ciervos, gamos saltadores, montes, valles, riberas, aguas, aires ardores y miedos de las noches veladores”¹⁷⁹ porque todas nos hablan por medio de su propia hermosura del “admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras por la Sabiduría de quien las crió”¹⁸⁰.

Sentir, pensar y decir no basta. Hay que ayudarse de la razón para salir de lo meramente campal, para tratar de acceder al mundo que es el allende de nuestra sola aprehensión primordial de realidad; pues el logos es en el campo y la razón es en el mundo. No obstante, la ésta siempre supone la ayuda del logos campal, so se puede desprender de él; por lo tanto, tendrá que contar siempre con los resultados de las distintas actualizaciones campales. Pero ¿qué es la razón para Zubiri? Es la intelección pensante de lo real; es mí razón, pero también es una razón de las cosas reales mismas. Insisto en comprender bien a qué me estoy refiriendo cuando hablo de razón, porque de lo contrario caeríamos en la trampa de los ismos que no suelen ayudar mucho para comprender estas cosas; Pues, “el estudio de lo místico supone

¹⁷⁷ *Ibidem*, p.473.

¹⁷⁸ Antonio González, *Surgimiento, hacia una antología de la praxis*, USTA, Bogotá, p.16.

¹⁷⁹ Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* en: *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.447.

¹⁸⁰ *Ibidem*, p.473.

también la superación de las filosofías naturalista, idealista y escéptica condenadas sin remedio a ignorarlo, así como abrir el pensamiento, con ayuda de una auténtica purificación de la mente, al orden de la realidad de los valores trascendentales de Verdad, Bondad y Belleza”.¹⁸¹

Por tal motivo me parece necesario precisar que, según la propuesta zubiriana, lo real actualizado se halla inexorablemente en el ámbito de la razón; sin embargo, racional no es sinónimo de estructura conceptual, lógica o especulativa, ya que la razón puede actualizar pensantemente lo real en formas no conceptivas. No es cuestión meramente de conceptos ni de enunciados lógicos, se trata de una búsqueda de lo simbólico, de lo paradigmático y, por qué no decirlo, de lo sublime. La razón a la que me estoy refiriendo es un modo de intelección intrínseca y formalmente sentiente pues, entiende la realidad con la fuerza coercitiva de la misma realidad, es decir, con la fuerza del sentir. La razón en el místico no es un medio instrumental para alcanzar la realidad, pues esta misma razón se encuentra dentro ya de la realidad. A este respecto la realidad no sólo está actualizada en la intelección, sino que tiene peso propio y nos tiene asidos, por decirlo de alguna manera. Desde aquí podemos comprender aquello que diría Pablo: en ella “vivimos, nos movemos y existimos”.¹⁸²

Dice Zubiri que lo propio de la razón no son sus evidencias, ni su rigor empírico o lógico, sino su fuerza de impresión; por medio de la cual se impone coercitivamente la realidad profunda, es un modo de imposición que hiriendo no mata, sino que da vida. Por eso, cuando Juan experimenta y prueba en su propio cuerpo esa fuerza coercitiva exclama apasionadamente adolorido “¡Ay quien podrá sanarme!” Y más adelante pregunta:

¿Por qué, pues has llagado
aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me los has robado,
¿Por qué así le dejaste,
y no tomas el robo que robaste?¹⁸³

¹⁸¹ Juan Martín Velasco en: Evelyn Underhill, *La Mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, p.XIV.

¹⁸² *Hch* 17,28.

¹⁸³ Juan de la Cruz, *Cántico espiritual* en: *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.484.

El itinerario místico implica la herida del amor y la queja del dolor. No es una queja por la herida, “porque el enamorado cuanto más herido, está más pagado”.¹⁸⁴ La queja del místico es por qué estando ya herido su corazón a tal grado, tiene que seguir viviendo y padeciendo la ausencia del Amado “¿por qué, pues le has herido hasta lllagarle, no le sanas, acabándole de matar de amor?”¹⁸⁵ ¿Quién puede formular estas hondas preguntas nacidas de una experiencia enamorada si no es una razón sentiente y encarnada? ¿Quién puede dar nombre al dolor que siente el corazón para exclamarlo y compartirlo? Es en la razón corporal donde habita la voz inefable del Misterio que nos dice callada y suavemente: “Levántate, amada mía, hermosa mía y vente. Porque, mira, ha pasado ya el invierno, han cesado las lluvias y se han ido. Aparecen las flores en la tierra el tiempo de las canciones ha llegado, se oye el arrullo de la tórtola en nuestra tierra. Echa la higuera sus yemas, y las viñas en cierne exhalan su fragancia. ¡Levántate, amada mía, hermosa mía, y vente! Paloma mía, en las grietas de la roca en escarpados escondrijos, muéstrame tu semblante, déjame oír tu voz, porque tu voz es dulce, y gracioso tu semblante”.¹⁸⁶ Es la razón sentiente, dinámica y en movimiento, inquiriente en profundidad y escrutadora de honduras la que comprende los balbuceos que siente internamente. La intelección racional no es teórica, ni ratiocinante y tampoco funciona como un conjunto de juicios ni especulaciones. La razón que mueve al místico no le pertenece, aunque habita en él, no es del él, sino que es un don, una tarea, una atracción que lo saca constantemente de sí mismo y lo dinamiza, lo pone en marcha y en una incansable subida a la cumbre del amor que pasa por las tres clásicas vías: purgativa, iluminativa y unitiva.

El místico es ante todo como un bailarín, consciente de su cuerpo en unidad perfecta con su alma, sensible y racional, simbólico y conceptual, poético y lógico, todo en armónica unidad porque su Amado a restaurado su naturaleza fragmentada; éste, como todo bailarín, se mueve entre tensiones, de ahí su belleza, Evelyn Underhill, en su estudio sobre la mística, califica a éstos como expertos en el ejercicio de este nivel de realidad profunda y se refiere a ellos con varios adjetivos que hacen alusión al movimiento, tales como: “aventureros del Espíritu,

¹⁸⁴ *Idem.*

¹⁸⁵ *Idem.*

¹⁸⁶ *Cant* 12,10-14.

pioneros, exploradores naturales de la eternidad, peregrinos de la odisea interior, escaladores de altas cimas, enamorados y portadores de la antorcha de la especie”.¹⁸⁷

El fin de la experiencia mística es la unión con el Misterio, beber del Amado, comer de su seno y habitar en su lecho, en aquella morada más principal. La conversión iniciada, fundada en el amor, transformada por la gracia y fortalecida por la práctica de las buenas obras en favor de los demás, tiene su meta y fin en la perfecta unión; una unión que es conformación y compenetración, sin confusión y sin división. Ahí se bebe del Amado y esa bebida queda impregnada por todo el cuerpo en unidad con el alma, “porque, así como la bebida se difunde y se derrama por todos los miembros del cuerpo y venas del cuerpo, así se difunde esta comunicación de Dios sustancialmente en toda el alma, o por mejor decir, el alma se transforma en Dios”¹⁸⁸ a imagen de su Hacedor, a semejanza de su Creador, preñada por su Amador:

Allí me dio su pecho,
allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
y yo le dí de hecho
a mi sin dejar cosa,
allí le prometí de ser su esposa.¹⁸⁹

Es el momento de los desposorios místicos, la cumbre del monte, la cima de la montaña, el cántico de *laudato si'*, la séptima morada, la cuarta semana; Agustín de Hipona, Bernardo de Claraval, Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Ignacio de Loyola, Teresa de Lisieux, Edith Stein, Simone Weil, Etty Hillesum y tantos otros más lo saben. El amante se une al Amado de tal suerte que queda compenetrado en su Misterio de amor hasta convertirse en su esposa es así que “el alma que ha llegado a este estado de desposorio espiritual no sabe otra cosa sino amar y andar siempre en deleites de amor con el Esposo”¹⁹⁰ a tal grado que, en la noche dichosa, es capaz de suplicar con voz cantante a su Esposo “¡que me bese con los besos de su boca!”¹⁹¹ Y ¿cuál otro es el beso de la boca del Amado sino su sola palabra, filosa como una espada, consoladora como un bálsamo, penetrante como un perfume y ágil como

¹⁸⁷ Evelyn Underhill, *La Mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, p.XVII.

¹⁸⁸ Juan de la Cruz, *Cántico espiritual en: Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.574.

¹⁸⁹ *Ibidem*, p.581.

¹⁹⁰ *Ibidem*, p.583.

¹⁹¹ *Cant* 1,2.

un águila? Ese beso nacido de la boca del Verbo hecho carne, hecho cuerpo, que en un beso de amor se une y besa a nuestra boca, como diría Bernardo de Claraval:

Escuchad atentamente. El Verbo que toma carne, es la boca que besa. La carne, que él toma, es lo que recibe este beso. Y este beso, que se forma de aquel que le da, y de aquel que le recibe, es la persona compuesta del uno y del otro, Jesucristo hombre, el soberano mediador entre Dios y los hombres (...) Dichoso beso, que una bondad admirable hace tan lleno de maravillas; en el cual la boca no es aplicada sobre la boca, sino que Dios es unido al hombre. En el beso la unión de los labios es la señal de la unión de los espíritus; más aquí, la unión de las dos naturalezas de Jesucristo junta las cosas divinas con las humanas, ligando con un nudo de paz el Cielo con la tierra. Pues él es nuestra paz que de dos nos ha hecho más que uno.¹⁹²

Que me bese con los besos de su boca no es una expresión romántica, sino una declaración de amor que duele, transforma y hierde. Busca caminos de paz, de justicia, de fraternidad, de reconciliación. Ciertamente la experiencia de los místicos es una experiencia de absoluta intimidad, enamorada y encarnada, que exige obras que se hagan vida, que consuelen y curen al cuerpo social, a la comunidad humana, al pueblo fiel. Dicho suceso místico no puede agotarse nunca en sí mismo, sino que interpela a quienes lo padecen, les quema y les exige salir y compartir. Cuestionarse, implicarse, involucrarse, arriesgarse, donarse, compartirse, repartirse y entregarse completamente y sin reservas hasta que, en el último aliento y tras el más hondo suspiro de su pecho, puedan balbucear con indecible ternura y con sorprendente suavidad, sin arrimo y con arrimo¹⁹³: “mi Amado es para mí, y yo soy para mí Amado”.¹⁹⁴

Como se puede ver, en estas breves páginas he intentado demostrar, somera y sencillamente -desde la propuesta zubiriana- un tema tan amplio y complejo: la mística como experiencia racional; más difícil aún si se trata de un místico clásico como lo es Juan de la Cruz y de la obra maestra de su prolífica pluma y su alma enamorada como lo es su inabarcable *Cántico Espiritual*. Estoy seguro de que no le he hecho justicia al místico de Fontiveros con lo que de su obra aquí he intentado compartir, pero baste saber que lo he hecho con la mejor de las intenciones y con un corazón reverente y también pensante. Con todo y todo, cada que intento

¹⁹² San Bernardo Abad, *Discursos sobre el Cántico de los cánticos*, Tomás Cermeño, Valladolid, 1800, p.11.

¹⁹³ Juan de la Cruz, *Poesías en: Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.819.

¹⁹⁴ *Cant* 2,16.

referirme a la vida y obra de los místicos, siempre me quedo corto. No obstante, me asombra constatar que casi todos los que he leído, partiendo de su fina sensibilidad y pasando por el esfuerzo de nombrar, llegan al ámbito de la razón en dónde parece que es muy acertado aquello que diría el Pseudo Dionisio: “Cuanto más alto volamos, menos palabras necesitamos porque lo inteligible se presenta cada vez más simplificado... Al coronar la cima reina un completo silencio. Estamos unidos por completo al Inefable”.¹⁹⁵

El inefable es indecible y lo indecible, inabarcable; más no incomprensible. La experiencia de los místicos está enmarcada en todas las aristas de la naturaleza humana, no puede ir más allá, no puede quebrar a la persona, no puede rechazar nada de lo humano, no puede prescindir de la sensibilidad, de la capacidad lógica ni de la capacidad racional. La mística es una relación, es un baile que necesita de bailarines que logren conformarse, unirse y compenetrarse a un ritmo, con un tiempo, en un espacio. La mística es pues racional porque la razón es lógica y toda nuestra inteligencia es sentiente. El Misterio unifica, tonifica, modifica y plenifica. Nos hace comprender grandes cosas y en profunda soledad, comprometernos con una sociedad. Embebidos, absortos y ajenados logramos, con su Amor, saber no sabiendo y, en un subido sentir, nos hace quedar no entendiendo y toda ciencia trascendiendo.¹⁹⁶ ¿Se puede concebir una experiencia más sintiente, pensante y razonante?

Una mística enamorada

*¡Que me bese con los besos de su boca!
Mejores que el vino tus amores;
Mejores al olfato tus perfumes;
Ungüento derramado es tu nombre,
por eso te aman las doncellas.
Llévame en pos de ti: ¡Corramos!*

Cantar de los cantares.¹⁹⁷

El amor es una experiencia de belleza y la belleza, a veces, suele doler ¿por qué duele? Porque no se puede nunca poseer, así mismo es la seducción del Misterio que, con la fuerza de su

¹⁹⁵ Pseudo Dionisio Areopagita. *Teología Mística, Obras completas*, Madrid, 1990. p.376.

¹⁹⁶ Cfr. Juan de la Cruz, *Poesías en: Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, pp.804-806.

¹⁹⁷ *Cant 1, 1-4.*

hermosura, atrae y acaricia, llega y perfuma con su presencia e inunda con su calor y después se va... siempre se va, dejando el vacío de su ausencia: “Máteme tu vista y hermosura”¹⁹⁸. Como la belleza, la danza también nunca puede ser poseída ni capturada, por eso es un arte efímero, necesariamente, presencial y corporal. Con todo esto, podemos testificar que, al igual que en la belleza y el arte, la seducción es el paso fundamental de la espiritualidad, es la fuente esencial de relación con el Misterio. De ahí que he encontrado en la danza la experiencia y la metáfora perfecta para narrar aquello que nos impulsa a salir venturosos, “con temor y temblor”,¹⁹⁹ cual peregrinos, al encuentro amoroso; movidos por un fuego interior que da toda señal de ser erótico pues como narra el profeta, “yo decía: ‘no volveré a recordarlo, ni hablaré más en su Nombre.’ Pero había en mi corazón algo así como fuego ardiente, prendido en mis huesos, y aunque yo trabajaba por ahogarlo, no podía”.²⁰⁰ Y ¿qué es ese fuego ardiente? ¿De dónde viene y a dónde nos lleva? ¿Alguien puede dar una explicación más sensata que no sea nuestra fuente erótica, sensual y corporal? ¿Acaso no es el amor divino del Amado que desciende paciente, se encuentra y se abraza con el amor humano del amante quien, a su vez, asciende y trasciende, para besar y acariciar a su Amado?

Llegados a este punto, muy seguramente te preguntarás ¿qué tiene que ver el cuerpo con la danza? ¿Y qué tienen que ver éstos con la experiencia mística? Permíteme decirte que es la danza maestra de ritmo y de relación. Permíteme afirmar que la mística es ante todo una experiencia de relación que supone una encarnación; y la encarnación implica inevitablemente el encuentro de cuerpos, de presencias y de figuras con todo su esplendor y su hermosura. De la mano de la danza podemos saborear, atisbar y esbozar que la experiencia mística es conformación y la compenetración en una única unión del eros con el ágape, pues:

Quando eros y ágape se aúnan, el eros puede llevar al ágape a la entrega -a los seres humano y a Dios-. Puede llevarme a la unión sexual con la persona a la que amo o a la unión mística con el Uno, con Dios. Pero entonces no se trata sólo de embriaguez, de una fiesta de los sentidos. Ni mucho menos: lo que en tal caso se experimenta se halla envuelto por el lazo del amor, que no se agota en mirarse el

¹⁹⁸ “Que es como si dijera: pues tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo de morir en viéndola. Máteme tu vista y hermosura”. *Cfr. Cántico espiritual* en: Juan de la Cruz, *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, P Cántico espiritual en: Juan de la Cruz, *Obras*, P.493.

¹⁹⁹ *Flp* 2, 12.

²⁰⁰ *Jer* 20,9.

ombbligo, sino que enmarca la experiencia del momento y, con ello, le da profundidad y altura. El eros y el ágape se implican mutuamente y aspirar a avecinar lo humano y lo divino, como es el caso de la experiencia mística. Pues, al margen del ágape, al margen de la experiencia de amor, Dios y la experiencia de Dios no pasan de ser una chapuza. Para que en la relación del ser humano con Dios pueda darse la plena reciprocidad, es preciso, que el eros griego y el ágape cristiano se entreveren estrechamente.²⁰¹

Los místicos son como bailarines, están movidos por la fuerza del eros que seduce y la del ágape que compromete. Si tuviera que intentar definir quiénes son, creo que no acertaría nunca; No obstante, la palabra tiene el deber moral de hacerse carne y transformarse en vida. Escudriñar en las honduras del ser. Hacer silencio para escuchar y poder articular, comunicar y compartirse. Podría decir que los místicos son como unos peregrinos inquietos que danzan entre la quietud y el movimiento. Buscadores infatigables. Artesanos de la paz. Poetas de la consolación. Profetas de la reconciliación. Tejedores de comunidad. Amadores del verdadero Amador. Amantes apasionados. Servidores de los pobres. Escultores de justicia. Peregrinos del Absoluto²⁰². Bailarines de lo inefable. Todos comprometidos con su tiempo y con su pueblo. Son aquellas personas que, por gracia, pueden leer la realidad desde una mirada esperanzada; confían en que esa realidad nuestra está sostenida por una Realidad mayor abrazada por un Absoluto. Son los que suelen dejarse amar, seducir y conducir por el Misterio que, desde el vientre de nuestra madre nos acaricia, y confían en que, guiados por ese Amor mayúsculo, no se puede errar en el camino.

Los místicos²⁰³ son hijos del matrimonio entre el Amor y la Verdad, pues como canta el salmo “el Amor y la Verdad se han dado cita, Justicia y Paz se abrazan; la Verdad brotará de la tierra, y de los cielos se asomará la Justicia”.²⁰⁴ Desasidos de cuanto apego se pueda, pero

²⁰¹ Wunibald Müller, *Besar es orar, la sexualidad como fuente de espiritualidad*, Sal Terrae, Maliaño, 2005, pp.33-34.

²⁰² Rafael Narbona, *Peregrinos del Absoluto, la experiencia mística*, Taugenit, Salamanca, 2020.

²⁰³ Michel de Certau describe a los místicos en estos términos: «Místico es aquel o aquella que no puede detenerse en la marcha y que, con la certeza de lo que le falta, sabe respecto de cualquier lugar y de cualquier objeto que esto no es ello, que no puede permanecer aquí ni contentarse con ello». Fue precisamente otro jesuita, Pedro Fabro, quien escribió: *Pelerin jamais arrivé, pelerin jamais arrêté*, «peregrino nunca llegado, peregrino nunca detenido». Cfr. Olegario González de Cardedal, *Cristianismo y mística*, Trotta, Madrid, 2015, p.98.

²⁰⁴ *Sal* 85, 11-12.

anclados en el “más profundo centro”,²⁰⁵ habitados por el corazón del Misterio. Comprenden de manera casi indecible las palabras de aquel poeta español, León Felipe: “Nadie fue ayer, ni va hoy, ni irá mañana hacia Dios por este mismo camino que yo voy. Para cada hombre guarda un rayo nuevo de luz el sol... y un camino virgen Dios”.²⁰⁶ Los místicos son los eternos enamorados, son aquellos que se saben pequeños y frágiles, limitados y débiles; sin embargo, también se saben profundamente amados, de manera única e irrepetible, y llamados a amar con sus propios modos. Ya lo diría el mismo Ignacio de Loyola en su *Contemplación para alcanzar amor*: “El amor consiste en comunicación de las dos partes, es a saber, en dar y comunicar el amante al amado lo que tiene o de lo que tiene o puede, y así por el contrario el amado al amante”.²⁰⁷

A la experiencia mística es una experiencia de amor y el amor es ante todo gracia; el amor como don amante del Amado. Nunca la podremos llevar al laboratorio para observarla, analizarla y diseccionarla. Los textos de los místicos muy frecuentemente suelen ser una danza armónica de palabras que saltan a la vista del lector. Tu no eliges leerlos, ellos te eligen a ti; es como si tuvieran vida propia, es más, ¡la tienen! No podemos devorar los textos de los místicos, apenas y podemos leerlos a “cuentagotas” como si saboreásemos el más exquisito de los manjares sin poder nunca agotarlo²⁰⁸. Única en sí misma, cada experiencia mística tiene su propia música en la que el místico danza con el Misterio la melodía compuesta por los dos y para los dos, junto con otros muchos; hay un ritmo y una melodía, hay una cadencia y una coordinación casi perfecta en su imperfección. Sin prisas ni pausas se desplazan por la realidad hasta quedar completamente unidos en comunión, sin dualidad, sin división y sin confusión.

²⁰⁵ Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Obras, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.649.

²⁰⁶ Felipe Camino Galicia de la Rosa, *Poeticous*, Disponible en: <https://www.poeticous.com/leon-felipe/nadie-fue-ayer?locale=es> Consultado: 19-III-21

²⁰⁷ Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, Buena Prensa, Ciudad de México, 2014, p.65.

²⁰⁸ “Los místicos, hablando en propiedad, sólo pueden estudiarse en sus obras, y esas obras, en su mayor parte, no las han leído quienes hoy hablan tanto de mística. Sin duda, tiene el lector general la excusa de que las obras maestras de la literatura mística, por más que estén llenas de extraña belleza, ofrecen considerables dificultades a quienes se acercan a ellas sin preparación.” Cfr. Evelyn Underhill, *La mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, p.8.

Es aquí donde me atrevo a afirmar que el místico, como el bailarín, es un seductor que se sabe seducido “me has seducido, Yahveh, y me dejé seducir; me has agarrado y me has podido”.²⁰⁹ Hemos comprendido mal lo que es la seducción; la hemos asociado con el acoso y el hostigamiento, pero no, la seducción no es violencia, transgresión, perturbación; no es amenaza ni es chantaje; la seducción es el elegante fruto de un cuerpo vivo y, por lo tanto, erótico, sexuado y enamorado; la seducción está lejos de aquel arruinador y desdeñoso ser humano “que se aprendiese a despreciar los instintos primerísimos de la vida; que se fingiese mentirosamente un ‘alma’, un ‘espíritu’, para arruinar el cuerpo; que se aprendiese a ver una cosa impura en el presupuesto de la vida, en la sexualidad”.²¹⁰

La seducción es la herida vital que nos mueve al amor, una herida que, aunque duele, no mata, sino que da vida; es como una llama de amor, que lacera con una insoportable ternura en el centro del “corazón”²¹¹, me parece oportuno recordar esa bella metáfora que, con toda verdad, cantara Juan de la Cruz con su prosa: “¡Oh llama de amor viva, / que tiernamente hieres / de mi alma en el más profundo centro! / Pues ya no eres esquiva, / acaba ya si quieres / rompe la tela de este dulce encuentro”.²¹² Una herida que impulsa, anhela y busca. Una herida que sabe desear, que sabe esperar y también desesperar. Una herida que no ahorra ningún afanoso esfuerzo de salir a hacer camino y buscar al Amado que misteriosamente suele hacerse el encontradizo. La herida de la que padecen los místicos nace de las entrañas, ahí donde reside toda la fuerza amorosa, participa el cuerpo con el alma en perfecta unidad. Teresa de Jesús, reconocida mística y apasionada del siglo XVI es muy elocuente, gráfica y llena de sensualidad erótica en la descripción de su experiencia conocida como “Transverberación”:

Víale en las manos (de un ángel) un dardo de oro largo, y al fin de el hierro me parecía tener un poco de fuego; éste me parecía meter por el corazón algunas veces y que me llegava a las entrañas. Al sacarle, me parecía las llevaba consigo,

²⁰⁹ Jer, 20,7.

²¹⁰ Friedrich Nietzsche, *Ecce homo*, Alianza, Madrid, 1984, p.130

²¹¹ “Con la palabra *corazón* no designamos aquí meramente, desde luego ‘el asiento de los afectos’, ‘el órgano de la tierna emotividad’, y cosas por el estilo. Sino, antes bien, el más íntimo santuario del ser personal, la profunda raíz de su amor y su voluntad, la fuente misma de su energía y de su vida”. Cfr. Evelyn Underhill, *La mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, p.88.

²¹² Juan de la Cruz, *Llama de amor viva*, Obras, Monte Carmelo, Burgos, 1943, P. 644.

y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor que me hacía dar aquellos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios. No es dolor corporal, sino espiritual, aunque no deja de participar el cuerpo algo, y aun hartó. Es un requiebro tan suave que pasa entre el alma y Dios, que suplico yo a su bondad lo dé a gustar a quien pensare que miento.²¹³

La experiencia teresiana es un ejemplo de mística enamorada y afectiva que no niega lo carnal de la experiencia de unión con el Misterio; ese requiebro suave pero doloroso, tan hondo como certero, tan permanente como fugaz. El dardo de fuego le llegaba a las entrañas y penetraba todo su ser hasta hacerle dar quejidos de amor, de placer y de dolor. A diferencia de la mística especulativa, la experiencia teresiana está impregnada de erotismo hasta no poder más; se trata pues de una mística afectiva, corporal, sensual, erótica y amable, así como la danza. De ahí que la misma mujer escribiera con ansias inflamadas: “Ya toda me entregué y di, / y de tal suerte he trocado / que mi Amado es para mí / y yo soy para mí Amado”.²¹⁴

Cuando hablamos de una mística enamorada, es importante no confundirnos. Enamorada no necesariamente quiere decir romantizada ni emocionada. El amor es el principio, medio y fin de la mística. Un amor encarnado que se hace obras concretas en favor de los demás. Como lo afirma Evelyn Underhill, el asunto y el método de la mística es el Amor, pero se trata de un Amor capital, auténtico, que nos hace salir de nuestra propia comodidad, ese amor que es compasión desgarradora que nos pone en camino y en acción: “la palabra Amor, tal y como se aplica a los místicos, debe entenderse en su sentido más profundo, más pleno; como la expresión última de las tendencias más vitales del yo, no como el efecto o la emoción superficial que suele dignificarse con este nombre. El Amor Místico es una total dedicación de la voluntad: el deseo y la tendencia, profundamente asentados, del alma hacia la Fuente. Es una condición del acceso humilde, un movimiento vital del yo; más directo es sus métodos, más válido en sus resultados -incluso en la mano del menos culto de sus adeptos- que la más penetrante visión intelectual de la más grande mente filosófica. Una y otra vez, el místico insiste sobre esto. ‘Pues, el silencio no es Dios, ni es Dios el hablar; el ayunar no es

²¹³ Teresa de Jesús, *Libro de la Vida*, en: *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006, p.159.

²¹⁴ *Ibidem*, *poesías*, p.654.

Dios, ni es Dios el comer; no es Dios la soledad, ni es Dios la compañía; ni tampoco ninguno de todos los pares de esas cantidades. Se esconde entre ellas, y no puede ser hallado mediante ningún trabajo del alma, sino tan sólo mediante el amor de tu corazón. No se le puede conocer por la razón. No puede llegarse a Él por el pensamiento, ni sacar de Él conclusión por el entendimiento. Empero puede ser amado, y elegido con la verdadera voluntad amorosa de tu corazón... A tal ciego disparo con el agudo dardo del amor anhelante nunca puede faltarle el acicate, el cual es Dios”²¹⁵. Y sólo Dios, el Misterio, el Absoluto, el Trascendente, el Amor, pues *Deus caritas est*.

Una mística encarnada

El amor debe ponerse más en las obras que en las palabras.

Ignacio de Loyola²¹⁶

La experiencia mística no se agota en la palabra, sino que necesita de ella para expresar lo inefable; de ahí que la poesía, la prosa, la metáfora, la narrativa y la literatura sean a menudo un socorrido recurso. Como en la danza, encuentro en la sensibilidad femenina la fuente de experiencias proféticas que mucho pueden enseñarnos. De la delicada mano de las mujeres, y también de algunos hombres con fina sensibilidad, podemos entender una manera distinta de relación con el Misterio, no tanto especulativa, sino más bien afectiva²¹⁷ que incluye la relación corporal con el cuerpo de Cristo presente en la comunidad, un itinerario que nunca es lineal, entre amantes que suele culminar, por gracia, en los desposorios místicos:

²¹⁵ *An Epistle of Discretion*. Citado por Evelyn Underhill en: *La mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006, pp. 103-104.

²¹⁶ Ignacio de Loyola, *Ejercicios Espirituales*, Buena Prensa, Ciudad de México, 2014.

²¹⁷ “Globalmente, son dos las experiencias que se quieren describir. La primera es la unión con Cristo, y entonces se habla de mística afectiva o nupcial. La mística nupcial consiste en unirse a Dios a través de la unión con la humanidad de Cristo. Es praxis maciza de las mujeres que entran en contacto con el Cristo de la Pasión, viviendo experiencias de amor y dolor altamente emotivas. La otra es la mística especulativa, o mística de la esencia, es decir, de la eliminación de todo sentimiento e imagen para descubrir a Dios en el desnudo fondo del alma, casi prescindiendo de Cristo, como lo escribe el maestro Eckart: “Quien quiera penetrar en el fondo de Dios, en aquello que tiene de más íntimo, debe penetrar primero en el fondo de sí mismo, en aquello que tiene de más íntimo, porque ninguno conoce a Dios si primero no se conoce a sí mismo. El ser humano conoce en una luz verdadera, en la cual no existe ni tiempo ni espacio, sin ‘aquí’ ni ‘ahora’”.

Cfr. Oriana Visani, *Escritura mística y espiritualidad femenina* en: Humberto Eco (Coord.), *La Edad Media, III. Castillos, mercaderes y poetas*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2018, p.647.

La experiencia mística se funda en la palabra, hablada o escrita, indispensable para comunicar cuanto se ha experimentado de lo divino. De las dos formas de mística, afectiva y especulativa, las mujeres (*mulieres sanctae*) practican de un modo más macizo la afectiva, que consiste esencialmente en la unión con el cuerpo de Cristo en la cruz (matrimonio místico). Dios se saborea, se besa, se abraza. El hilo rojo que señala los itinerarios de la espiritualidad femenina es el amor, un amor que se expresa con un nuevo lenguaje. Se habla de una nueva verbalización de Dios, que pasa a través de la insistencia en el uso de algunas figuras retóricas, como son el oxímoron y la tautología, y que hace posible expresar lo inefable.²¹⁸

Es cierto, Dios se saborea, se besa, se abraza, se gusta, se toca, se ama. No me cansaré de sostener que la experiencia mística que intento humildemente subrayar en este ensayo es una experiencia que tiene básicamente tres características importantes a considerar: en primer lugar, se trata de una experiencia corporal; es decir, de carne y hueso: tan humana como sobrenatural, don y tarea, llamada y respuesta, escucha y palabra, regalo y ofrenda. En segundo lugar, se trata de una danza: en quietud y movimiento, a tiempo y destiempo, sin prisa ni pausa, con compás y equilibrio, con ritmo y candencia. En tercer lugar, la experiencia mística es una experiencia racional: sensible y afectiva, encarnada y compasiva, en compenetración y conformación, en unidad sin fragmentación, una experiencia enamorada que se traduce en servicio; con un cuerpo, por un cuerpo, desde un cuerpo y para un cuerpo. Es comunión, es arraigo, es resistencia, es belleza, es persistencia, es constancia y es presencia.

Expresado lo dicho, en este último apartado presentaré a dos mujeres, pensadoras, místicas, sensibles, comprometidas, enamoradas y contemporáneas del difícil siglo XX. Una francesa y otra holandesa. Una filósofa y la otra literata; ninguna de ellas fue monja, ni consagrada, ni religiosa, aunque sí mujeres religadas. Elegí compartir estos ejemplos porque, ante todo quiero enfatizar que se trata de mujeres, con testimonios tan actuales como sobrecogedores, de historias cautivantes; de una experiencia mística de Amor que supieron encarnar en un pueblo y con un pueblo para convertirse en buena noticia, en acción, compromiso, justicia, liberación, reconciliación, paz y consolación. Se trata de dos féminas que, aún sin profesar expresamente el cristianismo como religión, han entendido mejor que muchos aquello de la

²¹⁸ *Ibidem*. P.646.

ciencia de Amor y del arte de Amar, que no del mero sacrificio estoico pues “aunque repartiera todos mis bienes, y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo caridad, nada me aprovecha. La caridad es paciente, es servicial; la caridad no es envidiosa, no es jactanciosa, no se engríe; es decorosa; no busca su interés; no se irrita; no toma en cuenta el mal; no se alegra de la injusticia; se alegra con la verdad. Todo lo excusa. Todo lo cree. Todo lo espera. Todo lo soporta”.²¹⁹ Cual bailarinas de lo inefable, Simone Weil y Etty Hillesum llevaron el Amor a su máxima expresión: la entrega, la ofrenda, la donación. Con estas mujeres que trabajaré, pretendo demostrar que la mística puede ser especulativa, pero también afectiva, enamorada, encarnada y racional. Espero lograr el comento y poder expresar lo percibido.

Simone Weil

Simone Weil (1909-1943). Mística y filósofa. Comprometida hasta el absurdo con su pensamiento y su obra. En sus escritos nos muestra una aguda y doliente sensibilidad hacia la clase obrera, al punto que desea vivir y logra vivir, en condición obrera, junto con ellos y por ellos, sus pesares, alegrías y dolores. En esta filósofa francesa encontramos la unidad armónica entre lo que se piensa, se siente, se dice y se hace. Vida, obra y pensamiento se mueven en una misma tesitura. No hay contradicción, ni doblez. Enraizada y arraigada. Crítica y perspicaz; inocente sí; de ingenua nada. Le urgía la Realidad y la movía el Amor. Mística enamorada; mística encarnada. Porque “el amor cuando es crecido no puede estar sin obrar, ni el fuerte sin pelear, por amor a su Querido”.²²⁰

Conocida como la mística del *amor fati*²²¹, Simone Weil fue una mujer que sabía vivir el tiempo presente como entrega y donación, aceptando el destino con paz, con todo lo que esto implica; pues, no se puede amar al Misterio si no se ama al ser humano y “no se puede amar al hombre sin amar el mundo, la tierra, el orden del cosmos (...), incluso cuando aparece el dolor y el absurdo”²²² hay que estar presentes, amando a los desdichados y olvidados

²¹⁹ I Cor 13, 3-7.

²²⁰ Teresa de Jesús, *Poesías votivas, en: Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006, p.661.

²²¹ De acuerdo con la semblanza de Simone Weil que presenta: Rafael Narbona, *Peregrinos del Absoluto, la experiencia mística*, Taugenit, Salamanca, 2020.

²²² *Ibidem*, p.157.

socialmente. La mística de Weil está enraizada en el mundo y no en *fuga mundi*; no es aislamiento sino comunidad; no es ausencia, sino presencia; no es indiferencia sino compasión; no es simple amistad, sino fraternidad; no es superflua simpatía, sino amor llevado hasta las últimas de sus consecuencias. En su Autobiografía nos cuenta de su desdicha y de cómo, estando en la fábrica, fue marcada con la marca de la esclavitud. Considero que estas palabras las tendríamos que leer de rodillas y con absoluta reverencia:

Estando en la fábrica, confundida a los ojos de todos, incluso a mis propios ojos, con la masa anónima, la desdicha de los otros entró en mi carne y en mi alma. Nada me separaba de ella, pues había olvidado realmente mi pasado y no esperaba ningún futuro, pudiendo difícilmente imaginar la posibilidad de sobrevivir a aquellas fatigas. Lo que allí sufrí me marcó de tal forma que, todavía hoy, cuando un ser humano, quienquiera que sea y en no importa qué circunstancia, me habla sin brutalidad, no puedo evitar la impresión de que debe haber un error y que, sin duda, ese error va desgraciadamente a disiparse. He recibido la marca de la esclavitud como la marca de hierro candente que los romanos ponían en la frente de sus esclavos más despreciados. Desde entonces, me considero siempre una esclava.²²³

No se piense que en Simone Weil encontramos a una mujer movida por el estoicismo porque no es así; Weil es una mística movida por el Amor y sólo por el Amor. Un amor que es carne y que en su ejercicio de amor nos expone y nos marca la carne y el alma, en perfecta unidad. Una mística herida y desgarrada por el amor no puede quedar indiferente a las necesidades de los demás. Una mística encarnada entiende muy bien aquello que afirma, la imprescindible, Teresa de Jesús, en su obra *Moradas del Castillo Interior*: “para esto es la oración (y la mística), hijas mías; de esto sirve este matrimonio espiritual, de que nazcan siempre obras, obras”.²²⁴ Y ¿qué mejor obra que entregar la vida? Pues, “nadie tiene mayor amor que el que da su vida por sus amigos”.²²⁵

Presuponiendo su experiencia de fragilidad en la fábrica, tres son los momentos que podríamos decir que engloban la experiencia mística de Simone Weil. La primera, cuando en un pueblo que estaba al borde del mar, contempla una procesión por una fiesta patronal en la

²²³ Simone Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 2000, p.40.

²²⁴ Teresa De Jesús, *Moradas del Castillo Interior* en: *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006, p.579.

²²⁵ Jn 15,13.

que, mirando a las mujeres pobres de los pescadores, escuchaba sus cantos que entonaban con una tristeza desgarradora y al grado de aseverar que jamás había escuchado algo tan conmovedor; y afirma contundente “allí tuve de repente la certeza de que el cristianismo era por excelencia la religión de los esclavos, de que los esclavos no podían dejar de adherirse a ella, y yo entre ellos”.²²⁶ El segundo momento fue en Asís, “donde tan a menudo rezó san Francisco, algo más fuerte que yo me obligó, por primera vez en mi vida, a ponerme de rodillas”.²²⁷ El tercer momento se dio en el Monasterio de Solesmes donde quedó cautivada por a insólita belleza del canto de los himnos y la armonía de las palabras, “esta experiencia me permitió comprender mejor, por analogía, la posibilidad de amar al amor divino a través de la desdicha”.²²⁸ Por demás impactante es cuando breve y contundente dice que “el pensamiento de la pasión de Cristo entró en mí de una vez y para siempre”²²⁹.

La experiencia mística de Simone Weil, que nunca fue solamente una experiencia aislada; podría quedar contenida en las palabras de uno de los poemas atribuido a los poetas metafísicos de la Inglaterra del siglo XVII, poema que lleva por título *Amor* y que nuestra filósofa aprendió de memoria y que solía recitar a menudo en medio de sus crisis. Así, nos cuenta lo siguiente: “me he dedicado a recitarlo poniendo en él toda mi atención y abriendo mi alma a toda la ternura que encierra (...) Sin que yo lo supiera, esa recitación tenía la virtud de una oración. Fue en el curso de una de esas recitaciones, como ya le he narrado, cuando Cristo mismo descendió y me tomó”. La belleza de la precisa narración de Weil es sorprendente, principalmente por su profunda simpleza y su admirable humildad. Podemos leer entre líneas la importancia de la corporeidad en la mística de Weil: contemplar, sentir, escuchar, mirar, arrodillarse, sentarse, recitar, abrirse, comer, degustar y sentirse tomada por el mismo Misterio del Amor. Una vez más, nos ponemos de rodillas, he aquí aquel poema:

El amor me acogió, más mi alma se apartaba,
culpable de polvo y de pecado.
Pero el amor que todo lo ve, observando
mi entrada vacilante
se acercó hasta mí, diciéndome con dulzura:

²²⁶ Simone Weil, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 2000, p.40.

²²⁷ *Ibidem*, p.41.

²²⁸ *Ídem*.

²²⁹ *Ídem*.

¿hay algo que echas en falta?
 Un invitado, respondí, digno de encontrarse aquí.
 Tú serás ese invitado, dijo el Amor.
 ¿Yo, el malvado, el ingrato? ¡Ah, mi amado!
 Yo no puedo mirarte.
 El amor tomó mi mano y replicó sonriente:
 ¿Quién ha hecho esos ojos sino yo?
 Es cierto, Señor, pero yo los ensucié; que mi vergüenza
 vaya donde se merece.
 ¿Y no sabes, dijo el Amor, quien ha tomado sobre sí la culpa?
 ¡Mi amado! Entonces, podré quedarme...
 Siéntate, dijo el Amor, y degusta mis manjares.
 Así que me senté y comí.²³⁰

El amor, en Simone Weil, no es una abstracción, sino rostros concretos, nombres, apellidos, historias y contextos. En sus escritos volvemos a encontrar lo que ella comprendía por amor y las formas del amor implícito a Dios. El amor suele nacer de la fuente del Amor, Dios-Misterio, pero nunca se agota en sí mismo, sino necesariamente sale *ad extra*, es decir, a darse como don hacia los demás; para nuestra pensadora, el amor hacia el otro, particular y especialísimamente hacia los desdichados. No podemos amar de manera impersonal y masiva, sino de manera concreta, personal y encarnada: “en el amor verdadero no somos nosotros quienes amamos a los desdichados en Dios, sino Dios en nosotros quien ama a los desdichados. Cuando nos encontramos en la desdicha, es Dios en nosotros quien ama a los que nos quieren bien. La compasión y la gratitud descienden de Dios, y cuando se encienden en una mirada, Dios está presente en el punto en que las miradas se encuentran. El desdichado y el otro se aman a partir de Dios, a través de Dios, pero no por amor a Dios; se aman por el amor del uno al otro. Esto tiene algo de imposible. Por eso no se realiza más que por Dios”.²³¹

De acuerdo con Weil, el amor al Amor, es decir al Misterio, incluye también otros amores necesariamente implícitos, como lo es el amor al orden del mundo y a su belleza, esto es insustituible e inseparable del amor al prójimo, porque el mundo también es prójimo y no nos pertenece, sino que merece todo nuestro acatamiento y reverencia como Creación que nos sostiene y nos alimenta. En el amor al mundo, mención especial merece la belleza pues,

²³⁰ *Ídem.*

²³¹ *Ibidem*, p.95.

según Simone Weil, “la belleza es la única finalidad en este mundo”.²³² Denuncia que “los vicios, las depravaciones y los crímenes son casi siempre, tentativas de comer la belleza, de comer lo que sólo se debe mirar”²³³ pues la belleza no es un medio, sino que es buena en sí misma. La belleza es promesa y no un bien. La belleza es el signo visible, palpable, tangible de la eterna Alianza con el Misterio que recrea y siempre “hace nuevas todas las cosas”.²³⁴

Etty Hillesum

Etty Hillesum (1914- 1943). Judía, pensadora, mística y contemporánea, que vivió la Segunda Guerra Mundial y murió como víctima de ésta en la *Shoá* de Auschwitz. Conocida como la muchacha que no podía arrodillarse, su nombre es sinónimo de una mujer tan inteligente como emocional; profundamente afectiva, apasionada y sensual. Hablar de esta mujer es hablar de un volcán en erupción, de un manojo de pensamientos, emociones y sentimientos que convulsionaban en una intensa y desbordante pasión. Enamorada y perdidamente enredada con su doctor Julius Spier, vivía atormentada de deseos y de hambre de piel. Nada la satisfacía, nada la colmaba, nada acallaba sus ansias de comunión. La vida de Hillesum me parece digna de conocerse pues es absolutamente iluminador y consolador ver cómo siendo quien era pudo ordenar sus afecciones, por así decirlo, y encausarlas a un bien mayor, a un amor más fecundo y a una comunión eterna sin renunciar a su pasión y su sensibilidad tan particular. Como bien lo relata Francesc Grané, “Etty Hillesum aparece como paradigma de identidad postmoderna (fragmentación de la subjetividad, falta de referentes de los grandes relatos, alto grado de emotivismo, aparente falta de normas en el ámbito de la moral que afecten a su estructuración mental, aparente desaparición de sentimientos de culpa, así como búsqueda y exploraciones afectivas y sexuales)”.²³⁵

La experiencia mística de Hillesum, como en la danza, hunde sus raíces en el erotismo. Podemos encontrar en su Diario que ella se sabe erótica: “No creo que éste sea mi camino: un solo hombre y un solo amor. Pero tengo un gran talento erótico y una gran necesidad de

²³² *Ibidem*, p.103

²³³ *Ídem*.

²³⁴ *Ap.* 21,15.

²³⁵ Francesc Grané Terradas, *Etty Hillesum, Paradigma de la experiencia espiritual en la posmodernidad*, Universitat Ramon Llull, Barcelona, 2013, pp.623-624.

cariño y de ternura”.²³⁶ En ella, sus pulsiones sexuales no fueron ninguna condena sino, aceptadas y acogidas con paz, fueron transformadas en impulso generador de vida abundante que la dinamizaban y la ponía en búsqueda del auténtico Amor. Su identidad de joven fragmentada quedó unificada por el encuentro de con el Misterio; todas sus piezas rotas quedaban restauradas, reconstruidas y reincorporadas en una sola realidad. Su insaciable búsqueda de exploraciones afectivas y sexuales quedo colmada por un deseo mayor, esta mujer nunca acalló, ni mató sus deseos; sino que se dispuso a escucharlos, dejarlos aflorar y fluir para aprender a desear aún más y mejor. La práctica de la meditación y la escritura de su diario le enseñó a escuchar la inefable voz del Amor que habitaba en su intimidad;²³⁷ con esto, siente la necesidad de refugiarse en su interior, de cobijarse ella misma con las palabras, de construir su morada y refugio con esfuerzo y sudor:

Me gustaría refugiarme, con todo lo que hay dentro de mí, en algunas palabras, buscar un refugio de pocas palabras para todo lo que hay dentro de mí. Pero todavía no existen las palabras que me quieran cobijar. Estoy en busca de un refugio para mí, pero la casa, en la que quiero refugiarme, la tengo que construir yo misma con sangre y sudor, ladrillo a ladrillo. Cada uno busca una casa, un refugio para sí mismo. Y yo siempre lo busco en algunas palabras. A veces tengo la sensación de que cada palabra hablada, cada gesto, sólo aumenta la confusión. Entonces me gustaría sumergirme en un gran silencio y también imponérselo a todos los demás. Sí, cada palabra aumenta aún más la confusión en esta tierra demasiado concurrida.²³⁸

En su interior reconocía la existencia de un pozo que no podía ser saciado plenamente, por eso mismo aseguraba lo siguiente “mi corazón late desbocado, pero nunca sólo para una persona. Para todos los seres humanos. Creo que mi corazón es muy rico. Antes pensaba poder dárselo a una sola persona. Pero eso no es posible.”²³⁹ Quizá podríamos decir que se trataba del deseo abisal, *sinus cordis*,²⁴⁰ es decir, ese deseo profundo que mora en el seno del

²³⁶ Etty Hillesum, *Una vida conmovida, Diario: 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007, p.50.

²³⁷ “Tengo que tener cuidado de mantener el contacto con este cuaderno, es decir, conmigo misma, sino no me encuentro bien. Todavía corro el peligro de perderme y extraviarme otra vez por completo, así lo siento en estos momentos, pero puede ser también del cansancio”. *Ibidem*, p.16.

²³⁸ *Ibidem*, p.52.

²³⁹ *Ibidem*, p.53.

²⁴⁰ Cfr. Salvador Ros García, *La experiencia del «deseo abisal» en San Juan de la Cruz: «Que bien sé yo la fonte que mana y corre»*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Disponible en:

corazón del ser humano, ese deseo que tan bellamente nos entona Juan de la Cruz en su *Cantar del alma que se huelga de conocer a Dios por fe*: “Que bien sé yo la fonte que mana y corre, / aunque es de noche. / Aquella eterna fonte está escondida, / que bien sé yo do tiene su manida / Aunque es de noche”.²⁴¹ Ese deseo abisal es brújula y caudal, es linterna y manantial, es impulso potencial que mueve a buscar la fuente de donde mana y corre la vida buena, abundante y bella.

Lo que me interesa destacar de la experiencia de Etty Hillesum es que, principalmente, se trata de un camino, un itinerario que esta mujer tuvo que recorrer con su impaciente paciencia, con prisa y sin pausa, con fe y con confianza, sorprendida y sostenida por una fuerza mayor que ella. Inquieta, apasionada y erótica; con una personalidad que tendía a lo posesivo y a lo lascivo. A sus 27 años sentía la presión social de ser mamá, vivía el terror, por su condición de judía ante la invasión de los nazis a Holanda, su país; además, era una persona insegura y atormentada por las celotipias que frecuentemente sentía hacia otras mujeres. Conflictuada, confundida y consumida. Pero, al mismo tiempo “estos elementos están modulados por aspectos más sanos: espíritu de lucha, perseverancia, curiosidad, sentimientos de confianza hacia otros y hacia Dios, buenas capacidades intelectuales, diversas relaciones de amistad, haber tenido interés por cuestiones sociopolíticas, muestras de cariño y comprensión hacia sus más allegados, etc.”²⁴²

Insisto, deseo subrayar especialmente la fragmentación que vivía Hillesum antes de su experiencia mística porque estoy convencido de que puede decirnos mucho. Destaco con énfasis su identidad de joven fragmentada porque considero que no está nada alejada de la realidad que ahora viven nuestros jóvenes y yo mismo. Una realidad teñida por la tiranía de la inmediatez, por la banalidad de las relaciones superficiales, por la frialdad de las redes sociales, por la adicción a la conectividad extrema, por la inevitable dispersión y la constante distracción; vidas seducidas por el dinero, el lujo, la comodidad y el infecundo placer

https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-experiencia-del-deseo-abisal-en-san-juan-de-la-cruz-qu-bien-s-yo-la-fonte-que-mana-y-corre-0/html/021b8cd6-82b2-11df-acc7-002185ce6064_8.html Consultado el 29-VII-2022.

²⁴¹ Juan de la Cruz, *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1943, p.809.

²⁴² Francesc Grané Terradas, *Etty Hillesum, Paradigma de la experiencia espiritual en la posmodernidad*, Universitat Ramon Llull, Barcelona, 2013, p.627.

hedonista. Personas desorientadas, perdidas y confundidas entre cantos de sirenas que nos prometen tanto y nos ofrecen nada, vendedores de humo que, seduciendo a nuestros sentidos ávidos de sensaciones, acallan la voz de que habita en nuestro corazón y apagan la luz que ilumina nuestra conciencia y nos desarraiga, dejándonos huecos, vacíos y desvanecidos.

¿Dónde quedan todos nuestros afanes? ¿A dónde van a parar todas nuestras ilusiones? ¿Dónde encuentran sosiego todos nuestros desvelos? ¿Quién acoge todos nuestros sueños? ¿Dónde encuentran armonía todos nuestros desparramados deseos? “¡Vanidad de vanidades, todo es vanidad! (...) Pues ¿qué le queda al hombre de toda su fatiga y esfuerzo con que se fatigó bajo el sol?”²⁴³ Una vida conmovida, como la de Etty Hillesum, transfigurada por la experiencia de saberse amada, nos puede ayudar a sentirnos habitados y no vacíos “arraigados y cimentados en el amor, para poder comprender con todos los bienaventurados, cuál es la anchura y la longitud, la altura y la profundidad, y conocer el amor de Cristo, que excede a todo conocimiento, para así irnos llenando hasta el total de la plenitud de Dios”.²⁴⁴

La vida de Etty Hillesum es un itinerario marcado por la súplica, el don y la entrega. En dicho camino se siente movida a pedir más sabiduría que mero conocimiento: “Señor, dame antes sabiduría que conocimiento. O, mejor dicho, sólo el conocimiento que lleve a la sabiduría que hace que una persona como yo sea feliz, no el conocimiento que signifique poder. Un poco de tranquilidad, mucha tolerancia y algo de sabiduría: cuando siento esto dentro de mí, me va bien”.²⁴⁵ Sabiduría para saber mantener su centro, sin perder la brújula del corazón y no permitir que la invada la dura perturbación. Como casi todos los místicos, entiende que la oración, seamos conscientes o no, es una necesidad vital para todos, un deseo profundo, un impulso del corazón y un anhelo de comunión. La oración es relación y comunicación, morada y encuentro, muro y protección ante la cruda realidad que a veces nos atosiga y nos lastima:

Las amenazas de fuera son cada vez más fuertes, el terror aumenta cada día. Erijo a mi alrededor la oración como si fuera un oscuro muro protector, me refugio en la oración como en la celda de un convento y luego salgo otra vez fuera, «más

²⁴³ *Ecle* 1,2-2,22

²⁴⁴ *Ef* 3, 17-19.

²⁴⁵ Etty Hillesum, *Una vida conmovida*, *Diario: 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007, p.44.

recogida», más fuerte, con acopio de valor. Retirarme dentro de la celda cerrada de la oración se convierte para mí cada vez más en una realidad y en una necesidad. Esa concentración interior levanta altos muros a mi alrededor, en los que me reencuentro nuevamente conmigo misma, en los que me convierto en un todo que me aleja de cualquier distracción. Puedo imaginarme tiempos futuros en los que me arrodillaré durante días enteros, hasta sentir finalmente nuevos muros protectores a mi alrededor, dentro de cuya protección no pueda descomponerme, perderme ni venirme abajo.²⁴⁶

La oración como comunicación le ayudaba a seguir fluyendo en medio de ese contexto de guerra “en medio de las monstruosas ruinas de crímenes sin sentido”²⁴⁷, seguir conservando su tendencia al asombro y su sensibilidad particular para la belleza del arte, en especial de la poesía y la literatura: “la vida sigue siendo un flujo continuo e ininterrumpido, que en estos días tal vez fluya más lentamente y se encuentre con más resistencia, pero que, a pesar de ello, sigue fluyendo”.²⁴⁸ Me conmueve hondamente leer que incluso en medio de la banalidad de la guerra, no se dejó robar la esperanza. En medio del dolor y de la consternación seguía abierta y receptiva para acoger a la vida en todas sus tonalidades, no con una actitud ingenua que ignora el mal, sino con corazón inocente que prefiere atender al bien. A pesar de los pesares, no deja nunca de confiar en la bondad que constituye a cada ser humano. Afirma una y otra vez que la vida, aunque ciertamente es dura, también es bella; también, asevera constantemente, que cree en los humanos. Aún en medio de la guerra cree que, en el fondo del ser de cada ser humano, habita un pedacito de eternidad:

La vida me parece bonita, y me siento libre. El cielo se extiende ampliamente tanto dentro de mí como sobre mí. Creo en Dios y creo en la gente y me atrevo a decirlo sin ninguna vergüenza. La vida es dura, pero eso no es grave. Hay que empezar a tomarse en serio a sí mismo, y lo demás viene por sí solo, Y lo de «trabajar por uno mismo» realmente no es un individualismo enfermizo. La paz sólo puede convertirse en una paz real más adelante, cuando cada individuo la encuentre en sí mismo, extermine y venza el odio hacia los demás, da igual de qué raza o pueblo, y lo transforme en algo que ya no sea odio, sino tal vez incluso amor. Pero probablemente eso sea exigir demasiado. Y aun así es la única solución. Podría seguir así a lo largo de muchas más páginas. También puedo dejarlo. El pedacito de eternidad que uno lleva dentro se puede expresar tanto en una sola palabra como liquidarse en diez extensos volúmenes. Soy una persona

²⁴⁶ *Ibidem*, p.93.

²⁴⁷ *Ibidem*, p.95.

²⁴⁸ *Ibidem*, p.94.

feliz y aprecio esta vida, de verdad, en el año del Señor, aún del Señor, en el año de guerra no sé cuántos.²⁴⁹

La chica que no sabía arrodillarse, conducida por la brisa suave del Misterio que a todo lo abraza, queda transformada en una mujer con una honda profundidad espiritual. La chica que no sabía arrodillarse afina toda su sensibilidad y la pone a sonar en la resonancia de una sinfonía mayor, y queda así convertida en una mística de sentidos abiertos y corazón pensante, nuestra Etty Hillesum queda prendada por el Amor y, aunque sigue siendo la misma, ya jamás será igual. Su madurez es fecunda y lo que sembró con amargura, ahora lo cosecha con dulces frutos de paz y confianza, aún en medio del terror de la guerra. Una mística como Hillesum nos enseña a mantener la entereza, la bondad y la belleza en la adversidad que, pese a la banalidad del mal, nos cobija y no nos suelta; una mística así nos canta que es posible quedar iluminados aún en medio de la atroz oscuridad. Abrazados en la ausencia de la fría soledad y fortalecidos desde nuestra fragilidad. Quien piense que los místicos son personas abstraídas de la Realidad, no sabe lo que dice; quien piense que los místicos son personas que miran el mundo ingenuamente es porque nunca ha conocido la inocencia que no ignora el mal y la fealdad, sino que prefiere atender al bien y a la belleza. Quien piense que la experiencia mística es una experiencia irracional, es porque su concepto de razón es tan estrecho como su propia vida y relaciones.

La vida conmocionada de Hillesum conmociona. Quien lee sus textos, escritos en la intemperie de la noche, desde Westerbork y Austchwitz el seno de la absurda guerra nazi, no puede quedar indiferente. Frente al diario de esta mujer podemos acariciar con asombro las entrañas del Misterio que, por gracia, sabe sacar siempre bien del mal, reverdece lo seco, rejuvenece lo viejo y resucita a lo muerto. Sus palabras no son resultado de una fría elucubración, sino fruto afectivo y afectante de una experiencia de Amor. Inabarcable e inagotable, indescifrable e inenarrable, esa es la experiencia espiritual de Etty Hillesum, de quien su cuerpo era como un pan que se parte y se comparte: “Si sufro por los indefensos, ¿no será por esa parte indefensa que hay en mí misma? He partido mi cuerpo como el pan y lo he repartido entre los hombres. ¿Por qué no, si estaban tan hambrientos y han tenido que

²⁴⁹ *Ibidem*, pp.106-107.

privarse de ello tanto tiempo? (...) Una quisiera ser un bálsamo derramado sobre tantas heridas”.²⁵⁰ Quisiera terminar esta parte con una cita cautivadora donde la pluma de nuestra mística, como un filoso bisturí, nos muestra con fineza la estrecha relación que mantiene con un Dios, no omnisciente, omnipresente ni omnipotente; sino con un Dios pobre, pequeño y frágil. Un Dios compasivo y misericordioso que acoge en su corazón nuestras tristezas y nuestras alegrías, nuestros miedos y nuestras audacias, nuestras fragilidades y nuestras fortalezas; un Dios al que nada de lo humano le es indiferente.

Pido pues al lector permiso de insertar aquí una cita que, cuando se lee sin pasión, pudiera parecer banal pretensión. Le pido permiso de romper sus esquemas preestablecidos y abrirse a otros modos de filosofía que unen y no dividen, que abrazan y no rechazan, que acarician y no amenazan. Una filosofía donde la palabra lo dice todo sin apenas decir nada. Donde la lectura puede ser una experiencia estética y no un insoportable martirio. Concédame el beneficio de la duda, lea con reverencia esta última cita y después, tratando de componer la escena desde el lugar dónde nuestra autora la escribía, quédese en silencio, sienta, acoja y calle, pues como diría Rilke, uno de los poetas favoritos de Etty Hillesum: “A diferencia de lo que a menudo se nos quiere hacer creer, no todas las cosas pueden decirse o palparse; la mayoría de los acontecimientos son inefables; desarrollándose en espacios en los que nunca ha penetrado palabra alguna, y los más inefables de todos son los trabajos artísticos, misteriosas existencias cuya vida permanece junto a la nuestra, que se extingue”.²⁵¹

A continuación, comparto la cita de Etty Hillesum, se trata de su oración del domingo por la mañana del 12 de julio de 1942; discúlpeme si le parece larga, aun así, es necesaria:

Corren malos tiempos, Dios mío. Esta noche me ocurrió algo por primera vez: estaba desvelada, con los ojos ardientes en la oscuridad y veía imágenes del sufrimiento humano. Dios, te prometo una cosa: no haré que mis preocupaciones por el futuro pesen como un lastre en el día de hoy, aunque para eso se necesita una cierta práctica. Cada día es en sí mismo suficiente. Te ayudaré, Dios, para que no me abandones, pero no puedo asegurarte nada por anticipado. Sólo una cosa es para mí cada vez más evidente: que tú no puedes ayudarnos, que debemos ayudarte a ti y así nos ayudaremos a nosotros mismos. Es lo único que tiene

²⁵⁰ *Ibidem*, pp.199-200.

²⁵¹ Rainer María Rilke, *Cartas a un joven poeta*, Akal, Madrid, 2016, p.11.

importancia en estos tiempos, Dios: salvar un fragmento de ti en nosotros. Tal vez así podamos hacer algo por resucitarte en los corazones desolados de la gente.

Sí, mi Señor, parece ser que tú tampoco puedes cambiar mucho las circunstancias; al fin y al cabo, pertenecen a esta vida. No te exijo responsabilidades, tú nos las podrás exigir más adelante a nosotros. Y con cada latido del corazón tengo más claro que tú no nos puedes ayudar, sino que debemos ayudarte nosotros a ti y que tenemos que defender hasta el final el lugar que ocupas en nuestro interior. Hay gente, de verdad que la hay, que, en el último instante, antes de ser deportados, ponen el aspirador y los cubiertos de plata a buen recaudo, en lugar de a ti, mi Señor. Hay gente que sólo quiere salvar su cuerpo, que en realidad no es más que un refugio de temores y amarguras. Y dicen: no caeré en sus garras. Y olvidan que no pueden estar en las garras de nadie cuando están en tus brazos. Ahora estoy empezando a estar poco a poco más tranquila, mi Señor, por esta conversación contigo. Mantendré en un futuro próximo muchísimas más conversaciones contigo y de esta manera impediré que huyas de mí. Tú también vivirás pobres tiempos en mí, Señor, en los que no estarás alimentado por mi confianza. Pero créeme, seguiré trabajando por ti y te seré fiel y no te echaré de mi interior.

Siento suficiente fuerza en mí para sobrellevar un sufrimiento grande y heroico, Señor. Temo mucho más las mil pequeñas preocupaciones diarias, que a uno a veces le asaltan de pronto como una voraz alimaña. En fin, por ahora me arranco de la piel mi desesperación y me digo todos los días de nuevo: el día de hoy está resuelto. Las paredes protectoras de una casa hospitalaria te rodean todavía como un vestido familiar que te pones mucho. Todavía tienes suficiente comida y por la noche te espera la cama con las sábanas blancas y la manta caliente, así que no deberías malgastar ni un ápice de tus fuerzas en pequeñas preocupaciones materiales. Utiliza y disfruta de cada minuto de este día, conviértelo en un día fructífero, en una sólida piedra, en un fundamento sobre el que se puedan apoyar los pobres y temerosos días que llegarán en el futuro. El jazmín de detrás de la casa está completamente devastado por la lluvia y las tormentas de los últimos días. Sus flores blancas flotan dispersas sobre los fangosos y negros charcos del techo del garaje. Pero en algún sitio dentro de mí el jazmín sigue creciendo tranquilamente, tan desbordante y tierno como siempre había crecido. Y reparte sus buenos olores por tu hogar, Señor, que es mi interior.

Ya ves que te cuido bien. No sólo te traigo mis lágrimas y mis temerosas inquietudes. También te traigo, en esta mañana gris de domingo tormentoso, un jazmín aromático. Te traeré todas las flores que encuentre por mi camino, que son realmente muchas. Estarás lo mejor posible conmigo. Por nombrar un ejemplo cualquiera: si estuviera encerrada en una pequeña celda y si pasara una nube a lo largo de la ventanita enrejada, entonces te la llevaría, Señor, al menos mientras tuviera fuerzas para ello. No puedo garantizar nada, pero tengo las mejores intenciones, como puedes ver. Y ahora me voy a entregar a este día. Hoy

estaré con mucha gente, y los muchos terribles rumores y amenazas me acosarán como ocurre con una fortaleza inexpugnable, asediada por soldados enemigos.²⁵²

Los malos tiempos y las situaciones límites no son un pretexto para tirarse en el abismo de la desesperación, la queja y el reclamo. El sinsentido de la vida nace de personas apocadas que no tienen un corazón suficientemente grande, alto y profundo para ver más allá de lo aparente. Nuestra mística, con su corazón pensante, unida a la savia de su hondo amor, es capaz de afinar las cuerdas de su sensibilidad, encontrar su centro y, desde ahí, transformar su realidad. No se trata de una transformación revolucionaria; sino de un cambio artesanal, apenas perceptible, de ida y vuelta, de espera y paciencia, de incertidumbre y de confianza. Se trata de hacerse cargo de la vida y esperar en la gracia que viene a completar lo que nuestra frágil condición no puede alcanzar por sí misma. Por eso se siente invitada a elevar su plegaria, consciente de que su Dios no es un mago, sino un Padre con entrañas de Madre; que no siempre puede ayudarnos en todo, sino que, somos nosotros quienes debemos ayudarle a Él y entonces así nos ayudaremos a nosotros mismos y ayudaremos a los otros. Una actitud muy diferente a la inmadura actitud de quien no es capaz de salir del laberinto de sus propias necesidades sin alzar la mirada para ver las necesidades de otros.

La experiencia mística nos permite reubicarnos en la realidad y amar apasionadamente el mundo, así como es y no cómo quisiéramos que fuera. No se trata de una resignación, sino de una certeza de esperanza, fincada en la confianza de una promesa que está viva y encarnada. Es optar por el amor que más que demandar, ofrece; más que exigir, espera; más que dudar, confía; más que ordenar, obedece; más que pedir, ofrece. Hillesum nos enseña que la fragmentación no tiene la última palabra, con ella aprendemos que los corazones desparramados pueden llegar a ser dueños de sí y encontrar una mayor consistencia, solidez y determinación en el amor para no desistir ante el primer contratiempo por más duro y atroz que sea. No hay excusas, no hay rodeos, no hay escapatoria; hay parresia, valor y audacia para hacer frente a la vida con todas sus circunstancias. Se trata de ser morada habitada, de cuidar la presencia inefable del Misterio dentro de nosotros y no sólo llevarle lágrimas y temerosas inquietudes, sino también el jazmín aromático y las flores desojadas que se encuentren por el camino de la jornada. Se trata de entregarse al día haciendo lo que se hace,

²⁵² Etty Hillesum, *Una vida conmocionada*, Diario: 1941-1943, Anthropos, Barcelona, 2007, pp. 142-144.

cumpliendo con las tareas más ordinarias, pero con una hondura extraordinaria que nos permita elevar el alma y sobrevolar los pantanos de la miserable maldad.

Etty Hillesum, en su oración, nos muestra que no es nada ingenua; pues sabe que no puede garantizar nada, pero sí tiene la intención, los deseos y la determinación de entregarse, darse y donarse enteramente. Este el fruto de la auténtica mística, salir al encuentro de las necesidades de los otros y, como un pan que se ofrece, partirse y compartirse; hacerse carne, hacerse vida, compadecerse y participar de las cruces de cada día con paciente aceptación y con esperar con confianza. El corazón de los místicos arde en la caridad, inundado por ese fuego, sale en búsqueda de alguien a quien amar y a quien servir, no como objetos de lástima; sino como sujetos de compasión, “haciéndose débil con los débiles y haciéndose todo a todos”²⁵³ para amar lo no amable. Abrazar lo desagradable. Consolar a los turbados. Besar a los heridos. Animar a los abatidos. Acompañar a los olvidados. Enjugar las lágrimas de los que lloran. Secar el sudor de los fatigados. Dar de comer al hambriento. Dar de beber al sediento. Acompañar a los desorientados. Alegrarse con los alegres y entristecerse con los tristes. Amar el bien. Aborrecer el mal. Buscar la justicia. Huir de la corrupción. Es decir, hacerse ofrenda viva y compasiva que se parte, se comparte, se reparte y no hace alarde.

Ofrenda de belleza, de bondad y de verdad, para hacer posible una “caridad sin fingimiento, detestando el mal, adhiriéndose al bien; amándoos cordialmente los unos a los otros; estimando en más cada uno a los otros; con un celo sin negligencia; con espíritu fervoroso; sirviendo al Señor; con la alegría de la esperanza; constantes en la tribulación; perseverantes en la oración; compartiendo las necesidades de los santos; practicando la hospitalidad. Bendiciendo a los que os persiguen, no maldigáis. Alegrándose con los que se alegran; llorando con los que lloran. Teniendo un mismo sentir los unos para con los otros, sin complacerse en la altivez; atraídos más bien por lo humilde; sin complacerse en la propia sabiduría. Sin devolver a nadie mal por mal; procurando el bien ante todos los hombres”.²⁵⁴ El místico no se deja vencer por el mal, sino que, es capaz de “vencer el mal con el bien”²⁵⁵; se deja conducir más por la fuerza de la gracia antes que por la vertiginosa gravedad del mal;

²⁵³ I Cor 9,22.

²⁵⁴ Rom 12, 9-18.

²⁵⁵ Rom 12,21.

así, es mediación de bondad y compasión. A quien, si su enemigo tiene hambre, le da de comer, y si tiene sed, le da de beber. Si tiene frío lo cubre, si está desnudo en su dignidad, lo viste con su amor. Esta es la grandeza de los místicos, esta es la sabrosa sabiduría del Amor.

Conclusiones

Un ensayo nunca es un ejercicio en solitario pues, aunque el ejercicio de la escritura se da en silencio y soledad, es un ejercicio completo, complejo y necesario para desdoblar el corazón en una habitada soledad en la que resuenan ecos de voces queridas, conversaciones de camino vividas y evocaciones de memorias sentidas que se entrecruzan en un tejido sin fin, formando con sus hilos filosóficos el bello tapiz de un diálogo de contrastes y texturas. Es así como he escrito este ensayo, como se escribe una coreografía en la que se pueden leer los movimientos y ritmos de muchas personas que han pasado por mi vida y me han marcado con su presencia, hermosura y desventura. Así pues, pienso que lo más rico de este ejercicio ha sido el intento de unir muchos cuerpos en uno mayor, siempre en comunidad, que se mueve y baila en unidad, cada cual ocupando su lugar y ejecutando su imprescindible movimiento: desde Agustín de Hipona hasta Nietzsche. Desde Merleau Ponty hasta Xavier Zubiri. Desde Isadora Duncan hasta Pina Baush. Desde Teresa de Jesús hasta Etty Hillesum. Nadie sobra, nadie estorba, y nadie desentona; todos los matices son necesarios y cada aporte forma parte de un gran vitral policromado en el que cada color que abraza la luz nos regala la tesitura de su voz en un canto de armonías, convergencias y divergencias.

Los autores, poetas y filósofos que más han aportado a mi reflexión no aparecen citados en el cuerpo de este ensayo, sino que están transversalmente entreverados en todo el texto; aparecen así, discreta y calladamente gritando su presencia, cantando su poesía, iluminando con su mirada, acompañando con sus silencios, perfumando con su fragancia, aportando palabras como arcillas moldeadas en forma de líneas que juntas conforman un párrafo que a su vez está sostenido en los hombros de algún compañero, familiar o amigo. Si algún crédito completo debo a algún autor, si algún aprendizaje debo a algún profesor, si alguna deuda tengo con algún consejo académico es con los pobres, mis verdaderos y únicos maestros; no los pobres en masa, sin rostro, nombre ni apellido; tampoco los pobres ideológicos usados por mezquinos intereses populistas; sino los pobres concretos que han tocado y marcado mi

vida. A ellos debo mis estudios y a ellos debo mis experiencias. Ellos han puesto en mí su tinta, sus hojas, su sabia fecundidad y parte de su sencilla sabiduría. De ellos he aprendido que el pragmatismo no tiene siempre la última palabra, junto a ellos he valorado el valor de la lentitud, entre ellos he comprendido la importancia de ser y de hacer comunidad, cuidando unos de otros y todos de una: nuestra vida querida y de la naturaleza. De su mano y a su pulso he acariciado la tenue presencia del buen Jesús de Nazaret: mi principio, mi fundamento y el único absoluto en mi vida.

Muchas palabras conforman este ensayo, pero lo más valioso no está dicho, sino que reposa en el silencio del interlineado de este texto; estas blancas hojas son para mí como un sencillo pañuelo que ha acogido mis lágrimas y sudores, son las celosas guardianas de mis íntimos desvelos y coloridas vivencias, horas y horas de búsqueda han quedado aquí plantadas junto con muchos momentos de desespero y otros tantos instantes, ¡quizá los menos!, de luz. Porque así es la luz, se da de apoco, tenue, sutil y frugal para no deslumbrar, para no escandalizar y evitar cegar. Lo más valioso no está dicho y nunca lo estará, sino que siempre resonará en el eco del silencio.... Pero ¿nunca?, ¿siempre?, ¿seguro? Bueno, desconfía de las palabras absolutistas como “siempre” y “nunca” porque suelen ser traicioneras y muy injustas.

El caso es que lo más valioso no está dicho porque yo no lo puedo decir; al final de este ensayo, si es que acaso hubiera un final, me siento como un niño, o quizá, más bien, como un bebé que va aprendiendo a balbucear con muchos esfuerzos la primera palabra que dije y la última que espero decir: “ma-má”. Esa palabra tan circular en la que se encierra tanta belleza, tanta bondad, tanta inocencia, tanta ternura y tanta pureza. Fuente y luz. Morada y llegada. Camino y destino.

“Ma-má” es la palabra que balbuceo en mi íntima intimidad para orar, contemplar, meditar y dialogar con el Misterio. “Ma-má” es la palabra que me llena de paz y me recuerda aquello que mi propia madre solía decirme, acompañado de un beso en la frente, después de haber tenido un día difícil: “¡Tranquilo, mañana será otro día!” Pues así mismo me percibo, después de cuatros años estudiando un poco de filosofía, como un bebé que lo único que puede decir

con cierta seguridad y con mayor confianza: “ma-má” nada más y nada menos, así es que “quien pueda entender, que entienda”.²⁵⁶

Si algún lector hizo un voto de confianza por mi texto, ya sea por devoción o por obligación, y llegó hasta esta página, se lo agradezco mucho. No obstante, soy consciente de que los lectores de mirada sistemática quizá se jalarán los pelos o, con mayor probabilidad, se burlarán de mis intentos y dirán que he sido un osado, un pretencioso o, mejor dicho, un ingenuo que escupe palabras a diestra y siniestra, sin ton ni son, porque no sabe decir nada de filosofía, pero ¿qué es la filosofía? ¿Acaso no es el amor por la sabiduría? Y, ¿qué es la sabiduría? ¿Acaso no es reconocer que no sabemos nada? ¿Quién puede presumir de saber algo? ¿Quién puede ostentar de poseer la sabiduría? Si el regalo que trae la filosofía consigo se recibe con humildad y de rodillas, pues es don y tarea; ese regalo de la filosofía es la sabiduría y no hay mayor sabiduría que la amarga verdad de reconocer que no sabemos nada, y la dulce humildad de reconciliarnos pacíficamente con nuestros propios límites y limitaciones, pues esa sabiduría que se nos da al filosofar está viva, busca y encuentra, acaricia, abraza y besa; entonces se va sin poseer ni poder ser poseída y nos deja gimiendo y anhelando su regreso.

¿De qué trata tu ensayo? Es la pregunta que muchas veces me han planteado: ¿Del cuerpo? ¿De danza? ¿De mística? Bueno, yo no comprendo esa necesidad tan imperante de algunas personas de querer encerrar una experiencia en los estrechos cajones de un armario que nadie abrirá, o de ajustarla a los capítulos de una tesis que nadie leerá. Mi ensayo, como anteriormente ya lo he anunciado, se trata de una sola palabra: “ma-má”. Esa bendita palabra que se ha encarnado, que ha tendido su morada entre nosotros, que me ha creado, que me ha iluminado, que me ha redimido, que me ha sufrido, que me ha llamado y que me ha esperado. Esa bendita palabra por la cual no me perdí y ante la cual sólo puedo responder con insuficiente generosidad: “Tuyo soy, para vos nací, ¿qué mandáis hacer de mí?”²⁵⁷

²⁵⁶ Mt 19,12.

²⁵⁷ Cfr. Parafraseo libre del poema “Vuestra soy” de Teresa de Jesús en *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006.

¿Pero qué tiene que ver la palabra “ma-má” con el cuerpo, con la danza y con la mística? ¡Todo! Tiene que ver todo porque el Misterio unifica. La palabra “ma-má” tal y como la balbucea un bebé surge con temblorosa voz del cuerpo en el alma y del alma en el cuerpo en perfecta unidad, pues “ma-má” es ser carne, sangre, instinto, pasión, sentimiento, emoción y pensamiento, también es cuidado y alimento; “Ma-má” es sinónimo de fertilidad, es concebir, dar a luz, hacer nacer y acompañar el crecer. “Ma-má” es relación y movimiento, compenetración y conformación, unión y dolorosa separación. Como un niño es desprendido del pacífico vientre de una madre al nacer, así somos desprendidos del seno mismo del Misterio anhelando de día y de noche, sollozando, buscando y llorando por volver sentir su presencia, volver a sentarnos en su mesa de comunión ‘perfecta’ en el amor.

En este ensayo he presentado tres caras distintas unidas *in unum corpus* de una misma realidad que empieza con el cuerpo: amado y odiado, temido y embrutecido, sublimado y embellecido, unificado y reconciliado, nunca más desperdigado. Este cuerpo que nos da total unicidad y una completa dignidad; un cuerpo que se hace comunidad en la unión con otros muchos y diversos cuerpos en comunión sin confusión y sin división. Cuerpos de personas que se reconocen carne de la misma carne y sangre de la misma sangre, hermanos todos, nacidos del vientre de la misma “ma-má” y destinados a descansar en el mismo seno del maternal del Misterio que todo lo abraza, todo lo acoge y nada rechaza. Insisto, es el cuerpo principio de realidad, origen de relación y condición de posibilidad. Lo que nos hace humanos, demasiado humanos, es el amor y el amor es cuerpo, carne y concreción; es rostro, abrazo y compasión. No es etéreo sino corpóreo, con toda la radicalidad de la palabra. Un cuerpo que es perecedero con tendencia a envejecer, enfermarse e inevitablemente morir; pero llamado a resucitar, junto con su alma que imperecedera, espera paciente a la inmortal unidad consigo, con todos y en el Todo.

La segunda cara es la danza, no sólo como un fenómeno en sí mismo, sino también como una metáfora para hablar de una relación dinámica, erótica y amorosa. ¿Por qué la danza? Porque me gusta y unifica, libera y reconcilia. La danza parte del cuerpo como principio, medio y fin de encuentro y relación, de compás y de coordinación, de ritmo y de significación: movimiento, quietud, espacio, forma, tiempo, música, palabra, silencio, motivación, tensión

y participación: luz y sombra, conformación y compenetración. Tensión y soltura, amargura y dulzura. Flexibilidad y contracción. Ensayo y error. Intento y fracaso. Un paso y otro paso. Disciplina, paciencia y espera que a veces desespera. Esta es la danza, el puente de unión que pone en movimiento y comunicación a los cuerpos llamados a la comunión sin fin con su Hacedor, acogidos eternamente en las entrañas de su inagotable amor.

La tercera cara de realidad es la experiencia mística. Una experiencia de unión a la que todo ser humano está llamado e invitado, que incluye todas las humanas realidades, especialmente al cuerpo con todas sus facultades: parte de la sensibilidad como principio de intelección, incluye al logos y también a la razón. Una razón cordial, amable y poética; consistente, sentiente y persistente. En la experiencia mística donde confluyen el cuerpo y la danza; es decir, la carne y la relación, el movimiento y la comunicación. Una experiencia mística al alcance de todos, que no es exclusiva de nadie. Gracia en la gravedad. Soporte en la dificultad. Compromiso ante la volatilidad. Fidelidad ante la infidelidad. Comunicación en el silencio. Compasión ante la indiferencia. Permanencia ante la dispersión. Atención ante la distracción. Paciencia ante la inmediatez. Unificación ante la fragmentación y siempre comunión. Una experiencia humana y trascendente, finita pero inmortal; nunca plena y completa; sino que deja a la persona herida por el Amado a quien busca y no siempre encuentra, a quien se le espera, pero se ausenta; esa presencia discreta que con su paso deja los trazos de su inocencia, los clamores de su justicia y los resabios de su belleza.

Si llegados a este punto el lector sigue escuchando desafinadas y disonantes cada sección de este sencillo ensayo, lamento informarle que quizá haya perdido su tiempo por dos razones: o bien, yo no he sabido expresarme o usted no me ha sabido comprender. Luego entonces, yo no puedo hacer más nada que, lo que ya he hecho: balbucear “ma-má” con toda la resonancia corporal posible; así, agradezco su paciencia y perdone mi inexperiencia, mire que soy tan sólo como un bebé que no sabe articular palabra, sino solamente susurrar, musitar y mascullar. Si no ha encontrado en este texto hilos dialogantes y melodías danzantes, no es porque yo no lo haya querido, sino porque no he podido; pues cada uno ofrece y da de lo que es, tiene y puede.

No he encontrado mejor filosofía que la poesía; por eso me despido con un poema que yo mismo he acuñado para contar y compartir un itinerario muy íntimo, personal, interpersonal y trascendental. Un itinerario de peregrinación, siempre a pie, pero no solo, sino con la discreta y respetuosa compañía del Misterio que con su “Espíritu acostumbrará a la carne a ser capaz de Dios y entrar en comunión perfecta con el Creador (...) (y yo) salvado *secundum carnem*; esa carne artesanalmente trabajada por las Manos divinas a la luz del Cuerpo glorioso del Verbo, paradigma del Adán terreno. La vida del hombre, de la humana carne, es que vea a Dios²⁵⁸ y, de este modo, sea ensalzado a la gloria y a la Vida de Dios. Las incidencias a las que está expuesta la carne a lo largo de la historia no son óbice para que no se manifieste el poder de Dios haciendo posible que el hombre llegue a su término, a la perfección, en su propia carne”.²⁵⁹ Confío en que, después de todo, usted sabrá leer entre líneas lo que aquí intento expresar y podrá hacer su propio camino de encuentro y reconciliación:

*Cuerpo encarnado
enraizado y reconciliado
¿Por qué causas tanto revuelo?
eres principio, medio y fin.
Eres caricia y eres consuelo,
eres abrazo,
eres anhelo,
eres ausencia y desconsuelo.*

*Eres presencia,
requiebro y duelo.
Eres fiesta y eres misterio.
eres casa y eres destierro,
nos asustas y no queremos.
¿Por qué nos avergüenzas, compañero?*

*Eres mi hermano,
no soy tu dueño.
Te pertenezco,
no eres mi objeto.
No tengo un cuerpo,
pues soy un cuerpo.*

²⁵⁸ El mismo Ireneo de Lión afirmaría en su tratado *Adversus haereses* que “La gloria de Dios es el hombre viviente y la vida del hombre es la manifestación de Dios”.

²⁵⁹ Ireneo de Lión, *Demostración de la predicación apostólica*, Ciudad Nueva, Madrid, 1992, p.34.

*¿Dónde está mi alma,
sino no es contigo dentro?
¿Qué sería del Cristianismo
sin estos cuerpos?*

*Calidez y dolor,
Placer y miedo.
Carne y sudor,
son buen sendero.
No quiero filtros,
te quiero entero.
Con cicatrices,
pero sin tedio.
Con canas y arrugas,
así eres bello.*

*Eres canto
y también silencio.
Eres quietud
y movimiento.
No eres perfecto,
sí eres sincero.
Mira que no soy yo
sin este encuentro.*

*Ven conmigo
mi buen viajero,
sin ti no soy nada
o quizás un sueño,
no me dejes solo
en este destierro:
¡Vayamos juntos
camino al cielo!*

Fuentes Documentales

ABAD, San Bernardo, *Discursos sobre el Cántico de los cánticos*, Tomás Cermeño, Valladolid, 1800.

AREOPAGITA, Pseudo Dionisio, *Teología Mística, Obras completas*, Madrid, 1990.

ANDREAS-SALOMÉ, Lou, *El erotismo*, El Barquero, Barcelona, 2003.

BATAILLE, Georges, *El erotismo*, Tusquets, Barcelona, 1988.

BAUSCH, Pina, *What Moves me*, Disponible en: <https://www.pinabausch.org/post/what-moves-me>.

BIBLIA de Jerusalén, Desclée de Brouwer, Edición Española, Bilbao, 2006.

DALLAL, Alberto, *Los elementos de la danza*, UNAM, Ciudad de México, 2007.

DE AQUINO, Tomás, *De Potencia Dei*, Q.5, la conservación, Universidad de Navarra, Pamplona, 2005.

DE ASÍS, Francisco, *El Cántico de las Criaturas*, Disponible en: <https://www.cathdal.org/home-es/canticle-of-the-creatures-the-hymn-of-st-francis-of-assisi-that-inspired-laudato-si> Consultado:25-X-2021.

DE HIPONA, Agustín, *De los Tratados de san Agustín, obispo, sobre el evangelio de san Juan, Tratado 26, 4-6*. Disponible: https://www.augustinus.it/spagnolo/commento_vsg/index2.htm Consultado:16-XII-2021.

DE HIPONA, Agustín, *Confesiones*, San Pablo, Buenos Aires, 2010.

DE JESÚS, Teresa, *Obras Completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2006.

DE LA CRUZ, Juan, *Obras*, Monte Carmelo, Burgos, 1940.

DE LIÓN, Ireneo, *Demostración de la predicación apostólica*, Ciudad Nueva, Madrid, 1992.

DE LOYOLA, Ignacio, *Ejercicios Espirituales*, Buena Prensa, Ciudad de México, 2014.

DE LOYOLA, Ignacio, *Obras*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 2014.

DE SAINT-EXUPÉRY, Antoine, *El Principito*, Lelibros, Edición Digital, 1943.

DESCARTES, René, *Discurso del método*, Gredos, Madrid, 2018.

DESCARTES, René, *Meditaciones metafísicas*, Gredos, Madrid, 2018.

DEUTSCH, Ana, *Martha Graham*, Bibliodanza. Disponible en:
<https://www.ciudadelladanza.com/bibliodanza/biografias/martha-graham-por-ana-deuts.html#:~:text=La%20t%C3%A9cnica%20%22GRAHAM%22%20consiste%20en,sit%C3%BAa%20en%20el%20plexo%20solar%20>.

DE VELASCO RIVEROS, Pedro, *Danzar o morir: religión y resistencia a la dominación en la cultura tarahumara*, ITESO, Guadalajara, 2006.

DOTOYEVSKY, Fyodor, *El idiota*, ePub, Edición digital, 1868.

DUNCAN, Isadora, *El arte de la danza y otros escritos*, Akal, Madrid, 2003.

DUSSEL, Enrique, *El dualismo en la antropología de la cristiandad*, Guadalupe, Buenos Aires, 1974.

ECO, Humberto (Coord.), *La Edad Media, III. Castillos, mercaderes y poetas*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2018.

FERRADA-SULLIVAN, Jorge, *Sobre la noción de cuerpo en Maurice Merleau-Ponty*, Cinta de Moebio, Santiago, 2019. Disponible en: <https://dx.doi.org/10.4067/s0717-554x2019000200159>.

FILIPPI, Silvana, *El alma unida al cuerpo es más semejante a Dios. Reflexiones sobre el rol de la corporeidad en la antropología tomista*, Universidad Adventista del Plata, 2012, Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=25926198006>.

GALICIA DE LA ROSA, Felipe, *Poeticous*, Disponible en:
<https://www.poeticous.com/leon-felipe/nadie-fue-ayer?locale=es>

GARCÍA RUSO, Herminia M., *La danza, propuesta de elementos a considerar en el estudio de la danza*, Universidad de Santiago de Compostela, Santiago de Compostela, España, 1998. Artículo disponible en: <https://ruc.udc.es/dspace/handle/2183/9824>. Consultado: 16-VI-2022.

GARAUDY, Roger, *Danzar su vida*, Centro Nacional de las Artes, Ciudad de México, 2003.

GOFFMAN, Erving, *Estigma, La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires, Argentina, 2012.

GONZÁLEZ, Antonio, *Surgimiento*, hacia una ontología de la praxis, Ediciones USTA, Bogotá, 2013.

- GONZÁLEZ BUELTA, Benjamín, *La Pascua de los sentidos*, Sal Terrae, Santander, 2013.
- GONZÁLEZ CORREA, Aída María y GONZÁLEZ CORREA, Clara Helena, *Educación física desde la corporeidad y la motricidad*, Universidad de Caldas, Manizales, 2010.
<https://revistasoj.s.ucaldas.edu.co/index.php/hacialapromociondelasalud/article/view/1991>.
- GONZÁLEZ DE CARDENAL, Olegario, *Cristianismo y mística*, Trotta, Madrid, 2015.
- GRAHAM, Martha, *La memoria ancestral*, Circe, Barcelona, 1995.
- GRANÉ TERRADAS, Francesc, *Etty Hillesum, Paradigma de la experiencia espiritual en la posmodernidad*, Universitat Ramon Llull, Barcelona, 2013.
- HEIDEGGER, Martin y FINK, Eugen, *Heráclito*, Ariel, Barcelona, 1986.
- HILLESUM, Etty, *El corazón pensante de los barracones. Cartas*, Anthropos, Barcelona, 2005.
- HILLESUM, Etty, *Una vida conmocionada, Diario: 1941-1943*, Anthropos, Barcelona, 2007.
- HORKHEIMER, Max, *Crítica de la razón instrumental*, Sur, Buenos Aires, 1973.
- LACOSTE, Jean-Yves, *Experiencia y Absoluto*, Sígueme, Salamanca, 2010.
- LE BRETON, David, *Cuerpo sensible*, Metales Pesados, Santiago de Chile, 2010.
- LISPECTOR, Clarice, *La hora de la estrella*, Corregidor, Buenos Aires, 2011, P.15.
- MAQUA URÍA, Isabel, *El Árbol y su Significación en las Visiones Medievales del Otro Mundo*, Universidad de Alcalá de Henares, 1989.
- MARTÍN VELASCO, Juan, *El fenómeno místico, estudio comparado*, Trotta, Madrid, 2009.
- MARTÍN VELASCO, Juan, *Introducción a la fenomenología de la religión*, Trotta, Madrid, 2006.
- MÉNDEZ MONTOYA, Ángel F., y MELÉNDEZ G., Luis Gustavo, (Coords.), *El arte y las provocaciones teológicas*, Universidad Iberoamericana, Ciudad de México, 2020.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *El mundo de la percepción*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2002.
- MERLEAU-PONTY, Maurice, *Fenomenología de la percepción*, Planeta, Barcelona, 1993.

MOREY, Miguel, *Monólogos de la bella durmiente (sobre María Zambrano)*, Alianza, Madrid, 2021.

MÜLLER, Wunibald, *Besar es orar, La sexualidad como fuente de espiritualidad, SalTerrae*, Maliaño, 2005.

NARBONA, Rafael, *Peregrinos del Absoluto, la experiencia mística*, Taugenit, Salamanca, 2020.

NANCY, Jean-Luc, *58 indicios sobre el cuerpo, extensión del alma*, La Cebra, Buenos Aires, 2007.

NANCY, Jean-Luc, *Corpus*, Arena Libros, Madrid, 2003.

NANCY, Juan-Luc, *El intruso*, Amorrortu, Buenos Aires, 2006.

NIETZSCHE, Friedrich, *Así habló Zaratustra*, Gredos, Madrid, 2010.

NIETZSCHE, Friedrich, *Ecce homo*, Alianza, Madrid, 1984

NIETZSCHE, Friedrich, *El nacimiento de la tragedia*, Gredos, Madrid, 2018.

ONFRAY, Michel, *Teoría del cuerpo enamorado, por una erótica solar*, Pre-Textos, Valencia, 2002.

PARRINI, Rodrigo (Coord.), *Los Archivos del cuerpo ¿cómo estudiar al cuerpo?*, UNAM, Ciudad de México, 2021.

PASTOR PRADA, Raquel, *Pina Bausch. Lo que el cuerpo sabe de la guerra y otros desastres*, Universidad Complutense, Madrid, 2017. Dossier disponible en: <http://dx.doi.org/10.5209/ARTE.57572>

PAZ, Octavio, *Los privilegios de la vista, arte moderno universal, arte de México, Obras completas, Vol. 4*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2014.

PESSOA, Fernando, *Libro del desasosiego*, Seix Barrai, Barcelona, 1997.

PLATÓN, *Fedón*, Gredos, Ciudad de México, 2018.

REYES LINARES, Pedro Antonio, Xavier Zubiri y Santo Tomás de Aquino: Replantear la metafísica desde la Historia, ITESO, Tlaquepaque, 2003.

RILKE, Rainer María, *Cartas a un joven poeta*, Akal, Madrid, 2016.

RISOTO DE MESA, Lucas, *Lo sagrado en Mircea Eliade*, Universidad de Málaga, 2014.

ROS CARGÍA, Salvador, *La experiencia del «deseo abisal» en San Juan de la Cruz: «Que bien sé yo la fonte que mana y corre»*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, Disponible en: https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-experiencia-del-deseo-abisal-en-san-juan-de-la-cruz-qu-bien-s-yo-la-fonte-que-mana-y-corre-0/html/021b8cd6-82b2-11df-acc7-002185ce6064_8.html

SANABRIA BOHÓRQUEZ, Carlos Eduardo, (Ed.), *Pensar el arte hoy: el cuerpo*, Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozan, Bogotá, 2014.

SCANNONE, Juan Carlos, *El “estar-siendo” como acontecimiento originario: articulación del horizonte tridimensional de la filosofía latinoamericana*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 2010. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=515551845009>.

SHEETS-JOHNSTONE, Maxine, *The Silence of Movement: A Beginning Empirical Phenomenological Exposition of the Powers of a Corporeal Semiotics*, University of Oregon, Oregon, 2019.

SUBIRATS, Eduardo, *El alma y la muerte*, Anthropos, Barcelona, 1983.

SYLVIE, Germain, *Etty Hillesum, una vida*, Sal Terrae, Santander, 2004.

UNDERHILL, Evelyn, *La mística, estudio de la naturaleza y desarrollo de la conciencia espiritual*, Trotta, Madrid, 2006.

WEIL, Simone, *A la espera de Dios*, Trotta, Madrid, 2000.

WEIL, Simone, *Echar raíces*, Trotta, Madrid, 1996.

ZAMBRANO, María, *Filosofía y poesía*, Fondo de Cultura Económica, Ciudad de México, 2006.

ZAMBRANO, María, *Los intelectuales en el drama de España*, Alianza, Madrid, 2021.

ZUBIRI, Xavier, *Inteligencia y razón*, Alianza, Madrid, 1983.

ZUBIRI, Xavier, *Tres dimensiones del ser humano: individual, social, histórica*, Alianza, Madrid, 2006.

ZUBIRI, Xavier, *Siete ensayos de antropología filosófica*, Universidad Santo Tomás, Bogotá, 1982.

ZUBIRI, Xavier, *Sobre el hombre*, Alianza, Madrid, 2019.